

SERIE LOS JEFES: LIBRO DOS

EL JEFE

— VICTORIA QUINN —



*Ahora
yo estoy
al mando*

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

El jefe

Los Jefes #2

Victoria Quinn

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y sucesos representados en esta novela son ficticios o se han usado de forma ficticia. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de recuperación y almacenaje de información, sin el permiso por escrito del editor o de la autora, salvo en el caso de un crítico, que podrá citar breves pasajes en una crítica.

Hartwick Publishing

El jefe

Copyright © 2018 de Victoria Quinn

Todos los derechos reservados

Titan

Nos registramos en el complejo vacacional, un lugar impresionante ubicado en una zona rocosa con vistas al espléndido mar Mediterráneo. El sol acababa de ponerse y las suaves tonalidades del cielo se iban difuminando lentamente a medida que caía la noche. Había estado allí varias veces, sobre todo por negocios, y era un lugar que me había robado el corazón.

Tenía un balcón privado que daba a un patio con un par de hamacas. Una botella de champán se enfriaba en un cubo de hielo a modo de bienvenida. Había pedido la habitación más bonita que tenían, pese a que no necesitaba una *suite* con dos dormitorios.

Como la mujer de negocios que era, siempre tenía que proteger mi imagen.

Sólo me conformaba con lo mejor. Les recordaba a todos los que me rodeaban cuál era exactamente mi valor. Aunque una imagen no tenía forma física, era una barrera que a la mayoría de la gente le intimidaba demasiado cruzar. Evitaba que llegaran a mi mesa ofertas insultantes.

Lograba que la gente me tomara en serio. Aunque era la mujer más rica del mundo, seguía intentando ganarme el respeto de todos los hombres que había a mi alrededor. Tenía que trabajar con el doble de tesón para conseguir su admiración. Un paso en falso y me ridiculizaban de un modo en que nunca se ridiculizaba a un hombre.

Hunt nunca me trataba así, y esa era una de las cosas que me encantaban de él. Nunca me sentía la segunda mejor. No me trataba con condescendencia, creyendo que su conocimiento era superior al mío. La única vez que había sobrepasado aquel límite había sido cuando yo había corrido en la pista de carreras, y su preocupación no había estado fuera de lugar.

Alguien llamó a mi puerta.

Estaba sacando el ordenador de la mochila, así que grité por encima del hombro:

—¡Está abierto!

Puse el portátil en la mesa, junto con las carpetas, porque sabía que tendría que ocuparme de asuntos de trabajo en mitad de la noche, ya que coincidía con la jornada en Manhattan.

La puerta se abrió y se cerró, y oí a mis espaldas unas pisadas enérgicas.

Sólo Hunt entraría sin decirme una sola palabra.

—¿Te gusta tu habitación? —pregunté.

Se acercó a mí por detrás, pegando su pecho de cemento a mi espalda. Me rodeó la cintura con los brazos y me sostuvo contra su cuerpo mientras me besaba el cuello y respiraba en mi oído. Tenía unas manos grandes y masculinas, repletas de venas gruesas hasta los antebrazos. Poseía el tipo de fuerza que me hacía sentir pequeña, y ningún hombre me había hecho nunca sentir pequeña. Me estrujó con más energía mientras me besaba.

En ese momento cesaron todos mis pensamientos, excepto los relacionados con él.

Me subió el vestido hasta la cintura y me bajó las bragas hasta las rodillas. A mis oídos llegó el sonido de su cinturón desabrochándose y de los pantalones del traje cayendo al suelo.

No podía pensar con claridad porque su poder me había robado la concentración. Aquel hombre me hacía caer presa de mis propios deseos carnales. No podía pensar en nada más que en su enorme sexo dentro de mí, en aquella erección palpitante que me producía sensaciones maravillosas. Hunt era mío en exclusiva y sólo tenía un propósito.

Complacerme.

Me pasó su miembro entre las nalgas, elevando el brazo hasta mi pecho para sujetarme con más firmeza. Quería follarme con pasión. Lo notaba en sus temblores, en la excitación de sus jadeos.

Eché las manos hacia atrás para agarrarle las caderas y me aferré a uno de sus brazos para mantener el equilibrio. Cuanto más me deseaba, más deseable me sentía yo. Era uno de los hombres más guapos que había visto nunca, con unos ojos tan oscuros como su exterior. Mis sueños siempre los protagonizaba él, aquel hombre que me había seducido como ningún otro lo había hecho jamás.

—Hunt... Fóllame. —Ya no podía seguir esperando. Me había puesto a cien en cuestión de segundos.

—Sí, jefa. —Cuando estaba a punto de introducir su erección en mi cuerpo, me sonó el teléfono.

Estaba encima del escritorio, así que ambos pudimos ver el nombre que

aparecía en la pantalla.

Brett.

¿Qué leches quería? Acabábamos de pasar ocho horas juntos metidos en un avión.

Hunt lo vio, pero claramente no le importó. Me sostuvo con más fuerza y me introdujo el glande.

Aquella mínima dilatación me hizo soltar un grito ahogado. Le clavé las uñas en los antebrazos y los pezones se me endurecieron contra su brazo.

Llamaron a la puerta.

Hunt dejó de moverse, silenciando su respiración.

Menuda puta mierda.

—Soy Brett —dijo—. Quería saber si te apetecía ir a cenar.

Hunt rugió junto a mi oído, expresando todo su odio en aquel único sonido gutural. El teléfono empezó a vibrarle en el bolsillo cuando alguien lo llamó, y los dos supimos que se trataba de Brett.

Hunt retrocedió y se volvió a vestir a toda prisa. Se metió la camisa en los pantalones y controló la respiración, intentando aparentar toda la calma posible para que no pareciera que acababa de estar a punto de echar un polvo.

Yo me subí las bragas y me bajé el vestido. Tardé sólo dos segundos en prepararme, así que caminé hasta la puerta y la abrí.

—Hola.

—Hola. —Tenía el teléfono pegado a la oreja mientras seguía llamando a Hunt. Colgó y se metió el móvil en el bolsillo—. Quería preguntaros si os apetecía ir a cenar. He estado buscando a Hunt, pero no estoy seguro de adónde se habrá escapado.

Pues estaba a punto de hundirse hasta el fondo de mi cuerpo antes de que nos interrumpiera.

—Estábamos en el patio tomando una copa de champán. —Abrí más la puerta, mostrando a Hunt, que estaba al fondo contemplando las vistas. Sostenía una copa de aquel líquido dorado en la mano.

—Es un lugar precioso. Merece la pena la celebración. —Se invitó a pasar, sin plantearse siquiera por qué estaríamos Hunt y yo a solas en mi habitación.

Como el mundo entero pensaba que salía con Thorn, normalmente nadie sospechaba de otros hombres con los que pasaba el tiempo.

—¿Dónde cenamos? —Cerré la puerta tras él y ambos salimos al patio. El cielo se iba oscureciendo, los rayos del sol ya ausentes desde hacía un rato.

Hunt me miró con expresión tranquila, como si nada hubiera pasado, pero sus ojos relataban una historia muy distinta. Quería estrangular a su hermano hasta matarlo, lo sabía.

—Hay un buen sitio aquí en el mismo hotel —dijo Brett—. Había pensado en que tomáramos una buena cena y que luego nos fuéramos a descansar antes del rodaje de mañana.

Yo ya había dormido en el avión, así que no podría pegar ojo durante la noche. Nunca me adaptaba a los cambios de hora, así que me regía por mi propio horario. Además, tenía que hacer algunas llamadas.

—Me parece bien.

Hunt se acabó el resto del champán.

—Pues vamos.

* * *

Teníamos una mesa en la terraza, bajo una hilera de luces blancas. Había parejas sentadas a las otras mesas, evidentemente disfrutando de sus lunas de miel. Se veía a muy pocos socios de negocios juntos, puesto que aquel lugar estaba más pensado para las vacaciones que para celebrar reuniones de trabajo.

Prácticamente nos habíamos acabado nuestros platos y ya habíamos dado buena cuenta de dos botellas de vino enteras. El acuerdo entre Hunt y yo era relativamente reciente, pero parecía que funcionaba a la perfección. No me miraba abiertamente, como hacía cuando estábamos los dos solos. Se comportaba conmigo con indiferencia, como si no sintiera ningún tipo de atracción hacia mí.

Y yo se lo agradecía.

Brett se giró hacia mí con los mismos ojos de un marrón intenso que tenía Hunt. Brett era mayor y parecía un poco más duro que Hunt. No parecían hermanastros, sino hermanos. Hacía gala de exactamente la misma seguridad, acompañada de un toque de arrogancia.

—¿Va a unirse a nosotros Thorn en este viaje, Titan?

Thorn estaba en Chicago, ocupándose de una de las sedes de su próspero negocio. Su familia era dueña exclusiva de la fábrica de tomate más grande del mundo. Había pasado de generación en generación hasta ir a parar a manos de Thorn, pero él había recogido su fortuna y la había invertido en otras empresas, alcanzando un nuevo nivel de riqueza con el que su familia

nunca habría podido soñar. Nunca le había visto cometer un error. Cuando perfilaba sus futuras acciones, se lo planteaba como una maratón, nunca como una carrera de velocidad. Había aprendido mucho de él; de hecho, lo había aprendido todo. Si él no hubiera entrado en aquel bar cuando yo tenía diecinueve años, yo no estaría donde estaba ahora.

Se lo debía todo.

Hunt dirigió la mirada hacia mí, observando mi reacción a la pregunta.

—No. Ahora mismo tiene mucho que hacer en Chicago.

Brett asintió levemente.

—Compró uno de mis coches hace más o menos un año.

—Me lo dijo —respondí—. Me llevó a dar una vuelta unas cuantas veces, precisamente por eso me compré yo uno.

Brett sonrió.

—Genial. Publicidad gratis.

Ni siquiera ahora confirmaba o negaba que Thorn y yo estuviéramos juntos. Cuando los demás hacían sus cábalas, yo no me molestaba en corregirlos. Todo formaba parte de nuestro plan, de nuestro futuro. Hunt me había hecho varias preguntas al respecto, pero como no era de su incumbencia, nunca le había dado una respuesta... y no pensaba hacerlo.

—¿Y tú, Brett? ¿Hay alguien especial en tu vida?

—Tengo a muchas mujeres especiales —contestó—, pero todas van y vienen.

No esperaba menos de un hombre tan atractivo como él. Era rico, inteligente y tenía un físico impresionante. Podía ir picando de flor en flor todo el tiempo que quisiera. Cuando cumpliera los cincuenta, todavía podría ligarse a una mujer con la mitad de sus años y formar una familia si quería.

Yo no podía permitirme tal lujo.

Tenía una bomba con cuenta atrás en el útero.

—¿Y tú qué? —Brett se giró hacia Hunt—. ¿Algún trío más?

Yo sabía que Hunt era la clase de hombre que podía conseguir a cualquier mujer que quisiera... y todas las que deseara. La lujuria que sentía yo en la entrepierna la sentían también todas y cada una de las mujeres del planeta, pero por ahora, no tenía que compartirlo.

Era todo mío.

Hunt se tomó la pregunta con calma.

—No creo que esa sea una conversación adecuada delante de una señorita.

Puse los ojos en blanco.

—No soy ninguna señorita, sólo una socia. Y como bien sabéis los dos, a las mujeres también nos encanta el sexo.

A algunas mujeres les echaría para atrás la promiscuidad de Hunt, incluso se sentirían celosas, pero a mí me parecía que aquel tipo de aguante era sensual. Complacer a dos mujeres a la vez era una hazaña increíble.

Aunque yo ya sabía que era bueno en la cama. Por experiencia propia.

Brett me sonrió con un gesto de afecto en los ojos.

—Brindo por eso. —Sostuvo la copa en alto.

Yo la toqué con la mía antes de dar un trago.

Hunt me contempló y su mirada se endureció como lo hacía cuando nos encontrábamos a solas.

Aparté la vista a propósito, recordándole que cuando no estábamos follando, no éramos más que socios... y amigos.

—El equipo se reunirá con nosotros a poca distancia en coche de aquí —dijo Brett—. Ya nos hemos ocupado de todos los permisos, pero tenemos que acabar la grabación lo antes posible. El gobierno sólo nos permite cortar el tráfico durante una hora.

—No debería haber problema —dijo Hunt—. Podemos conseguirlo de una toma.

—No hace falta que os recuerde lo valiosos que son estos coches —dijo Brett—, pero, sobre todo, lo más importante es que no corráis riesgos. Odiaría ver a uno de los dos despeñándose con el coche por el acantilado hasta el fondo del océano.

—No nos pasará nada. —Ahuyenté sus preocupaciones de inmediato, porque sabía que conducía perfectamente.

Cuando Hunt me miró, mostró un atisbo de preocupación.

Yo lo ignoré, pues no me hacía falta que ningún hombre se preocupara por mi bienestar.

* * *

Cuando volví a la habitación, despaché algunos correos y hablé con Jessica por teléfono. Me aseguró que todo iba a las mil maravillas en la oficina, tanto que la gente ni siquiera se había dado cuenta de que yo no estaba allí.

Esperaba que Hunt se pasara por mi cuarto para retomar las cosas donde las había dejado, pero, teniendo en cuenta el tipo de empresario que era,

estaría haciendo exactamente lo mismo que yo.

Cuando me vino a la mente la imagen de su cuerpo desnudo, le envié un mensaje.

«Ven a mi habitación. Ahora».

Me encantaba conseguir exactamente lo que yo quería cuando lo quería. Las tornas cambiarían en poco tiempo y sería yo la que tendría que obedecer, pero intentaba no pensar en ello.

Simplemente me centraba en el presente.

Llamó a la puerta unos minutos más tarde, vestido con pantalones de deporte y una camiseta. Tenía un aspecto increíble tanto con traje como desnudo. Llevaba los pantalones bajos, a la altura de las caderas, y la camiseta se ceñía a su pecho musculoso. Entró en cuanto se abrió la puerta, alejándose del pasillo para que nadie lo viera.

Yo ya estaba desnuda, porque no quería malgastar tiempo ocupándome de la ropa.

Sus ojos se posaron directamente en mis pechos.

—Deberíamos tener cuidado, Titan. Si mi hermano se pasa por mi habitación y no estoy allí...

—Pues le dices que has conocido a alguien y punto. Problema resuelto.

—Salí de la habitación hacia el patio trasero. Tenía una piscina privada con vistas al mar y, como no había nadie por allí a esas horas de la noche, parecía que la ciudad entera me perteneciese.

Hunt me siguió al exterior, ya sin camiseta.

Bajé las escaleras que llevaban al agua, sintiendo el frío en la piel. Cuando me hube sumergido hasta los hombros, me di la vuelta y lo miré.

Inmóvil como una estatua, me observó mientras me deslizaba por el agua. Sus ojos me seguían a todas partes y las pequeñas olas se reflejaban contra su pecho amplio. En su estrecha cintura se marcaban las líneas de los abdominales, y los costados de su torso eran una gruesa extensión de músculos. Su cuerpo estaba cincelado de un modo que nunca había visto en otros hombres. Era esbelto y tonificado, pero tan definido que cada uno de los músculos sobresalía. Siempre que compartíamos una comida, escogía platos saludables. Y sin duda alguna daba resultado.

—Entra.

Hunt tenía varios tipos distintos de sonrisas y todas ellas significaban cosas muy diferentes. A veces lucía una amplia sonrisa, su personaje público ante las cámaras. En otras ocasiones, su sonrisa era sutil, como si su cuerpo

sintiera el impulso de sonreír aunque él no quisiera hacerlo. Y luego estaba el modo en que me sonreía en aquel momento, incapaz de ocultar que se estaba divirtiendo.

Se quitó los pantalones de chándal y los bóxers, dejando a la vista el enorme miembro que me tenía completamente embelesada. Después bajó por las escaleras, sumergiéndose en el agua mientras las gotas le salpicaban el pecho y los brazos. Como era mucho más alto que yo, los hombros y el pecho le quedaron fuera del agua, mientras que a mí me cubría casi del todo.

Mi cuerpo ansiaba terminar lo que habíamos empezado antes de la cena. Me habría follado de maravilla, contra el escritorio y sosteniéndome con su poderoso agarre. Me encantaba que me estrujara con aquellas manos grandes, observar cómo sobresalían las venas de sus antebrazos, hinchadas de sangre por la constricción de sus músculos fuertes.

Diesel Hunt era la mayor debilidad que había tenido nunca, el mejor sexo del que había disfrutado. Había estado con hombres increíbles que sabían cómo darme placer, pero ninguno de ellos se podía comparar con aquel hombre tan habilidoso.

Me encantaba su poder.

Su sonrisa.

Y me encantaba cómo me hacía sentir mujer.

Me sujetó las caderas y me guio hasta que quedé montada a horcajadas sobre él, ligera como una pluma al flotar en el agua. Me quedé allí sin hundirme mientras él me dirigía con sus manos. Me llevó hacia una zona más profunda y me apretó contra la pared, manteniéndome inmóvil con su cuerpo musculoso y sus manos fuertes.

Pasó su erección por mis pliegues, dentro del agua, y frotó la nariz contra la mía. El agua estaba fría, pero a él todavía le ardía la piel. Lo sentía al tocarlo. Entrelacé los brazos alrededor de su cuello y le di un beso en la comisura de la boca, frenando nuestra intensidad.

Me masajé el trasero con los dedos mientras me besaba, estrujándome las nalgas con su agarre férreo antes de soltarlas. Arrastró la boca por la mía antes de volver a retirarse, aprovechando la oportunidad para mirarme mientras mi cabello flotaba en el agua.

—¿Cómo quieres que te complazca, jefa? —Su voz profunda era sensual, como si fuera pura masculinidad sobre papel de lija. Tenía el mentón cubierto de vello porque no había tenido ocasión de afeitarse desde que habíamos salido de Nueva York, y me arañaba cada vez que pasaba la boca

por la mía. Era uno de los hombres más reconocidos del mundo empresarial, miembro de una élite que llenaba portadas de revistas con sólo poner un pie fuera de su ático de lujo. Era un líder, no un seguidor. Pero deseaba tanto conquistarme que estaba dispuesto a dejarse conquistar primero.

Nunca había sido testigo de nada más sensual.

Tenía a aquel hombre comiendo de la palma de mi mano. Era mi juguete, mi entretenimiento. Podía hacer lo que quisiera con él y le gustaría.

—Quiero que sea lento.

Apuntó su erección hacia mi entrada y se introdujo despacio.

Le clavé las uñas en los hombros y respiré contra su boca, todo mi cuerpo tensándose mientras penetraba en mi interior.

—Quiero que sea profundo.

Avanzó hasta llegar al fondo sin apartar sus ojos color café de mí. Observó mi reacción, con un rostro duro como el acero, sin ofrecer ningún gesto a cambio. Apretó todo su cuerpo contra mí, acorralándome contra la pared e inmovilizándome para que no pudiera ir a ningún sitio.

—Quiero que te corras dentro de mí todas las veces que puedas... y que no pares hasta que yo lo diga.

Tenía la boca ligeramente abierta contra la mía cuando gimió con suavidad. Estaba completamente hundido en mi entrepierna, tan profundamente que no había ningún otro sitio al que ir. Su ardiente deseo le otorgaba un contorno impresionante, el más grueso que había visto jamás.

Me serví de sus hombros para moverme hacia él, para sacar su sexo de mi cuerpo y volver a introducirlo.

Me empujó contra la pared, deteniendo mis movimientos, y comenzó a moverse él. Sus embestidas eran largas y exageradas, arrastrándose para que fueran lentas, como yo quería.

A punto estuve de decirle que se echara hacia atrás, pero la sensación era demasiado placentera. Un hombre atractivo me estaba penetrando de un modo agradable y constante, dándome en el punto perfecto con cada empujón.

—Joder, eres preciosa. —Sostuvo mi pelo húmedo con el puño y me besó, metiéndome la lengua en la boca sin interrumpir el ritmo regular de sus acometidas. Entre beso y beso jadeaba con fuerza en mi boca, sin detener la pasión en ningún momento. Cuando estábamos juntos así, no pensaba en la oficina. No pensaba en mis amigos. No pensaba en nada más de lo que sucedía en mi vida. Era puro calor, pura lujuria. Era la mejor distracción que

había conocido nunca, más potente incluso que una docena de Old Fashioned.

Me sujeté a la parte baja de su espalda y lo guie hacia mí, agarrándome a su cuerpo musculado sólo por tener algo a lo que aferrarme. Le constreñía la cintura con los muslos una y otra vez porque sabía exactamente lo que estaba por llegar. Era una erupción volcánica entre mis piernas, un calor abrasador e intenso.

—Hunt...

Cerró la boca sobre la mía para acallar mis gritos. Yo no quería que nadie nos oyera y se quejara en recepción, porque a Brett no le costaría unir los puntos y llegar a conclusiones que no me convenían.

Hunt se ocupó perfectamente de mantenerme callada, acostumbrado ya a mis orgasmos por el gran número de veces que nos habíamos acostado. Cuando mis chillidos se volvieron especialmente intensos, me introdujo la lengua, tomando la mía como rehén y obligándome a moverme con él y a guardar silencio.

Pero el clímax fue maravilloso. Continué palpitando incluso cuando hubo terminado. Hundí los dedos en la piel de Hunt y sentí una fuerte oleada de afecto por aquel hombre, reverenciándolo como a un dios por hacerme aquellas cosas tan extraordinarias.

Pegó la frente a la mía cuando terminé, recuperando la respiración mientras seguía embistiéndome contra la pared una y otra vez.

—Tu turno. —Le agarré el trasero y lo atraje hasta el fondo de mi cuerpo, introduciendo su erección todo lo posible antes de que me golpeará el cérvix—. Lo quiero, Hunt. Lo quiero todo.

Gimió y se meció con más fuerza hacia mí.

—Y quiero que pronuncies mi nombre cuando termines: Titan. Mírame. —Quería ver su orgasmo, contemplar cómo se corría en el fondo de mi sexo para no olvidarlo jamás. Quería verlo desatado, que se le cortara la respiración antes de tomar aire mientras eyaculaba. Quería sentir que todos sus músculos se tensaban por mí, que su miembro latía mientras expulsaba montones de su semilla sólo para mí.

Empujó con un poco más de fuerza, moviendo el cuerpo a través de la resistencia del agua. Mi espalda chocaba continuamente con la pared mientras embestía, sosteniendo contra sí mi cuerpo doblado. Mantuvo su dura mirada clavada en mí, aquellos ojos marrones que parecían más oscuros de lo habitual. La mandíbula se le iba apretando poco a poco, como si fuera un tornillo enroscándose en una tuerca.

Cuando cerró los ojos un instante, supe que había llegado al límite. De repente, se movió con más fuerza hacia mí, dejándose llevar por el clímax. El agua se agitaba a nuestro alrededor, estrellándose contra nuestros costados por el ímpetu de Hunt.

—Titan... —Me inmovilizó contra sí, con las nalgas endiabladamente duras, y se corrió con un gemido. No cerró los ojos en ningún momento, sin apartar de mí aquella abrasadora mirada. Su erección latía en lo más profundo de mi ser mientras derramaba toda su excitación en mi dolorida entrepierna.

Solté un gemido al notar aquel líquido viscoso y cálido llenando mi canal. Era pesado y agradable, y contenía el fuerte deseo que Hunt sentía por mí.

Su sexo se fue ablandando poco a poco dentro de mí cuando terminó, pero siguió hundido en mi entrepierna. Yo todavía no había acabado con él, y él lo sabía. Metió la mano entre mi cabello y empezó a besarme despacio. Logró que el deseo volviera a acumularse, porque sabía que tenía que empalmarse por mí para poder entregarme su semen de nuevo.

Porque yo lo quería todo. Hasta la última gota.

Hunt

El escenario estaba montado y listo para empezar a rodar. Los coches ya estaban arrancados, preparados para salir. Eran descapotables, un modelo distinto del que teníamos Titan y yo. Nuestro plan era conducir medio kilómetro por la costa. Se suponía que ella debía cortarme el paso, luciendo una sonrisa mientras lo hacía. Yo la alcanzaría por el otro carril e intercambiaríamos una larga mirada.

Era bastante simple.

Pero yo estaba preocupado. Lo único que había junto a la carretera era el acantilado. Un movimiento en falso y el coche se precipitaría al vacío.

No estaba preocupado por mí, estaba preocupado por ella.

Una cosa que había aprendido de Titan era que sabía cuidar de sí misma. Era increíblemente inteligente y segura. Era obvio que había aprendido las lecciones de su vida de la manera más difícil. No había otro modo de explicar cómo podía ser tan dura, como si estuviera hecha de acero. No necesitaba que yo cuidara de ella. Ni siquiera necesitaba que me preocupara.

Pero lo hacía.

—Todavía estamos a tiempo de usar un doble —les dije a Brett y a Titan treinta minutos antes del atardecer. El clima era perfecto: el cielo estaba despejado y la temperatura era cálida. No nos quedaba mucho tiempo antes de que las cámaras empezasen a rodar, pero los actores se presentarían allí de inmediato por la cantidad de dinero adecuada.

—Nada de dobles —dijo Titan—. No nos va a pasar nada.

No la contradije delante de Brett, pero deseé ser yo quien estuviera al mando. En ese caso, le diría que usaríamos dobles y ella tendría que aguantarse y callar.

—La gente ni siquiera se dará cuenta.

—Pues claro que sí —dijo Titan—. Siempre que veo un anuncio de coches me parece descaradísimo. Podemos hacerlo nosotros, Hunt.

Brett la miró con un claro afecto, respetando a Titan más de lo que respetaba a la mayoría de la gente.

—Si eso es lo que quiere ella, así será.

Quise estrangular a mi hermano. Las cosas serían mucho más sencillas si me limitara a contarle la verdad. Cada vez me tentaba más la idea de romper la promesa que le había hecho a Titan. Ella no se enteraría, pero el orgullo que sentía por mi propia palabra me impedía hacerlo. Si ella no confiaba en mí, anularía nuestro acuerdo.

—Meteos en los coches y haremos la primera toma. —Brett se dirigió al director, que aún estaba configurando los últimos detalles en las cámaras.

Titan se encaminó hacia su coche, con una blusa blanca y un pañuelo azul alrededor del cuello. Cuando los expertos le habían arreglado el pelo y la habían maquillado, su aspecto estuvo a la altura de la portada de una revista. Si no se dedicara a los negocios, desfilarse en pasarelas habría sido una alternativa con muchas posibilidades.

Me acerqué a ella por detrás y la agarré por el codo.

Ella apartó el brazo de inmediato, dando otro paso hacia la derecha para mantener la distancia.

—No me toques en público, Hunt. —Sus palabras no escondían el veneno de quien estaba enfadado, sino que fueron pronunciadas con absoluta sencillez.

Estuve a punto de agarrarla de nuevo, sólo por gusto.

—Titan, no estoy muy convencido de esto.

—Hunt, estás exagerando.

—No eres una conductora profesional.

—Y tú tampoco —repuso.

—Pero tu vida es mucho más importante que la mía.

Se detuvo al llegar al coche y me dirigió un tipo de mirada distinto. Echó un vistazo hacia la derecha para observar a los miembros del equipo antes de volver a mirarme a mí.

—No veo por qué.

Yo tampoco tenía ningún motivo. Lo único que sabía era que no quería que saliese herida. Si algo me ocurría a mí, me daba igual. Pero si algo le ocurriera a ella... sería algo que me atormentaría para el resto de mi vida. Titan no era sólo una amiga, sino alguien a quien había llegado a respetar. Me importaba mucho, más de lo que me importaban la mayoría de las personas.

—Tú representas la esperanza, la igualdad y el respeto para muchas personas. Puede que seas la mujer más poderosa del mundo, pero no eres

invencible. El mundo no puede permitirse perderte.

Suspiró mientras me contemplaba frustrada y conmovida.

—Es muy bonito que digas eso, Hunt, y te lo agradezco, pero sigo creyendo que estás exagerando. Vamos a rodar unas cuantas tomas y luego continuaremos con nuestras vidas.

Odiaba no tener el control. Lo odiaba con todas mis putas fuerzas. Si hubiera sido mía en ese instante, me habría bastado con decir que no.

Seis semanas tardarían una eternidad en pasar.

Se acercó más a mí, recuperando la proximidad que ella misma nos había arrebatado. Sus ojos brillantes observaron los míos con aquella expresión que había visto decenas de veces. Me la dedicaba justo antes de besarme, de depositar un beso delicado en mi boca.

Si estuviéramos solos, estaría besándome en ese mismo instante.

—Por favor, ten cuidado. —Intenté hacérselo entender, pero estaba claro que no había logrado nada. Los coches como aquellos tenían más potencia que un tráiler. Aunque eran piezas de colección, no estaban pensados para usarlos como juguetes.

Su mirada se suavizó ligeramente; era la primera vez que la veía reaccionar así.

—Lo tendré, Hunt.

* * *

Terminamos de rodar una hora más tarde, justo cuando el sol se ocultó en el horizonte. Conseguimos las tomas y acabamos el trabajo.

Todo transcurrió sin incidentes, como habíamos planeado.

En cuanto devolvimos los coches y estuvimos otra vez sobre nuestros pies, sentí que por fin se deshacía el nudo que tenía en el estómago. Las náuseas desaparecieron y por fin pude mantenerme erguido, sin soportar aquel gran peso sobre los hombros.

Brett caminó hasta mí cuando acabó de hablar con el director.

—¿Estás bien, tío? Te veo un poco pálido.

—Estoy bien.

Vi cómo Titan entregaba las llaves de su coche y hablaba con uno de los miembros del equipo. Él dijo algo para hacerla reír. Entonces ella esbozó aquella sonrisa diplomática, comportándose con cortesía, aunque en realidad la conversación no le importaba. Había visto aquella mirada el número de

veces suficiente como para saber exactamente lo que significaba.

Brett siguió la dirección de mis ojos antes de volver a mirarme.

—¿Todavía lo pasas mal por eso?

—A veces.

Me dio una palmadita en el hombro y me dirigió una mirada de compasión.

—Lo siento, tío. Pero sabes mejor que nadie que yo sé exactamente cómo te sientes.

Asentí.

—Ya lo sé.

Dejó caer la mano y se quedó de pie a mi lado.

—Te gusta Titan, ¿no?

Clavé la mirada en la suya al oír sus palabras, escudriñando aquellos ojos marrones tan parecidos a los míos. Sólo me sacaba dos años, pero siempre lo había considerado alguien mucho más sabio. Se le daba bien interpretar a la gente, incluso a mí.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Ya te has comportado así dos veces y las dos estaba ella en un coche.

Quizás había sido más descarado de lo que había pretendido.

—Me preocupo por ella... pero nada más.

Brett estrechó los ojos con incredulidad, sin tragarse mi excusa.

—Venga ya, que no se te olvide con quién estás hablando.

Evité su mirada, sintiéndome como un espécimen bajo un microscopio.

—Da igual lo que sienta por ella. Está saliendo con Thorn, así que dejemos el tema. —Me sentía un capullo por no contarle la verdad, por no decirle que me acostaba con ella. Nunca pasaría nada más porque era algo puramente físico, pero jamás había tenido una relación monógama con alguien. Se me hacía raro no contárselo, porque era una parte importante de mi vida.

Brett no insistió al darse cuenta de que no iba a decir nada más.

—Vale. Recibido, alto y claro. —Se encaminó de nuevo hacia el director, donde se encontraba Titan en ese momento. Intercambiaron algunas palabras y se estrecharon la mano.

Cuando el rodaje se dio por concluido, pusimos rumbo de nuevo al hotel.

* * *

Brett y yo salimos aquella noche porque yo no tenía ninguna buena excusa para decir que no. Le había dicho que no estaba viéndome con nadie y como yo siempre salía a ligar, no tenía sentido que me negara.

Especialmente cuando empezaba a percatarse de mi atracción por Titan.

Fuimos a un bar que estaba a una hora por la costa, usando uno de sus coches para llegar allí. No le había dicho a Titan que me marchaba porque no estaba de humor para hablar con ella. El comentario de mi hermano sobre lo mucho que me preocupaba por ella me había irritado.

Titan no debería importarme tanto.

En el fondo, yo sabía que no era solamente porque estuviera acostándome con ella, que no tenía que ver con el hecho de que quisiera tirármela el máximo tiempo posible. Desde que había visto cómo se manejaba con aquellos comentarios sexistas, se había ganado mi respeto. Tenía una mente brillante y una cara preciosa. Era distinta a las demás, y sólo fingía ser fría y dura porque en eso la había convertido el mundo.

Yo sabía que había más bajo aquella fachada.

Entre nosotros había una conexión que iba más allá del sexo.

Me gustaba de verdad.

Durante el trayecto en coche Titan me mandó un mensaje, que apareció en la pantalla de mi teléfono. Por suerte, Brett tenía la mirada fija en la carretera, así que no se dio cuenta.

«Te deseo».

Su tono era autoritario incluso a través de un mensaje de texto. Podía oír su voz en mi cabeza mientras leía las palabras. Preferiría estar hundido entre sus piernas que de fiesta con mi hermano fingiendo ligar con alguien.

«Ven a mi habitación en diez minutos».

«No puedo. He salido con Brett».

«¿Y eso a mí qué más me da?».

Sonreí automáticamente, encantado con su actitud tan directa. Había dado por hecho que me molestaría dejar que alguien me hablara de aquel modo, pero sólo lograba excitarme. ¿A qué clase de hombre no le encantaba oír cuánto lo deseaba una mujer? Especialmente si se trataba de la mujer más poderosa del mundo.

«Estoy a una hora de allí. Vamos a ir a un bar».

«Pues entonces ven cuando acabes».

«Dudo que estés despierta».

«Ponme a prueba».

Madre mía, me deseaba de verdad.

«Voy a tener que fingir que me lío con alguien. Brett está empezando a sospechar de nosotros».

Su mensaje apareció en la pantalla de inmediato.

«Hablaemos de eso luego».

No pude evitar la respuesta que teclearon mis dedos.

«Sí, jefa».

«Pásate por mi habitación, me da igual la hora que sea. Te he metido la llave en la cartera».

Fruncí el ceño, intentando pensar en qué momento había dejado mi cartera sin vigilancia.

«¿Cuándo has hecho eso?».

«Cuando te estabas volviendo a poner los pantalones».

* * *

Una morena atractiva se pasó la noche pegada a mí y yo le puse el brazo sobre los hombros. Se giró hacia mí, me besó en el cuello y luego me mordisqueó el lóbulo de la oreja.

No estaba haciendo nada malo porque sólo estaba fingiendo, pero no me gustó. Odiaba aparentar que aquella mujer me interesaba, hacerle perder el tiempo y darle falsas esperanzas. No dejaba de agarrarme el muslo y de tirar de los vaqueros con intención de quitármelos.

¿Cuánto tiempo más tenía que hacer aquello?

¿De verdad esperaba Titan que lo hiciera durante tres meses?

Miré a Brett y vi que estaba liándose con una rubia, aplastándola contra el sofá mientras ella le rodeaba la cintura con una pierna. Prácticamente estaban haciéndolo con la ropa puesta.

El coche de él era un biplaza, así que tenía la excusa perfecta para largarme de allí.

Me despedí de la morena y llamé al hotel para que me llevaran hasta allí. Aunque mi rollo de aquella noche le dijera a Brett que le había dado plantón, podría contarle simplemente que me había llevado a otra a la habitación. Era algo que podría haber hecho perfectamente.

El coche me recogió y me llevó de vuelta al complejo. Era un trayecto largo y mis pensamientos divagaron, centrándose en Titan. Esperaba que

siguiera despierta y que sólo llevara las bragas a modo de pijama. No tenía ni idea de cómo dormía porque nunca había sido testigo de ello, así que dejé que mi imaginación se formara su propia imagen.

Cuando llegué al hotel, me dirigí a su dormitorio y entré sin llamar.

Eran las tres de la mañana y seguía despierta.

Caminaba lentamente por la lujosa sala de estar con el teléfono pegado a la oreja. Estaba hablando con alguien de su oficina.

—Cambia la fecha de esa reunión. Sí. Para el viernes. Y tengo algunas cosas que hay que ir a recoger a la tintorería. Te llamaré si necesito algo más, Jessica. —Puso fin a la llamada y se dio la vuelta. No pareció sorprenderse al verme allí de pie, así que debía de haber oído cómo se cerraba la puerta desde el otro lado de la habitación—. ¿Qué tal la noche?

—Una mierda.

—¿Y eso? —Caminó hasta el mueble bar y preparó dos Old Fashioned. Daba por descontado que uno sería para mí, pero era imposible saberlo tratándose de Titan.

—Brett estaba con la lengua metida en la garganta de una tía mientras otra intentaba quitarme los pantalones a mí.

Se acercó a mí paseando con un vestido corto de color negro y sin zapatos. Me puso el vaso en la mano antes de dar un trago del suyo.

—No la culpo. Yo habría hecho lo mismo. —Se sentó en el sofá, cruzó las piernas y se le subió el vestido. Debía de ser un camisón, porque era demasiado provocativo para llevarlo en público.

Me senté en el sofá que había frente a ella, dejando que se me abrieran las piernas mientras me apoyaba el vaso en el muslo. Ella seguía maquillada a pesar de la hora que era. Nunca la había visto sin maquillar. La única vez que la había visto ligeramente informal fue cuando se puso unos vaqueros, y tampoco es que fueran muy informales.

Me estaba acostando con aquella mujer, pero todavía no la conocía de verdad.

Mis otras aventuras habían sido más cortas, pero al menos sabía algo sobre ellas. Hablábamos antes y después del sexo, y llegué a saber algo de sus vidas y de sus familias. Pero con Titan no hablaba de nada en absoluto.

—¿Tú duermes alguna vez, Titan? —Siempre iba a mil por hora: trabajaba mucho durante el día, salía de fiesta con sus amigas y tenía la casa tan limpia como una habitación del hotel Four Seasons. ¿Se relajaría alguna vez?

Dio un trago a la bebida y miró por el enorme ventanal que daba al mar. Los tirabuzones que lucía por la tarde se le habían aflojado poco a poco y su pelo volvía a parecer liso, pero conservaba aquella reluciente suavidad. Tenía un leve tono rojizo que sólo se percibía cuando estaba directamente bajo la luz del sol. Debía de haberse pintado las uñas antes de que saliéramos de viaje porque las llevaba con esmalte negro. Y cada vez que la había visto desnuda, estaba absolutamente suave. Debía de hacerse las ingles brasileñas cada pocas semanas. Se giró hacia mí, como si hubiera terminado de sopesar la pregunta.

—No mucho, la verdad.

Se había tomado todo ese tiempo para elaborar su respuesta y me había dado aquella breve contestación.

—¿Tienes insomnio?

—No, lo cierto es que no —dijo—. Es que simplemente no me gusta dormir.

—¿Que no te gusta? —Me llevé el vaso a los labios y di un trago.

—Me parece una pérdida de tiempo.

Yo dormía unas siete horas cada noche, menos que la mayoría de las personas, pero aun así necesitaba una cantidad de sueño decente para poder funcionar y tomar buenas decisiones a diario.

—No estoy de acuerdo.

—En esa cantidad de tiempo podría hacer muchas cosas.

—Pero no puedes trabajar todo el tiempo. —Yo era adicto al trabajo y terriblemente ambicioso, por lo que era mucho decir que yo le hiciera ese comentario a otra persona. Quería ser el hombre más rico del mundo, pero todavía me quedaba camino por delante. Tenía que deshacerme de unas cuantas personas antes de alcanzar el primer puesto.

—No trabajo todo el tiempo.

—Entonces, ¿qué haces?

Se terminó el contenido de su vaso antes de apoyarlo en la mesita de café.

—Leo. Escribo. Veo la tele. Disfruto pasando tiempo a solas.

Era una persona normal y corriente, como todas las demás, pero había dicho algo que me llamó la atención.

—¿Escribes?

Dejó de mirarme a los ojos y se llevó las piernas hacia el cuerpo.

—Bueno, lo intento.

¿Era aquel el motivo por el que tenía una editorial en quiebra? ¿Porque le encantaba aquel tema? Eso explicaría por qué prefería perder dinero todos los trimestres que vendérsela a otra persona. Debía de ser una de sus pasiones.

—¿Qué escribes?

—Intenté escribir poemas, pero no se me da demasiado bien, así que escribo relatos cortos. Nunca he escrito una novela entera. Cada vez que lo intento, se me acaban las ideas para la historia y al final lo dejo.

De todas las cosas que era Titan, nunca habría imaginado que sería escritora.

—Eso es genial.

Sus ojos buscaron mi rostro como si estuviésemos en una reunión de trabajo, intentando descifrar si sólo decía lo que ella quería oír o si estaba bailándole el agua. Cuando vio la sinceridad en mis ojos, ya no parecía sentirse amenazada.

—¿Tú crees? —Era la primera vez que mostraba incertidumbre ante mí, que confiaba en mi opinión para estar segura de algo. No parecía importarle lo que opinaba de ella. No parecía importarle lo que nadie pensaba de ella. Pero parecía que había hecho una excepción.

—Sí. Me encantaría leer algo... si quieres enseñármelo.

—¿Eres aficionado a la lectura?

—Leo unos dos libros al año. No estoy seguro de si eso me convierte en aficionado a la lectura.

—¿Qué te gusta leer? —preguntó.

—Libros de intriga, de misterio... Cosas rollo James Bond.

Asintió.

—Buen género.

—¿De qué género son los tuyos?

Sopesó la pregunta, apretando los labios con firmeza antes de responder.

—Supongo que ficción o literatura, pero no puedo clasificar ninguna de mis historias en un género porque nunca he terminado nada.

—¿Quién dice que no puedas terminar ahora?

En aquellos momentos Titan no se parecía a la mujer a la que estaba acostumbrado a ver. No era el tiburón ambicioso que giraba en torno a su presa. Era una mujer delicada, con unos pómulos preciosos y unos ojos deslumbrantes. Sonrió al oír mis palabras, claramente valorando lo que había dicho.

—Nunca es demasiado tarde, supongo...

—Nunca. —Dejé la bebida en la mesa y me senté con ella en el sofá. Me puse justo a su lado y le coloqué la pierna alrededor de mi cintura, exactamente como había hecho Brett con aquella chica en el bar. Me cerní sobre ella, recostándola lentamente en el sofá.

Ella me permitió guiarla y me subió la mano por el pecho.

—He pasado toda la noche deseando volver aquí contigo. —Le levanté el vestido con la mano hasta la cintura, dejando al descubierto su trasero desnudo. No llevaba ropa interior, evidentemente preparada para mí en cuanto entré por la puerta.

Me desabrochó los pantalones y me los bajó, tirando también de los bóxers.

—Te estaba esperando...

Me coloqué encima de ella para poder deslizar mi erección por su entrepierna.

—No quiero seguir mintiendo, Titan. No quiero sentarme en un bar cuando me importan una mierda todos los que están allí. Cuando mi hermano me pregunte si me gustas, quiero decirle que me estoy acostando contigo y que el sexo es el mejor de mi vida. Quiero ser real.

Me sostuvo la cara y me besó, y sus labios me resultaron suaves contra la boca. Respiró hacia mí antes de agarrarme las caderas e introducirme lentamente en su interior.

—Ya lo sé, pero no voy a cambiar de opinión. Si esto es demasiado difícil, deberíamos alejarnos.

Ahora que estaba en el fondo de su sexo, no podía pensar con claridad. Estaba inhalando su aroma, encantado con el olor a vainilla y con la fragancia de su excitación. Cuando estaba dentro de ella, sentía que aquel era el único lugar en el que debía estar. Tenía la cara cerca de la suya y sentía su respiración, el cálido aliento que caía sobre mi piel. Me clavó los dedos, rogándome que no la dejara cuando era tan maravilloso lo que sentíamos juntos.

—No voy a alejarme de esto... de ti.

Titan

Cuantas más veces me acostaba con Hunt, mejor era el sexo.

Era un rey en la cama y tenía todo lo que yo ansiaba en una pareja. Era seguro, atractivo y terriblemente sensual.

No sabía qué me gustaba más, si sus besos o su entrepierna.

Me encantaba todo.

Regresamos a Nueva York y volvimos al trabajo. Se me habían acumulado las tareas al haberme tomado una semana libre, así que tenía que ponerme al día para seguir en la cima de mi imperio. Pasé varios días sin ponerme en contacto con Hunt porque estaba demasiado ocupada.

Él tampoco contactó conmigo, probablemente por el mismo motivo.

Thorn me envió un mensaje.

«Me voy a pasar en diez minutos, a menos que tengas compañía».

«Estoy sola».

«Entonces ahora nos vemos».

Thorn subió en el ascensor hasta mi planta, porque tenía la clave para acceder a mi ático para que yo no tuviera que abrirle cada vez que venía. Entró en el salón en vaqueros y con una camiseta gris, con un aspecto atractivo e informal con su ropa de calle. La mayoría de las veces que lo veía llevaba traje, algo diseñado a medida específicamente para su gran altura y sus anchos hombros. Entró con los ojos brillantes y me saludó con una sonrisa.

—¿Qué tal va todo, Old Fashioned?

—Bien. He estado ocupada desde que volví de Italia. —Le serví una copa de su vino favorito y me preparé mi bebida. Nos sentamos a la mesa del comedor con las luces de Manhattan de fondo.

Dio un largo trago, bebiendo como si fuera agua en lugar de alcohol.

—¿Qué tal allí?

—Muy bien.

—¿Lo pasasteis bien tú y tu juguete?

—Lo cierto es que sí. Habría sido más divertido si su hermano no

hubiera estado por allí.

—Cortarrollos... Los odio. ¿Qué tal está resultando Diesel Hunt? —Me preguntaba por todas mis relaciones, así que aquello no era algo insólito.

—Es todo lo que había imaginado... y más.

Una sonrisa callada se extendió por sus labios.

—Parece ser un tío que viene con el paquete completo.

—Sí. Y sin duda *tiene* el paquete completo.

Me guiñó un ojo.

—Cochina.

—Sólo soy una mujer que sabe lo que quiere. —Me acordé de lo que Hunt me había contado sobre Thorn, que le había mencionado nuestra relación de pasada—. Hunt me ha dicho que hablaste con él de mí en la gala benéfica... y que le animaste a que fuera a por mí.

—Sí. —Hizo girar el vino en la copa—. Y parece que mi consejo ha funcionado.

—Pero ¿para qué le dices nada? No sabía si era de fiar.

—Es un tipo honesto —dijo con indiferencia—. Lo noto. Además, los amigos se ayudan los unos a los otros a conseguir polvos. Es la base de cualquier amistad.

—Bueno, pues yo puedo echar polvos sin tu ayuda.

Volvió a guiñarme el ojo.

—Porque eres una cochina.

Entorné los ojos y contuve una carcajada. Sólo Thorn podía bromear así conmigo y librarse de las consecuencias.

—Me alegro de que las cosas hayan salido bien. Parece que habéis llegado a un pacto.

Me encantaba nuestro acuerdo actual, pero no estaba segura de si me gustaría tanto la segunda parte.

—Sí... Seis semanas para mí y seis semanas para él.

Thorn dejó el vaso y lo ignoró.

—¿Crees que podrás aguantarlo?

—Al parecer tendré que hacerlo —dije—. Y no me dio mucha elección. Era esto o no tenerlo.

—Te debe de gustar mucho.

—Sí...

Me encantaba todo de él. Era mucho más que el empresario sobre el que había leído. Era agudo como el filo de una espada, pero suave como la seda al

mismo tiempo. Sabía hacerlo con brusquedad y con lentitud. Hacía que la boca me temblara cada vez que me besaba y, cuando no estábamos follando, me hablaba como a una amiga. Me veía como a una igual, respetando siempre todo lo que tenía que decir. No recordaba el número de veces que los hombres me habían hablado como si mi opinión no importase, como si supieran más que yo antes incluso de darme la oportunidad de hablar. Mis conversaciones con Hunt nunca eran así.

—¿Qué tal tu viaje a Chicago?

—Mucho trabajo, alcohol y sexo.

—¿El sexo bien?

Se encogió de hombros.

—Lo suficiente. Pero avancé un montón en el trabajo y eso era lo que más me importaba.

—Me alegro.

—Mis padres vienen mañana a la ciudad. Les he dicho que cenaríamos juntos.

—¿Y no se te ha ocurrido que podría tener planes?

Sonrió.

—Sabía que los cambiarías por mí. Te encanta mi madre.

—Porque es encantadora. No estoy segura de por qué no heredaste ese rasgo suyo.

Puso los ojos en blanco al oír la provocación.

—Los hombres de verdad no son encantadores. A las mujeres no les gustaría que lo fuésemos.

—Cierto.

—Vamos a cenar en The Jewel. Mi ayudante ya ha hecho la reserva. Te recogeré a las siete.

—Me parece bien. Me encanta su comida.

—¿Qué tal fue el desfile de moda? ¿Te aburriste a morir?

Hunt había asistido, así que no me había aburrido en ningún momento.

—No, pero Connor hizo un pequeño intento de reavivar nuestro fuego.

—No lo culpo.

Thorn tenía los ojos más azules que había visto jamás. Era uno de los motivos por los que tenía tantas admiradoras. Eran más azules que todos los océanos vírgenes del mundo.

—Sabe lo que ha perdido. Pero ese barco ya ha zarpado, ¿no?

—Sí. —Ahora mi barco estaba anclado en el puerto de Hunt.

—A Diesel no le caigo bien. —Thorn me miró buscando confirmación por mi parte.

—No. Está celoso.

—¿Le has dicho que no hay nada de lo que estar celoso?

—Muchas veces.

—¿Y?

—No entiende nuestra relación y eso hace que se sienta frustrado.

—No hace falta que lo sepa. De todas formas, no lo entendería.

Yo no estaba tan segura de eso. Hunt parecía un hombre razonable. Entendía cómo funcionaba el mundo tan bien como yo. Si le explicaba mi situación con Thorn, probablemente lo comprendería sin problema.

—Creo que lo entendería, pero de todos modos no es necesario que lo sepa.

—¿Qué tal Pilar?

—Bien. Acaba de salir en la portada de una revista de deportes.

—No me sorprende —dijo—. Es demasiado única como para estar en otro sitio.

Me acabé la copa y decidí poner fin al alcohol. Ya había bebido demasiado aquel día.

—¿Te apetece quedarte a cenar conmigo? Estaba a punto de preparar algo.

—Me encantaría... si no va a venir Hunt.

—Vendrá más tarde. No quedamos para comer juntos.

Sonrió.

—¿Sólo para follar?

—Sí.

—Me gusta cómo organizas las cosas, Titan. Como si fuera todo un negocio.

—Mi vida es mucho más sencilla de ese modo. —Entré en la cocina y saqué todo lo que necesitaba del frigorífico.

Thorn se unió a mí y empezó a lavar el bimi antes de cortarlo en tiras perfectas.

Yo me ocupé del pollo y de las zanahorias.

—Creo que deberías acercarte a Bruce Carol esta semana. Sus acciones están a punto de caer.

Había estado tan ocupada la última semana que en realidad no había pensado en ello.

—Tienes razón.

—Me ofrecería a ocuparme yo de ello, pero estoy seguro de que puedes encargarte tú. Bruce y yo nunca nos hemos llevado bien.

—¿Y crees que se llevará bien con tu novia?

Thorn dejó las verduras a un lado antes de coger una sartén y ponerla en los fuegos.

—Cuando es tan guapa como lo eres tú, sí.

Sonreí sin apartar la vista de lo que estaba haciendo.

—No tienes que hacerme la pelota, Thorn. Ya me has convencido.

—No te estaba haciendo la pelota. —Me dio un codazo en el costado con suavidad—. En serio.

* * *

Entré en el edificio de Bruce, hablé con su ayudante y esperé en el vestíbulo. Llevaba una falda de tubo negra y una blusa entallada de color azul, apostando por colores tradicionales y no demasiado atrevidos. Me había dejado el pelo suelto y me lo había ondulado a la altura de los hombros. Calzaba mis zapatos de tacón favoritos, pese a que Bruce Carol no tendría ni idea de cuál era su precio ni de qué marca eran.

Tuve que esperar diez minutos antes de que por fin me llamaran para que pasase a la sala de conferencias.

—Señor Carol, ¿cómo está? —Caminé hasta él con la mano extendida y una sonrisa en la cara.

Bruce estaba cerca de los sesenta, sobrado de peso por el paso de los años, y tenía el rostro cubierto de vello. Llevaba unas gafas grandes que sin duda usaba desde la década de los ochenta. A pesar de que una de sus mayores inversiones se estaba hundiendo, era un empresario respetado con grandes logros en su haber en los últimos treinta años.

—Bien. —Me estrechó la mano sin devolverme la sonrisa—. Gracias por venir. —Se sentó en la silla que presidía la mesa y no me ofreció nada de beber. Unié las manos sobre el escritorio y miró la hora en su reloj de pulsera.

No era un buen comienzo.

Abrí la carpeta y fui directa al grano.

—Tengo conocimiento de que su inversión en su empresa, pese a ser una idea excelente, no está saliendo bien. Los beneficios han descendido

constantemente cada trimestre. En el último trimestre han caído un cincuenta por ciento. Esta información todavía no se ha hecho pública y me gustaría hacerle una oferta. Puedo asegurarle que le ofreceré un trato más que justo y que todo habrá concluido antes de que los medios tengan oportunidad de plasmarlo en la portada de todos los periódicos. Podemos decir simplemente que Titan Industries se ha hecho cargo de la empresa.

—Parece que se está precipitando antes siquiera de haber hecho su oferta. —Dio unos golpecitos en la mesa con aquellos dedos rollizos, que hicieron eco en la sala.

Era un imbécil con el orgullo herido. Debería haber imaginado que no se tomaría bien aquello.

—No estoy seguro de cómo se ha enterado de todo esto, por lo que debo de tener traidores en la empresa.

O Thorn y yo éramos más inteligentes de lo que él creía.

—El dinero siempre deja un rastro. —Saqué la carta con la oferta y la deslicé por la mesa hacia él—. Esto es lo que estoy dispuesta a ofrecerle. Hay algunas condiciones, pero nada importante.

Le echó un vistazo rápido, leyendo apresuradamente las palabras por encima.

—No.

Esperé pacientemente una explicación.

Pero nunca llegó.

—La oferta está abierta a una posible negociación.

Me devolvió el papel.

—Duplique su oferta y tendremos un trato.

Como intento de controlar la situación, resultaba patético. No tenía ni el más mínimo tacto. Yo era transparente en mis reuniones e iba directa al grano para ahorrar tiempo, pero también pensaba cada movimiento antes de hacerlo. Era obvio que Bruce no. No me sorprendía que su empresa se estuviera hundiendo.

—No. —Taché la oferta inicial que le había hecho y anoté un aumento del diez por ciento antes de devolvérsela—. Esta es mi oferta final. Cualquier otra persona que entre por esa puerta no le ofrecerá nada ni remotamente parecido. Considérese afortunado de tenerla sobre la mesa.

Se quedó mirando la cifra un largo rato antes de darle la vuelta al papel.

—Van a hacerme otra oferta esta tarde. Esperaré a conocerla antes de responder.

¿Otra oferta? ¿Quién más conocía el fracaso de la empresa de Bruce? No podía permitirme mostrar sorpresa, tanto si era un farol como si no lo era. Tenía que mantener la calma, actuar como si no quisiera aquella compañía tanto como la quería en realidad.

—Pero me pensaré su oferta, cielo.

Cielo. Odiaba que me llamaran así. Si fuera un hombre, no me llamaría muchacho ni campeón. Era insultante y denigrante.

Pero me comporté como si no me afectase.

—Me pondré en contacto dentro de poco para que me mantenga al día.
—Me levanté de la silla y me sentí ligeramente ofendida al ver que él no se ponía de pie. No me estrechó la mano, ni siquiera me dirigió una última mirada.

Salí de allí, sabiendo que su mirada no se apartaba en ningún momento de mi trasero. No me mostraba el respeto suficiente como para mirarme a los ojos, pero no tenía problema en mirarme el culo. Supe que me estaba contemplando cuando vi su reflejo en la puerta de cristal.

«Capullo».

Volví al recibidor, conteniendo la irritación que debía de resultar evidente en mi rostro. Oí cómo llegaba hasta mí la voz de su ayudante mientras me acercaba a la entrada.

—Señor Hunt, el señor Carol ya puede recibirlo.

Casi me detuve en seco al oír aquel nombre.

Di la vuelta a la esquina y llegué al recibidor justo cuando él se levantaba abotonándose la chaqueta del traje. Llevaba una cartera al hombro que sin duda contenía su ordenador portátil. Tenía la cara perfectamente afeitada y estaba incluso más guapo que la última vez que lo había visto. En su muñeca descansaba un reloj resplandeciente y llevaba unos zapatos de vestir igual de brillantes.

Tardó un momento en fijarse en mí y, cuando lo hizo, no mostró ni la más mínima reacción. No estaba claro si ya sabía que yo estaría allí o si era un experto en ocultar sus pensamientos.

No lo sabía.

Pasamos el uno al lado del otro y el tiempo se detuvo a medida que nos aproximábamos. La mirada que me dirigió no era como las que había visto otras veces. Era como si no me conociera en absoluto. Su letal profesionalidad ocupaba el primer puesto en su mente. Debía de conocer exactamente el motivo de mi visita. Si no lo sabía cuando había entrado en

aquel edificio, sin duda lo sabía ahora.

—Titan. —Su voz masculina me rozó la piel como si fuera papel de lija contra una piedra. No contenía el afecto que estaba acostumbrada a recibir de él. Los dos perseguíamos lo mismo, una empresa que podría valer miles de millones algún día. El hecho de que nos estuviéramos acostando no cambiaba la realidad de que éramos rivales... y ambos éramos implacables.

—Hunt. —Pasé a su lado, dirigiéndole la misma mirada de indiferencia que él me había dedicado a mí. El olor de su perfume persistía en mi nariz, pese a que nuestra proximidad ya había terminado. Tal vez creía haber percibido su olor cuando no era así, al igual que imaginaba sus manos sobre mi cuerpo a pesar de que ya no estábamos cerca.

Logré salir del edificio y la zozobra por la reunión con Bruce Carol pudo conmigo. No había salido bien, y yo no me había dado cuenta de que tenía a un rival de primera en mi contra. Hunt habría puesto los mismos recursos sobre la mesa, y era capaz de hacer una oferta tan buena como la mía.

Estaba a punto de perder aquel trato. Y no había nada que pudiera hacer al respecto.

* * *

La madre de Thorn me dio un beso en cada mejilla antes de abrazarme, estrechándome como si fuera mi propia madre.

—Ha sido maravilloso poder verte, Tatum. Haces que mi hijo sea un gran hombre.

—Gracias, Liv, pero ya era un gran hombre antes de que apareciera yo.

A continuación, su padre me besó la mejilla antes de abrazar a su hijo.

—Gracias por la cena.

—De nada, papá. —Thorn le dio una palmadita en la espalda antes de retroceder—. Pasadlo bien en Bora Bora. Haced muchas fotos.

—Lo haremos. —Liv se despidió con la mano antes de que ambos se subieran a la parte trasera de su coche. Las ventanas estaban tintadas, pero sospechaba que seguían agitando la mano de todos modos. El chófer se alejó, sumergiéndolos en el tráfico de Manhattan.

—¿Que ya era un gran hombre antes de que aparecieras tú? —preguntó Thorn con una carcajada—. Ni mis padres se creen eso. —Sacó el teléfono y mandó un mensaje a su chófer para que viniera a recogernos al restaurante.

—¿Qué se supone que tenía que decir? —pregunté con incredulidad—.

¿Que eres el mayor idiota del mundo?

Sonrió al oír el insulto.

—Al menos habrías dicho la verdad.

—No voy a insultar a una madre diciéndole algo así sobre su hijo.

—¿Por qué? —preguntó—. No es que no lo sepa. Me crio ella, ¿sabes?

—Divisó el coche mientras aparcaba en el arcén. Abrió la puerta de atrás y me ayudó a entrar antes de sentarse a mi lado. Una vez que estuvimos solos en un coche con las ventanas tintadas, nos alejamos y yo me senté junto a la ventana. Llevaba un vestido de noche largo que sería perfecto para un baile de etiqueta. Thorn lucía un traje negro que me complementaba.

En cuanto estuvimos a solas, volvimos a centrarnos en los negocios.

—¿Qué tal ha ido la cosa con Bruce?

No le había mencionado aquello porque sabía que se tomaría la noticia tan mal como yo.

—Pues fatal, la verdad.

Restó importancia a mis palabras.

—Tú crees que fue fatal, pero eres la mejor del negocio, Titan. No te subestimes. Habría ido yo mismo si creyera que no eras capaz de manejar la situación.

Aprecié el elogio, pero aquello no serviría para consolarme en esa ocasión.

—En cuanto entré allí, se comportó con frialdad. Apenas me escuchó, hizo peticiones ridículas y luego ni siquiera me acompañó a la puerta, pero no tuvo ningún problema en quedarse mirándome el culo.

—En su defensa diré que tienes un culo muy bonito.

Puse los ojos en blanco.

—Venga ya, sabes que todos los hombres son unos cerdos. Nunca te ha molestado, así que no dejes que te moleste ahora.

—Ya sabía que la reunión iba a ir mal antes de que intercambiáramos dos palabras, pero cuando llegué al recibidor, me enteré de por qué estaba comportándose de aquel modo. Había otra oferta sobre la mesa y él ya había decidido aceptarla antes incluso de reunirse conmigo.

Thorn se giró hacia mí y sus facciones adoptaron un gesto serio. Sus ojos azules no estaban tan bonitos como de costumbre, pues se habían vuelto de un azul gélido.

—¿Otra oferta? ¿Quién más sabe esto?

No debería haber infravalorado al hombre con el que me acostaba.

Sentía aquella poderosa atracción hacia él por un motivo: porque era un tirano sin piedad que pretendía ser el dueño de toda la ciudad algún día, si no del mundo entero.

—Diesel Hunt.

Thorn estrechó los ojos, claramente iracundo.

—¿Se lo has contado?

—No. En ningún momento le he mencionado nada.

—¿Ha husmeado entre tus cosas?

—Nunca tengo el ordenador a la vista cuando está en mi casa y siempre estamos juntos en la misma habitación. Además, no creo que él sea capaz de hacer algo así. Es demasiado honrado.

—Cuando hay negocios de por medio, nadie es un santo.

—Creo que se ha enterado por sus propias fuentes.

—¿Pareció sorprendido al verte?

—No, pero yo tampoco.

Thorn suspiró y miró por la ventana, cayendo inmerso en un silencio asfixiante.

—Titan, no podemos perder este trato.

—Ya lo sé.

—Es una oportunidad única. Sea lo que sea lo que ofrezca Hunt, tienes que igualarlo.

—No estoy segura de que haya posibilidad de discutir las ofertas. Llamaré mañana a Bruce para tantearlo. —Me avergonzaba haber perdido contra Hunt hasta sin saber qué habría ocurrido. Simplemente daba por hecho que había ganado él por el comportamiento de Bruce. Yo tenía suficiente confianza en mí misma como para no rendirme nunca, pero también tenía suficiente intuición como para saber cuándo estaba perdiendo una batalla. Estaba claro que Bruce prefería a Hunt antes incluso de reunirse conmigo.

Una parte de mí no podía culparlo. Hunt era un genio con muy buena mano para los negocios. Era una de las personas más fascinantes del mundo por un motivo. Estaba decepcionada por que Hunt fuera a quedarse con aquel negocio pero, al mismo tiempo, creía que se lo merecía.

Porque lo respetaba muchísimo.

Pero Thorn no era de la misma opinión. Siguió mirando por la ventana mientras su irritación llenaba el aire como si fuese humedad.

—Deberíais poner algunos límites para este tipo de cosas.

—Le dije que no mezclaríamos negocios y placer, y estamos

cumpliendo esa promesa. Sería muy ingenuo por mi parte esperar que se echase atrás sólo por mí, porque yo tampoco lo haría por él. No me respetaría si lo hiciera y yo no lo respetaría a él.

Thorn gruñó antes de girarse hacia mí.

—Bueno, la pelea todavía no ha terminado. Habla mañana con Bruce y partiremos de ahí.

Miré por la ventana cuando la conversación llegó a su fin, sintiendo la sofocante decepción de Thorn por aquel giro de los acontecimientos. Thorn era un socio maravilloso porque era transparente. Nunca suponía un reto descifrar qué estaba pensando y, si alguna vez tenía dudas, sólo tenía que preguntarle. Él fortalecía mi confianza con sus alabanzas y me ayudaba a superar mis debilidades. Y cuando se sentía decepcionado, como en ese momento, no lo ocultaba.

Hunt

No esperaba encontrarme con Titan cuando entré en el despacho de Bruce.

Pero no debería haberme sorprendido.

Era ingenuo por mi parte pensar que yo era el único que sabía que Bruce se estaba hundiendo. Si había otra persona capaz de averiguarlo, esa era Titan. Entró orgullosa en aquella oficina y lanzó su hechizo.

Tenía que superarla.

El hecho de que estuviera acostándome con ella no quería decir que fuera a retirarme. Era un caballero, pero hasta un cierto límite. La compañía sería mía y estaba dispuesto a mejorar su oferta todo lo posible para lograrlo.

Cuando me había reunido con Bruce, le había hecho una oferta que no había podido rechazar. Una participación del cinco por ciento en la empresa, incluyendo la compra.

Después de haber querido comprar la editorial de Titan, había aprendido mucho sobre ella. Dirigía sus negocios de un modo muy concreto, y nunca haría una oferta así, sin importar la cantidad de dinero que estuviera en juego. Ella era la única propietaria de todo aquello en lo que ponía su nombre. Era demasiado orgullosa para ceder un porcentaje como aquel.

Así que lo hice yo.

En el amor y en la guerra, todo valía, ¿verdad?

Bruce no escondió su sonrisa cuando aceptó mi oferta. Nos dimos un apretón de manos y el resto fue coser y cantar.

No había hablado con Titan desde entonces y me preguntaba cómo afectaría todo aquello a nuestra relación. Ella había dicho que los negocios eran un conflicto de intereses y que nunca deberíamos hablar de ese tema, así que no debería tener ninguna repercusión en lo nuestro.

Pero era imposible saberlo. Tenía constancia de que deseaba aquella empresa tanto como yo, así que tal vez estuviera demasiado resentida.

Estaba a punto de descubrirlo.

Me envió un mensaje aquella noche. Habían pasado siete días desde la última vez que habíamos estado juntos. Había estado demasiado ocupado con

el trabajo para verla, y ella debía de haber estado igual de desbordada. Pero ahora anhelaba aquel cuerpo y no me cabía ninguna duda de que ella echaba de menos el mío.

«Ven».

Me encantaba leer sus mensajes, me encantaba lo simples que eran. No necesitaba leer entre líneas para averiguar cuál era su estado de ánimo. Decía exactamente lo que tenía en mente, dejando poco a la imaginación.

«Estaré allí en diez minutos».

Usé el código que me había dado y subí en el ascensor hasta su salón. Las puertas se abrieron y oí el suave sonido de la música clásica reproduciéndose de fondo. En la mesita de centro había una bandeja con un cubo de hielo, una botella de *bourbon* y dos vasos. Pero no había rastro de ella por ningún sitio.

Apareció por el pasillo con lencería negra y unos tacones altísimos. Caminaba con ellos como si estuviera descalza, con un control absoluto sobre el modo en que se deslizaba su cuerpo. Clavó los ojos en los míos y caminó hasta mí con una confianza más arrolladora que nunca.

Lo había echado de menos.

Tenía un cuerpo perfecto. Su piel clara contrastaba con el encaje negro. Tenía las pestañas espesas, maquilladas con rímel negro, y destacaban frente al color verde de sus ojos deslumbrantes. Llevaba pintalabios de un color rojo intenso, lo cual le otorgaba un aspecto sensual y erótico. Me encantaba cómo se adueñaba de la habitación, haciendo que todo se postrase ante ella, incluido yo.

Caminó hasta mí y me pasó las manos por el pecho con el rostro muy cerca del mío. No parecía que supiera que Bruce había aceptado mi oferta. Si se hubiera enterado, habría algo distinto, pero todo era exactamente igual. Me dio un beso suave en la comisura de la boca, inhalando con suavidad al sentir mi piel contra la suya.

Mi sexo empezó a palpitar.

Se apartó y me miró a los ojos.

—Enhorabuena por el trato. —Empezó a desabotonarme lentamente la camisa—. Ya sé que no hablamos de negocios, pero quería que lo supieras. —Continuó hasta desabrochar el último botón con los ojos fijos en mí mientras sus dedos trabajaban.

Aceptaba su derrota con elegancia, lo cual le otorgaba todavía más clase. La respetaba por perder con tanta dignidad, por ser tan lógica que no dejaba

que aquello afectara a la atracción que sentía por mí. No era el tipo de empresaria acostumbrada a perder. Siempre conseguía lo que quería, pero mantuvo la cabeza erguida, con aspecto de ser la vencedora a pesar de que era yo el que había adquirido el negocio.

—Gracias.

—Te lo mereces. —Me bajó la camisa por los hombros hasta que cayó al suelo.

Joder, ahora la deseaba todavía más.

Llevó las manos a mis vaqueros y me los desabrochó. No me preguntó qué le había ofrecido a Bruce. No preguntó cómo sabía que aquel negocio se estaba hundiendo. No hizo ninguna pregunta porque sabía que no había nada más que decir sobre aquel asunto.

Era hora de pasar página.

Me bajó los pantalones hasta los tobillos y se quedó de pie frente a mí una vez más. Cuando llevaba ese tipo de tacones, le resultaba más sencillo besarme. Inclino la barbilla hacia arriba y pegó la boca a la mía, transfiriéndole su calor a mi cuerpo.

Yo le devolví el beso, sin pensar ya en mi último logro empresarial. Ahora pensaba únicamente en aquella increíble mujer que había delante de mí, mi rival y mi amante.

Cerró la mano sobre mi sexo palpitante y lo masajeó lentamente, aumentando la intensidad de sus atenciones cuanto más tiempo pasaba besándome. Me acariciaba la erección como me masturbaba yo mismo cuando estaba solo en mi ático. Me tocaba exactamente como quería que me tocara porque me conocía a la perfección. Daba vida a mis fantasías, sabiendo cuáles eran antes incluso que yo mismo.

Pasó la mano a los testículos y los sostuvo con cuidado antes de masajearlos con aquellos dedos esbeltos. Jugaba con mi sexo con elocuencia, agarrándolo con fuerza para luego acariciarlo.

Y no dejó de besarme en ningún momento.

Me succionó el labio inferior, metiéndoselo en la boca, antes de rodearme la lengua con la suya. Sus besos nunca eran iguales. A veces era brusca y a veces delicada.

En ese momento era un punto medio.

Hundí la mano en su pelo y profundicé el beso, conteniendo el gemido que se alojaba en el fondo de mi garganta. Con la otra mano, le agarré la cadera, clavando los dedos en su trasero desnudo.

Ella siguió acariciando mi erección, esparciendo mi lubricación con los dedos por el resto de mi miembro.

Ya sentía ganas de correrme.

No me sorprendería que estuviera haciendo aquello a propósito, llevándome al límite sólo para hacerme esperar. Era una tortura, pero mis orgasmos eran diez veces más intensos.

Puso fin al beso y se quedó contemplando mis labios. Me agarraba la base con las manos, pero dejó de acariciarme.

—Quítate los zapatos y siéntate en el sofá. —Entró en el salón con el tanga negro, que le hacía un culo increíblemente respingón. Tenía las piernas largas y esbeltas, con unos músculos pequeños que conformaban unas extremidades perfectamente esculpidas. Agarró la botella de *bourbon* y dio un trago.

Con los ojos fijos en ella, obedecí sus instrucciones. Había una funda de plástico extendida sobre el sofá y a lo largo del suelo. Me senté directamente encima y me pregunté cuáles serían sus planes. Fueran cuales fueran, tenían que ver con algo sucio.

Y yo me moría de ganas.

Sostuvo en alto un pañuelo negro que habría sacado de su armario y después rodeó el sofá antes de atármelo alrededor de la cabeza. Me vendó los ojos, impidiéndome ver y potenciando mi sentido del oído.

Sus pisadas hacían eco contra el suelo de parqué mientras volvía a ponerse delante de mí.

—No te muevas. —Me agarró las dos muñecas y me las puso sobre los cojines a ambos lados de mi cuerpo. Oí el sonido de la botella mientras la cogía de la mesa. Un instante después, derramó el líquido sobre mi pecho.

Vertió el licor por todo mi cuerpo, dejando que cayera hacia abajo hasta que me empapó el sexo. Oí cómo se ponía de rodillas en el suelo y luego se inclinó hacia mí, su cuerpo suave entrando en contacto con el mío.

Me besó el pecho y me limpió el *bourbon* a lametazos. Arrastró la lengua por mi piel, absorbiendo cada gota antes de pasar lentamente a mi vientre. Se habían acumulado regueros de *bourbon* en mis abdominales y lo sorbió con los labios fruncidos.

—Diesel, tienes el cuerpo más sensual del mundo...

Cerré las manos en puños a ambos lados de mi cuerpo. Apreté con firmeza, tensando los nudillos. Un cumplido como aquel no escapaba con frecuencia de los labios de Titan. Era uno de los pocos hombres que

realmente había podido escucharlo. Ahora quería ponerla directamente sobre mi erección y follármela como me estaba follando ella a mí con la boca.

Pero no podía moverme.

Continuó bajando por mi cuerpo hasta llegar a mi erección empapada, que descansaba sobre el abdomen. Pasó la lengua desde la base hasta la punta, bebiéndose todo el alcohol que se había acumulado allí. Al no conseguir saciarse, se metió mi sexo en la boca y eliminó hasta la última gota.

Joder.

Ahora deseaba tocarla todavía más. Quería quitarme aquella venda de la cara para poder ver cómo me comía. Me temblaban las manos a ambos lados de mi cuerpo y me esforcé al máximo por mantenerlas en su sitio, a pesar de lo desesperadas que estaban por moverse.

Siguió descendiendo y se metió los testículos en la boca, retirando el *bourbon* que se había adherido a la piel. Me estaba devorando por completo, pasando por cada parte de mi cuerpo con una lentitud deliberada.

Aquella mujer me estaba matando.

Quise beberme una botella entera de *bourbon* de su cuerpo.

Subió las manos por mis muslos musculados, apretándolos antes de volver a bajar. Oí los ruidos que hacía con la boca al succionar, tirando de la piel hacia dentro. Sus movimientos se volvieron más agresivos, devorándome por completo.

—Titan, fóllame. —Era ella quien tenía las riendas, y se suponía que yo debía quedarme recostado sin rechistar. Pero estaba cansado de esperar, con una frustración sexual tan grande que estaba a punto de explotar.

—Te follaré cuando esté preparada.

Volví a apretar los puños y mi pecho empezó a subir y bajar de forma pronunciada. No paraba de inhalar, pero no recibía suficiente aire. Estaba perdiendo el dominio de mí mismo, me estaba poniendo a prueba como nunca antes lo había hecho nadie.

Siguió chupándome, derramando más alcohol sobre mi piel antes de limpiarlo con la lengua. Se metió mi enorme erección en la boca sin atragantarse, usando aquella pequeña lengua para acariciar cada surco de mi duro miembro.

Quería correrme, pero tenía más ansias de penetrarla.

De sentir su entrepierna.

Al final dejó de torturarme y se montó a horcajadas sobre mis caderas.

Apuntó mi erección hacia su entrada y la introdujo lentamente, tomando cada centímetro de mi sexo con una lentitud intencionada.

Joder, gracias a Dios.

Se aferró a mis hombros para mantener el equilibrio y rebotó sobre mi miembro, deslizándose sobre nuestra humedad mutua. Estaba empapada y yo estaba logrando que lo estuviera aún más. Sin pensármelo dos veces, le puse las manos en el culo y la guie de arriba abajo, gruñendo por el placer que me proporcionaba.

—Manos. —Me dio un bofetón en la cara, un golpe suave que apenas me hizo sentir un cosquilleo en los nervios.

En lugar de retirar las manos al lugar donde debían estar, las dejé allí. La aferré con más firmeza y la volví a mover hacia arriba y hacia abajo sobre mi erección, tomándola con profundas embestidas.

Ella volvió a pegarme, esta vez con más fuerza.

Nunca me había abofeteado una mujer, pero vaya si me gustaba. Me encantaba la manera en que la pequeña palma de su mano se estrellaba contra mi cara, ejerciendo tanto poder con un simple contacto. Me encantaba la ferocidad del golpe, el modo en que ejercía el control.

A continuación, me quité la venda, deseando ver el fuego de sus ojos.

Estaba enfadada, pero excitada.

No dejó de montarme, continuando a un ritmo profundo y constante. Tomaba mi erección una y otra vez, allí sentada sólo con la parte superior de la lencería. Tenía los pechos hacia arriba, unidos por el sujetador *push-up* negro que le hacía un escote increíblemente sensual.

—Hunt.

—Quiero mirarte. —Empujé desde abajo, observando cómo se le sonrojaba el pecho de deseo.

Volvió a pegarme una vez más, en esta ocasión con fuerza.

Me giré por el impacto, disfrutando de cada segundo de aquel calor enardecido. La piel me ardía por lo irritadas que notaba las terminaciones nerviosas, pero me gustaba el dolor.

Me encantaba el dolor.

—Las manos abajo —ordenó—. Y vuelve a ponerte la venda.

—No. —Su canal estaba cada vez más tenso y ella cada vez más húmeda. Le gustaba mi obediencia, pero mi desobediencia le gustaba todavía más. Me había dicho que le hiciera caso, pero era evidente que en realidad no quería que lo hiciera.

Los ojos le brillaron todavía más. Volvió a golpearme, cogiendo todo el impulso que pudo.

Me giró la cara con la bofetada y una oleada de calor me recorrió el cuerpo. Me encantaba. Me encantaba que aquella mujer me pegara.

—Joder, eres lo más erótico del mundo. —La puse de espaldas sobre el sofá, dejando mi erección firmemente hundida en su cuerpo, y la follé con tanta fuerza que casi rompí el sofá.

En cuanto yo asumí el control, ella sucumbió. Me rodeó los hombros con los brazos y me clavó las uñas en la piel. Tenía una pierna apretada contra el respaldo y la otra con la rodilla pegada al pecho.

La había conquistado, penetrándola en el sofá y dándole todo lo que pudo soportar de mi sexo. Empujé con más fuerza que nunca, más excitado de lo que había estado en toda mi vida. Los dos olíamos a *bourbon* y a sudor, y el alcohol se frotaba por la piel del otro. Le manchó la lencería y penetró en su cabello. Se suponía que debía estar ella al mando, pero en aquella ocasión no había podido contenerme. Llevaba mucho tiempo sin acostarme con ella y la echaba de menos.

La echaba de menos una barbaridad.

Titan gritó cuando hice que se corriera y sus chillidos hicieron eco en el interior del ático. Su canal se estrechó tanto que casi me magulló. Se contrajo a mi alrededor como si fuera una anaconda estrujando a su presa. Jadeó contra mi boca, respirando hondo cuando el clímax empezó a difuminarse.

Sin esperar a que me diera permiso, exploté. Introduje mi erección hasta el fondo y derramé mi semilla en su sexo empapado. Le di todo lo que tenía, gimiendo y gruñendo porque la sensación era increíble. Cada vez que estaba en su interior era incluso mejor que la última vez, pero aquella noche su entrepierna me había dado un placer más espectacular que nunca. Probablemente porque llevaba demasiado tiempo sin tenerla.

Dios mío, era el paraíso.

Me quedé encima de ella cuando terminé y mi erección se fue ablandando mientras seguía dentro de su cuerpo. Tenía la frente apoyada en la suya y cerré los ojos, notando cómo me ardía la mejilla por todos los bofetones que me había dado.

Pero nunca me había gustado tanto sentir dolor.

Retiró las uñas y me rozó la espalda con las puntas de los dedos, tocándome con suavidad después de haberme agarrado con tanta brusquedad.

Abrí los ojos y la miré, viendo la dulce expresión que mostraba la

primera vez que me había corrido en ella.

—Lo dejaré pasar esta vez porque hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Pero que no vuelva a pasar. —Aunque estaba inmóvil debajo de mí, su cuerpo la mitad que el mío, desprendía una sombra de poder que rivalizaba con la mía. Dominaba la situación sin apenas hacer esfuerzo.

Reavivó la obsesión que ya sentía por ella.

—Sí, jefa.

* * *

Dio un sorbo al vaso de agua y contempló la televisión. El sonido estaba apagado y estaban volviendo a echar un partido de béisbol que ya habían emitido ese mismo día. Llevaba mi camisa blanca sin nada más que las bragas debajo. Tenía el pelo alborotado y el maquillaje corrido, pero estaba espectacular así.

Porque yo era la causa de aquel caos.

Bebí agua mientras la miraba, ya limpio después de haberme duchado en su baño. Ahora estaba sentado en bóxers en el sofá, que ya no estaba cubierto por la funda de plástico. La observaba, intrigado por aquella misteriosa mujer y preguntándome en qué estaría pensando.

Siempre tomaba un vaso de agua después del sexo. Y siempre tenía un jarrón con flores frescas en la mayoría de las superficies. Nunca había visto flores marchitándose cerca de ella; debía de cambiarlas cada dos días, con la puntualidad de un reloj. Vestía constantemente de oscuro, pero se rodeaba de una feminidad austera. Se giró hacia mí y dejó el vaso en la mesa.

—¿Tienes hambre?

Nunca me había ofrecido comida.

—Un poco.

—Tengo algunas sobras de anoche. ¿Te apetece?

—¿Lo has preparado tú?

—Sí.

—Entonces, sí. —Quería probar su cocina, puesto que ya lo había probado todo de ella.

Entró en la cocina, calentó dos platos de comida y volvió. Había preparado una pechuga de pollo del día anterior, con sal y pimienta y marinada al limón, además de brócoli y espárragos.

La carne estaba lo bastante tierna como para cortarla con un tenedor y

comí mientras la miraba, sentada en el otro sofá.

Daba pequeños bocados y dedicaba mucho tiempo a masticar la comida antes de tragarla.

No me sorprendía que aquel fuera el tipo de alimentación que seguía. Una mujer no tenía aquellas piernas si no prestaba atención a la más mínima cosa que comía. Bebía tanto que tenía que compensarlo de algún modo. Era evidente que le importaba más el alcohol que la comida.

—Está bueno —dije entre bocado y bocado—. Gracias.

—De nada. —Se lo terminó todo antes de dejar el plato vacío en la mesa.

Yo también dejé el mío y la miré, preguntándome si querría que me marchase o no. No había motivo para que me quedara, pero me costaba levantarme. Siempre que estaba con ella, me sentía cómodo. No pensaba en el trabajo ni en el resto de las tonterías de mi vida. No pensaba en nada, en realidad. Y era agradable.

—¿Cómo te enteraste de lo de Bruce Carol?

Cruzó las piernas y giró la cabeza hacia mí.

—No hablamos de negocios.

—El trato ya está cerrado. No creo que tenga nada de malo.

—Pues yo sí. —Volvió a coger el vaso de agua.

Debería haber sabido que reaccionaría así. No le intimidaba mi éxito, porque sabía que no afectaba a sus propios logros. Era lo bastante segura como para no dejar que mi victoria interfiriese en nuestra relación, pero no iba a cambiar de idea con respecto a las normas iniciales.

Recordé la noche que nos habíamos sentado juntos en su habitación del hotel. Los dos estábamos satisfechos después de una intensa ronda de sexo, así que nos sentamos en la oscuridad y hablamos... y bebimos. Me enteré de que era escritora y descubrí que tenía una sonrisa bonita cuando se sentía lo bastante cómoda como para enseñarla.

La conversación me había gustado tanto como el sexo.

Pero no podía preguntarle nada de forma demasiado directa. Tenía que abordar el tema lentamente. De lo contrario, alzaba sus defensas.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Me compré este ático hace cinco años. Antes vivía en Madison.

—Es bonito.

—Gracias. Tu casa también es bonita.

—Gracias. —Eran parecidas, probablemente del mismo valor. Los dos

teníamos las mismas vistas de la ciudad, desde la misma planta. Simplemente, yo estaba más cerca de mi oficina y ella, más cerca de la suya—. ¿En qué otros sitios tienes propiedades?

—En Rhode Island —respondió—. Es una casa en la playa. Voy allí para desconectar y para algunas celebraciones.

—Qué bien.

—También tengo casas en San Diego y en Aspen. ¿Y tú?

Ahora el diálogo estaba abierto. No estábamos hablando de nada relevante, pero de todos modos era una conversación agradable. Me gustaba conocerla poco a poco, tener una relación con ella que fuera más allá del sexo. Contaba con un grupo de amigos que tenía acceso a todos sus secretos, así que estaba dispuesta a compartir la vida con otras personas... si llegaba a confiar en ellas.

—Tengo casas por todas partes. Una en Malibú, Hawái, el lago de Como, Cannes... y más.

—¿Te gusta el sur de Francia? —preguntó.

—Me parece precioso. ¿Y a ti?

—No hay un sitio igual. Nunca me he comprado nada allí porque me encantan los hoteles que hay. A veces es agradable tener tu cocina y tu propio espacio, pero otras veces me apetece que alguien se encargue de satisfacer todas mis necesidades.

Asentí, dejando ver que la comprendía.

—¿Tienes yate?

—Sí, en San Diego.

Le gustaban los juguetes tanto como a mí.

—Me encantaría verlo un día si alguna vez coincidimos allí.

—A lo mejor —dijo sin comprometerse.

Intenté que la conversación no decayera.

—Compré un pequeño avión hace unos años. Tengo licencia de piloto y a veces me voy a comerme la carretera... o a comerme las nubes, debería decir.

Se volvió hacia mí porque aquello despertó su interés.

—¿Sí?

Asentí.

—Siempre he querido pilotar.

—Deberías. No hay nada igual.

—Es que nunca tengo tiempo... pero supongo que tendré que buscarlo.

Eché un vistazo al reloj y vi que eran casi las diez. Ya era hora de que me marchara y me preparase para el día siguiente, pero no me moví.

No estaba seguro de por qué.

—¿Has visto ya la grabación del anuncio? —preguntó.

—No. —No había hablado con mi hermano desde que habíamos vuelto a la ciudad—. Pero estoy seguro de que ha quedado genial. —Titan acapararía la atención del público con aquellos ojos insinuantes y aquella hermosa sonrisa.

—¿Tienes más hermanos? —preguntó.

—Sí, uno más pequeño. —Había dicho que no haría preguntas personales, pero tal vez aquella no se considerara como tal, porque ya conocía a Brett.

—¿A qué se dedica?

—Vive en Manhattan. Sigue trabajando para la empresa de mi padre, se la quedará cuando él la palme.

Los ojos verdes de Titan se centraron en mi rostro, aquel cerebro inteligente maquinando tras ellos. Me examinó en silencio, pensando en cómo abordar el tema. Nunca me había preguntado por mi padre, pero estaba claro que sabía que no teníamos una buena relación. Debía de haberlo imaginado cuando buscó mi nombre en Google, al igual que yo llegué a mis propias conclusiones al buscar el suyo.

—Entonces ¿no estáis unidos?

—No nos hablamos. —Hacía años que no hablaba con él. Cuando mi padre y yo habíamos ido cada uno por su lado, Jax había seguido a mi padre. En lugar expandirse por sí mismo y generar su propia fortuna, había decidido aguantar y heredar todo lo que mi padre había amasado a lo largo de su vida.

Cobarde de mierda.

Cuando Titan supo que estaba tocando un tema peligroso, dejó de hacer preguntas.

Aquello me hizo darme cuenta de que quería saber más sobre ella, pero no estaba dispuesto a hacer ninguna concesión a cambio. No era muy justo.

—¿Tú estabas unida a tus padres? —No iba a fingir que no tenía acceso a aquella información básica. Sabía que los dos habían fallecido.

Para mi sorpresa, respondió a la pregunta.

—No me acuerdo de mi madre. Se largó cuando yo era pequeña, tendría cinco o seis años.

—¿Se largó? —Había dado por hecho que había muerto—. ¿Te

abandonó?

Titan no parecía disgustada por aquel aspecto de su vida, porque siguió tan impasible como siempre.

—Mi padre no hablaba mucho del tema. Simplemente decía que no pudo con la carga de ser madre y que se marchó. Al parecer, se largó en mitad de la noche y dejó una nota. La encontré cuando revisé las cosas de mi padre, pero nunca la leí.

¿Cómo había tenido la fuerza para no hacerlo?

Respondió a la pregunta que yo no había formulado.

—Mi padre seguía hablando bien de ella a medida que pasaba el tiempo. Seguía queriéndola incluso después de que nos abandonase a los dos. Yo nunca llegué a entenderlo. Como él no quería que yo la odiase, decidí no leerla. Él no habría querido que lo hiciera.

—Entonces, ¿estabas unida a él?

Una sonrisa dolorosa se arrastró por sus facciones y a sus ojos asomaron los recuerdos que aún conservaba en el corazón.

—Mi padre era mi mejor amigo. Todavía lo echo de menos todos los días.

El hecho de ver la combinación de sus emociones, la felicidad que sentía por haberlo querido y la devastación que sufría ahora que ya no estaba, se me quedó grabado a fuego en la piel de un modo que nunca había experimentado. Sentía lástima por ella y quise hacerla sentir mejor. Ahora deseaba no haber sacado aquel tema para haberle ahorrado aquel dolor en ese momento.

—Lo siento.

Tras un profundo suspiro, se hizo con el control de sus pensamientos y salió de aquel pozo de tristeza, volviendo a ser la mujer de acero que se movía sobre sus tacones como pez en el agua cada día.

—Pero así es la vida. Vivimos y morimos. Mi destino no será distinto.

Y el mío tampoco.

Se levantó del sofá y recogió los platos.

—Deberías marcharte ya, Hunt. Mañana tengo un día ajetreado.

Entró en la cocina y abrió el grifo para fregar los platos. Yo me vestí, pensando en todo lo que acababa de compartir conmigo. Cuando me acercaba a ella de aquel modo, se abría como los pétalos de una flor un cálido día de primavera. Tenía el corazón abierto y sus pensamientos ya no me resultaban invisibles. Era tan sólo una mujer, no una dirigente. Me sentía especial por

que hubiera compartido aquello conmigo, por que me hubiera contado algo que probablemente no le revelaba a nadie.

Pasé a la cocina y la vi allí de pie con mi camisa. Era lo único que me faltaba, pero no era ese el motivo por el que había entrado allí. Me acerqué a ella por detrás y apreté el pecho contra su espalda. Se puso rígida ante mi contacto, sintiendo de inmediato mi potente físico contra ella. Apagué el agua y la envolví con los brazos, estrechándola contra mí.

La sostuve así un buen rato, sin tener claras mis intenciones. No quería sexo. No quería nada de ella.

Solamente quería estar a su lado.

Posó los brazos sobre los míos y echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en mi pecho. No me apartó ni me instó a que me marchara. Me dejó consolarla, ser su apoyo. Dejó que se desprendiera otra de sus capas, me permitió ser testigo de una parte aún más dulce de ella.

Le puse los labios sobre el pelo y le di un beso suave en el nacimiento del cabello.

El pecho se le hinchó de inmediato al notar aquella caricia y su cuerpo tomó aire automáticamente.

Sentía algo.

Era innegable.

Y yo también sentía algo.

* * *

Me senté ante mi escritorio y leí las noticias en el teléfono.

La tercera historia que vi era un artículo sobre Titan.

Y Thorn.

Thorn Cutler y Tatum Titan pasan una noche tranquila cenando con la familia Cutler. ¿Se acerca la pedida de mano?

Había una foto de los cuatro cenando, riendo mientras compartían una botella de vino. Thorn tenía el brazo apoyado en el respaldo de la silla de Titan, una minúscula muestra de afecto que bastó para molestarme.

Para cabrearme, en realidad.

No debería importarme.

Joder, no me importaba.

Pero, maldita sea, sí me importaba.

La voz de Natalie llegó a través del intercomunicador.

—El equipo está preparado para acudir a la oficina de Bruce Carol, señor.

Su voz me distrajo de mis pensamientos, pero no lo bastante como para aplacar mi enfado.

—Estaré ahí en cinco minutos.

No tenía ninguna tarea pendiente ni tampoco llamadas que hacer. Sólo necesitaba quedarme allí sentado un instante, dejar que la rabia saliera poco a poco de mi cuerpo con cada latido de mi corazón. Con cada pulsación, la irritación que me corría por las venas se iba disolviendo hasta desaparecer por completo.

Oía con fuerza las pulsaciones en la sien y empezó a dolerme la mejilla por lo mucho que estaba apretando la mandíbula.

Mi reacción era estúpida. Titan me había hablado de su relación con Thorn. No se acostaba con él, algo que Thorn había confirmado, animándonos incluso a salvar nuestras diferencias para poder estar juntos.

Así que no debería importarme.

Pero su acuerdo tenía algo que me molestaba, probablemente el hecho de que me mantuvieran en la ignorancia. ¿Qué conexión tenían? ¿Qué significaban el uno para el otro? ¿En qué beneficiaba aquella mentira a cada uno?

¿Y por qué cojones ella no me lo había contado?

Me estaba acostando con ella. Tenía derecho a saberlo.

La voz de Natalie volvió a surgir por el intercomunicador.

—Señor, ya han pasado diez minutos. Sólo quería saber si podía ayudarle con algo.

Necesitaba reprimir aquellos pensamientos y olvidarme de ellos.

—Ya voy.

* * *

Entré en la sala de reuniones con mi equipo legal. Bruce estaba sentado en un extremo de la mesa flanqueado por sus abogados. Todos eran hombres de mediana edad con unas camisas cuyos cuellos se ceñían demasiado a sus gargantas. Cada uno de ellos llevaba una alianza en sus dedos rollizos y tenían vello en los nudillos.

—Buenas tardes, caballeros. —Me acerqué a ellos de uno en uno y les

estreché la mano. Bruce se puso en pie para saludarme, dedicándome una sonrisa antes de darme una palmada en el hombro.

—Me alegro de verlo, señor Hunt. Bueno, pues manos a la obra, ¿no le parece?

—Directo al grano, Bruce —dije—. Me gusta. —Retrocedí hasta mi extremo de la mesa y les entregué los contratos. Íbamos a firmar el papeleo de manera oficial y a transferir el dinero para la adquisición de la empresa. Era algo que no podía delegar en otra persona porque era yo quien adquiriría la compañía, pero habría preferido pasar el tiempo centrándome en mi próximo proyecto—. Como puede ver, he accedido a todas sus peticiones. Su participación en la empresa se le abonará cada trimestre.

Bruce hojeó el contrato, sin mostrar sorpresa por lo que veía. Su equipo legal lo examinó con mayor atención, asegurándose de que coincidiera con el documento que les había enviado por correo electrónico mi ayudante unos días antes.

Me apoyé en el respaldo de la silla y observé a Bruce, sin apartar los ojos de él en ningún momento. Hasta que la compañía fuera mía oficialmente, todavía tenía algo que perder. Tenía que mantenerme más sereno que nunca, analizando lo que me rodeaba en busca de cualquier indicio de desastre.

—Me parece que está todo en orden —dijo Bruce—. Me ha hecho una oferta más que justa, Hunt. Mucho mejor que la que me ofreció aquella muñeca de culo prieto.

Tenía los dedos sobre la mesa y se encogieron de inmediato, cerrándose en un puño. Puede que estuviera llegando a una conclusión precipitada al dar por sentado que se refería a Titan, pero que yo supiera era la única persona, aparte de mí, que le había hecho una oferta.

—¿Cómo dice?

—Tatum Titan —dijo—. Estoy seguro de que ya sabe que se reunió conmigo antes que usted.

Lo contemplé con hostilidad y los ojos tan inmóviles que empezaron a humedecerse. No podía parpadear para ofrecerles una tregua por el contacto con el aire. Observaba a Bruce mientras la adrenalina me bombeaba en el corazón, ofendido como si acabara de insultarme a la cara.

—Su oferta era una mierda —dijo—. Y, aunque no lo hubiera sido, preferiría perder mi empresa que entregársela a una mujer. A lo mejor si se hubiera ofrecido a hacerme una mamada habría sido otra historia. —Se rio a

carcajadas, como si aquello fuera lo más divertido que había oído nunca. Algunos de sus abogados lo acompañaron, probablemente por la emoción de estar a punto de cobrar—. Pero tiene el culo como una nectarina, eso se lo concedo.

Los nudillos se me pusieron blancos.

Por suerte, había un par de metros de distancia entre nosotros. Si hubiera sido menos, puede que le hubiera agarrado del pelo y le hubiera estampado la cara contra la mesa. Me pasé la mano por el rostro, intentando controlar la tensión de mi mandíbula y mi mal humor.

Los abogados ya estaban llegando al final del contrato, prácticamente preparados para ultimar los detalles.

En lugar de pensar en la fortuna que estaba a punto de conseguir, seguía imaginándomelo muerto, con un charco de sangre rodeándole la cabeza. Estaba furioso, como si acabara de insultar a mi madre fallecida. Había cruzado una línea que yo no sabía que existía. Me había provocado de un modo que hacía que me saliera humo de las orejas.

Despreciaba a aquel hombre con cada fibra de mi cuerpo.

Me puse de pie y todo el mundo volvió la mirada para ver qué estaba haciendo. Me abotoné la chaqueta del traje, fulminando con la mirada al hombre al que había clasificado como enemigo de inmediato.

—No hay trato. Vámonos.

Mi equipo me observó, todos con un gesto de confusión en la cara, pero no se atrevieron a cuestionarme en público. Cerraron los portafolios y los portátiles y recogieron las cosas.

La confusión de Bruce era diez veces mayor que la de todos los demás.

—Señor Hunt, ¿qué sucede?

—No hay trato. —El hecho de que hablara con calma no significaba que mi ira estuviese bajo control. Mi ferocidad llenaba cada rincón de la habitación. Sus ocupantes iban empequeñeciéndose a medida que yo duplicaba mi tamaño—. Mi oferta está retirada oficialmente. No haré negocios con usted. No haré negocios con usted nunca. —Me di la vuelta y caminé hacia la puerta justo cuando Natalie me la abrió.

—Hunt, ¿qué diablos pasa? —Bruce se levantó golpeando la superficie de la mesa con ambas manos—. Teníamos un trato. No puede largarse de aquí así.

Me di la vuelta y cuando vio mi mirada, se encogió ligeramente.

—No hago negocios con imbéciles. Y puedo hacer lo que me dé la puta

gana, Bruce. Soy uno de los hombres más ricos del mundo y ahora tú eres uno de los más pobres.

Titan

Thorn me llamó mientras estaba en el trabajo. Normalmente sólo se ponía en contacto conmigo fuera del horario laboral porque estaba demasiado ocupado gestionando sus propios negocios.

—¿Has visto las noticias?

Estaba sentada a la mesa con el ordenador encendido a mi lado.

—No, ¿por qué?

—Deberías echar un vistazo.

Pasé el dedo por el sensor táctil para volver a activar la pantalla y abrí la página de inicio.

—¿Qué es lo que estoy buscando, Thorn? —Si era un desastre natural, ocurrían a diario. Si era un asesinato, sucedía lo mismo. No muchas cosas me dejaban perpleja.

—Hunt ha roto el trato con Bruce Carol.

Oí las palabras, pero no las procesé tan rápido como solía hacer. Hacerse con aquella empresa tan lucrativa era un trato buenísimo hasta para Hunt. ¿Por qué lo iba a desaprovechar cuando ya lo tenía al alcance de la mano?

—¿Por qué?

—Ni idea, pero Hunt ha hecho unas declaraciones y ha dicho que no haría negocios con nadie que se asocie con Bruce Carol... o que compre su empresa.

No pude hacer mucho más que parpadear.

—Y los dos sabemos que... eso afecta a todo el mundo.

—Madre mía... ¿por qué está tan mosqueado?

—No lo sé —dijo Thorn—, pero sea por lo que sea, es algo personal. Prácticamente ha condenado a Bruce a muerte.

Hunt era conocido por su brutalidad y ahora estaba viéndola de primera mano.

—Tienes que hablar con él de este tema, Titan, porque quiero conocer los trapos sucios antes de que pongas otra oferta sobre la mesa.

Aquella sería una gran ventaja de acostarme con Hunt, pero era un lujo

del que no podía aprovecharme.

—Dejé bien claro que no hablaríamos de negocios. De hecho, se lo repetí la última vez que estuvimos juntos.

—Pero no podemos hacer una oferta sin saber cuál es el problema. Hasta donde sabemos, hay un problema enorme con la empresa de Bruce; pero si no lo hay y lo único que pasa es que Hunt odia a ese tío, podemos conseguir la empresa por un precio todavía más bajo. Joder, básicamente podrías quedártela sin más porque Bruce estará desesperado al no tener ningún otro comprador. Hunt ha espantado a todo el mundo.

Era la tormenta perfecta.

—Tienes que preguntárselo, Titan. Conoces sus fantasías... úsalas en su contra.

—No voy a manipularlo. —Lo respetaba demasiado para andarme con juegos—. Si quiero saberlo, se lo preguntaré.

—Pues pregúntaselo.

Rompería mi palabra al sacar aquel tema, pero incluso aunque no tuviera interés en la empresa, quería saber qué había hecho Bruce para alterar tanto a Hunt. ¿Había tirado Bruce de una cuerda que le había hecho perder el control? ¿Le había tocado una fibra sensible? Me importaba sólo por Hunt, no por lo que pudiera sacar de aquello.

—Me lo pensaré.

—No tienes mucho tiempo para pensar en ello —dijo Thorn por teléfono—. Yo no esperaría más de un día.

—No tenemos nada de competencia.

—Pero eso puede cambiar —dijo lúgubrementemente—. Los dos sabemos que no hay nada seguro en nuestro mundo.

* * *

Cuando llegué a casa, había un jarrón de flores esperándome.

Cogí la tarjeta y la leí.

Vi estas preciosidades y me acordé de ti.

Besos y abrazos,

Liv Cutler

Sonreí y volví a poner la tarjeta en la pinza que había entre las flores. Era un jarrón transparente lleno de peonías rosas y eran preciosas. La madre de

Thorn sabía que me encantaban las flores porque compartíamos la misma pasión. Cuando me había quedado en su casa de Connecticut, las dos nos encargábamos del jardín por la mañana.

Me quité los tacones y dejé que mis pensamientos volvieran a Hunt. No habíamos hablado en todo el día y él debía de haberse imaginado que yo ya me habría enterado de lo del negocio de Bruce Carol. Me pregunté si esperaba que llamara.

O que no llamara.

Tanto si me contaba lo que deseaba saber como si no lo hacía, quería tenerlo allí. Quería que aquel hombre tan atractivo me follara con fuerza sobre el colchón, dominándome con su fuerza bruta y con su tamaño.

Le envié un mensaje.

«Ven».

«Estoy en el gimnasio».

Mi parte autoritaria salió a la luz.

«Me da igual dónde estés. He dicho que vengas».

Me imaginé la sonrisa de su rostro mientras me contestaba.

«Sí, jefa».

Verlo con una camiseta sudorosa sonaba igual de excitante que verlo con traje. Tendría los músculos hinchados por la sangre, gruesos y prominentes. Ya estaría activo y listo para la acción, y haría ejercicio con nuestro revolcón entre las sábanas. Me encantaba cuando se le acumulaba el sudor en el pecho y su cuerpo adquiría aquel atractivo brillo.

Entró diez minutos más tarde con unos pantalones cortos de correr y una camiseta, todo de negro. Tenía la camiseta húmeda de sudor y el pelo alborotado, probablemente por haber usado la cinta de correr.

Me pareció que tenía un aspecto delicioso.

—Aquí estoy. —Entró y dejó la bolsa del gimnasio en el suelo, cerca de las puertas del ascensor.

Yo lucía el mismo vestido negro que había llevado al trabajo, una prenda más cara que la hipoteca de la mayoría de las personas. Pero me daba igual que acabara empapado en sudor, siempre que fuera el de Hunt.

—Hola. —Me pegué a su pecho y lo besé.

Inmediatamente hundió las manos en mi pelo y me devolvió el beso. Habló entre beso y beso.

—Hola.

Lo besé durante más tiempo del que había planeado, y nuestros besos se

convirtieron en un magreo en toda regla delante de las puertas del ascensor. Moví las manos hasta la parte baja de su camiseta antes de quitársela por la cabeza, descubriendo su físico cubierto de una pátina de sudor. Le apoyé las manos en el pecho, sintiendo la misma humedad a la que estaba acostumbrada en la cama.

Gimió contra mi boca antes de tirnearme del pelo de la nuca. Deslizó lentamente la mano por mi cuello hasta llegar a la espalda, y se hizo discretamente con la cremallera para bajármela hasta la parte superior del trasero. El vestido quedó suelto y se resbaló despacio por mi cuerpo hasta caer a mis pies, alrededor de mis zapatos de tacón.

A continuación le quité los pantalones y, un instante después, nos encontrábamos en mi habitación. Yo estaba tumbada en las sábanas con el culo colgando en el borde.

Él se colocó entre mis piernas a los pies de la cama con su enorme erección apoyada sobre mí.

—¿Cómo lo quieres?

—Lento y profundo. —Subí y bajé las manos por su pecho—. Quiero sentir hasta el último centímetro de esa polla tan grande.

Le ardían los ojos, grabándose a fuego en los míos. Me subió las manos por el abdomen hasta los pechos y me los agarró con sus enormes palmas. Los estrujó con fuerza antes de llevar de nuevo las manos a mis caderas.

—Sí, jefa.

Me sujetó por detrás de las rodillas y me separó las piernas, abriéndome al máximo para poder tomarme de una forma deliciosa y brusca. Sacudió las caderas y frotó su erección contra mi clítoris, haciéndome temblar pese a que ya estaba preparada. Introdujo dos dedos en mi entrepierna y los movió con delicadeza mientras se inclinaba sobre mí y me besaba.

Me encantaba tener sus dedos cálidos dentro de mí, explorando mi humedad.

—Dios, mira todo lo que me deseas... —Movié los labios contra los míos mientras hablaba.

—Sí... Todo el tiempo. —Mis manos se aferraron a sus brazos prominentes, sintiendo cómo cambiaban de forma aquellos músculos fuertes cada vez que se movía.

Después de explorarme durante unos segundos, se limpió mis fluidos chupándose los dedos y apuntó su erección hacia mi entrada. Al igual que en todas las otras ocasiones, no tuvo ningún problema para entrar, hundiéndose

hasta el fondo de mi canal y dilatándome. Empujó hasta introducirse por completo, con su sexo bien asentado en mi interior.

Estaba tan llena, tan estirada, que me agarré a sus muñecas y dejé escapar un gemido.

Cambió de postura, haciéndose con más espacio, y me sostuvo la parte trasera de los muslos, quedando colocado a la altura perfecta sobre mi cuerpo. Después empezó a moverse, dándome toda su erección poco a poco antes de volver a sacarla. Entró de nuevo y salió, dejando la punta dentro de mi sexo empapado en cada ocasión antes de volver a empujar.

—Hunt...

Me estrujó los muslos con más fuerza mientras se movía, dándome siempre en el punto perfecto. Lo más erótico del sexo con él era el modo en que me miraba. Con la mandíbula cubierta de vello áspero y aquellos ojos oscuros, me contemplaba sin piedad. Perfectamente podría encontrarme en el otro extremo de una mesa de conferencias, víctima de aquellos ojos penetrantes color café; presa a su merced mientras él tomaba exactamente lo que quería de mí sin darme elección alguna.

Y me gustaba.

Nunca había disfrutado siendo dominada por nadie, pero no me parecía tan malo con Hunt.

Los pezones se me pusieron tan duros que me dolían. Le clavé los dedos en la piel, casi cortándolo, pero fui incapaz de contenerme. Estaba a punto de ser arrollada por aquella marea, de acabar sumergida ahogándome de placer.

—Hunt... Haz que me corra.

Me acarició el clítoris con el pulgar, aplicando presión en círculos.

Me gustaba prolongar mis orgasmos todo lo posible, dejar que fuera aumentando el placer hasta que estuviera al rojo vivo, pero ahora estaba impaciente. Quería correrme en la erección de Hunt, sentirme satisfecha después de haberlo echado de menos todo el día.

Aumentó ligeramente el ritmo, moviendo más el pulgar.

No necesitaba más.

—Sí... —Le sujeté las caderas y lo metí más adentro, deseando cada centímetro de su miembro para poder correrme sobre él. Quería rodearlo de mi excitación, hacer que comprendiera lo bien que me hacía sentir—. Dios, sí.

Movió su erección hacia dentro y hacia fuera, empapada por los fluidos que producía mi entrepierna.

—¿Mi turno? —preguntó con voz ronca y aspecto sensual.

Quería que experimentara el orgasmo que acababa de sentir yo, pero no estaba preparada para poner fin a mi propio placer. Quería su semilla, pero no hasta el final. Y oír cómo me pedía permiso no hizo más que aumentar mi deseo de poder, desesperación y control.

—No. Todavía no.

Enterró los dedos en mis muslos y gruñó.

—Te correrás cuando yo te lo diga. —Moví sus caderas hacia mí, marcando el ritmo específico que deseaba. Sabía exactamente cómo quería que me follaran y no me avergonzaba decirlo.

Gimió por lo bajo.

—Cuando me toque a mí... —No terminó la frase porque no hacía falta. Cuando él estuviera al mando y yo tuviera que obedecer, sabía que él me haría lo mismo. Me torturaría de muchas maneras eróticas, me conquistaría como quisiera y cuando quisiera.

Y yo tendría que obedecer.

* * *

Al acabar nos metimos los dos en la ducha. Yo me froté con una esponja vegetal y Hunt se lavó pasándose una pastilla de jabón por la piel. Sumergió la cabeza y dejó que el agua le aclarase el champú antes de dar un paso atrás y frotarse más jabón por el cuerpo.

Sentía su semen resbalando entre mis piernas y goteándome por el muslo.

Hunt se dio cuenta y se quedó mirándolo sin apartar la vista.

—Parece que tendré que volver a llenarte antes de marcharme.

—No me voy a oponer.

Me enjabonó los pechos y los masajéo, a pesar de que ya estaban limpios. Los apretó con fuerza, provocándome una pequeña mueca al estrujarme como haría un hombre con su mujer.

—Me encantan tus tetas.

—A ellas también les encantas tú.

Sonrió antes de agarrarme el culo.

—¿Y qué me dices de este?

—Es tu mayor fan.

—¿Y esta? —Me acarició la entrepierna con una mano y deslizó un

dedo hacia dentro, manchándose la mano con sus propios fluidos.

—Ya sabes lo que opina de ti...

Cerré el agua y nos secamos cada uno con una toalla. Hunt se dio golpecitos para secarse y después se frotó el pelo con la toalla, quitando la humedad en poco tiempo por lo corto que lo tenía. Yo tuve que usar el secador unos minutos para que no se me quedara tan mojado. Cuando casi había terminado, Hunt apareció detrás de mí mientras yo contemplaba mi propio reflejo en el espejo. Vestía una camisa y pantalones de traje, la misma ropa que debía de haber llevado al trabajo. Se quedó de pie a mis espaldas y me miró fijamente a través del espejo.

Yo lo miré a los ojos, sin amilanarme, mientras me pasaba los dedos por el pelo, ya casi seco.

—¿Qué pasa, Hunt?

Me dio un beso en la mejilla sin apartar la vista de mí mientras lo hacía.

—Me gustas sin maquillaje. —Se dio la vuelta y salió, dejándome a solas para que terminase de prepararme.

Por lo normal me sentía cohibida sin maquillaje, pero no me había parado a pensar en ello estando con él.

Y eso era raro.

Me puse unos vaqueros y una blusa, optando por arreglarme un poco porque él seguía allí. Tal vez se marchara en cuanto yo entrase al salón, pero quería estar preparada para cualquier cosa. No me maquillé, pero no fue a causa de su cumplido.

Simplemente, no tenía ganas.

Estaba sentado en el salón cuando entré.

—¿Te gustaría beber algo?

—Por favor.

—¿Qué te apetece?

—Agua, por favor.

Llené dos vasos y le ofrecí uno.

—Gracias.

Me senté a su lado en el sofá, contenta de que no se hubiera marchado de inmediato. Todavía tenía que preguntarle por lo sucedido con Bruce Carol, aunque no estaba segura del todo de que fuera a hacerlo.

En la televisión emitían un partido de béisbol, así que subí el volumen.

—¿Eres aficionada al béisbol?

—Sí. Soy de los Yankees.

—Mmm... —Miró el televisor mientras daba un sorbo al agua.

—Mmm, ¿qué? —pregunté.

—No te tenía por aficionada a los deportes.

—¿Por qué? —Sabía que no se debía a que fuese mujer. Hunt no era un capullo sexista como la mayoría de los hombres.

—No parece que tengas tiempo para seguir ningún deporte.

—Normalmente lo pongo de fondo, incluso si trabajo desde casa.

Hunt volvió a mirar la tele.

—¿Y tú?

—Me gusta todo menos el fútbol. Nunca me ha interesado.

—Yo odio el golf. Me aburre.

Soltó una risita.

—No es muy divertido de ver, pero es divertido jugar cuando estás haciendo negocios.

Había tenido reuniones en el campo de golf en alguna ocasión. A los hombres siempre les sorprendía que tuviese mi propio juego de palos y que supiera cómo usarlos.

Hunt se recostó sobre los cojines, poniéndose cómodo en mi sofá. Parecía estar como en casa, con aquellas largas piernas separadas y el vaso de agua sobre el extremo de la mesa. Todavía tenía el pelo un poco húmedo porque no se le había secado del todo, pero le daba un aspecto atractivo. Aunque, en realidad, a él todo le daba un aspecto atractivo.

El corazón empezó a palpitarme con fuerza en el pecho cuando me planteé la posibilidad de preguntarle por la discusión con Bruce Carol. Yo misma había dejado muy claro que no quería hablar de negocios así que, al sacar aquel tema, estaría contraviniendo mi propia decisión.

Pero la curiosidad me estaba matando.

Si yo hubiera perdido un acuerdo tan importante con un cliente, él también me preguntaría.

—He oído las noticias sobre ti y sobre Bruce.

Hunt no apartó la vista de la televisión, pero apretó la mandíbula.

—Sí, lo he visto en todos los canales. No creía que fuera a salir tan rápido.

—Bueno, el hecho de que amenazaras a todo el mundo del ámbito empresarial ha hecho que todos hablen del tema... —Prácticamente había prometido arruinar a cualquiera que se involucrara con Bruce Carol. Tratándose de alguien como Hunt, no parecía una práctica comercial que

emplease a menudo. Normalmente era reservado y no aireaba sus trapos sucios para que todos los vieran. Fuera lo que fuera lo que había hecho Bruce, había sido algo realmente malo.

—Era necesario. —Apoyó un brazo sobre el reposabrazos mientras dejaba la otra mano sobre la rodilla.

—¿Qué te ha hecho?

Hunt no dijo nada. Se quedó contemplando la televisión, siguiendo con los ojos a los jugadores del campo hasta que eliminaron al último.

—Creía que no hablábamos de negocios.

Había pensado que podría esgrimir aquello en mi contra, pero de todos modos me sorprendió que lo hiciera. Al menos podría decirle a Thorn que lo había intentado.

—Tienes razón, error mío. —Retrocedí, sabiendo que no llegaría a nada con Hunt.

Había sido una ingenua al pensar que Hunt me trataría de un modo distinto a como yo lo trataba a él.

Cuando el partido terminó, se levantó.

—Debería marcharme ya. Pine, Mike y yo vamos a salir.

—Vale. —Lo acompañé hasta la puerta y vi cómo recogía su mochila.

Entonces se fijó en el jarrón de flores que había en la mesa. Se las quedó mirando en silencio, entrecerrando los ojos mientras leía las palabras de la tarjeta.

Y luego hablaba de vulnerar la privacidad.

—¿Te importa?

Giró la mirada hacia mí, pero ahora parecía enfadado.

—Si te importara lo suficiente, deberías haber quitado la tarjeta.

—¿Significa eso que tengo que apagar el teléfono siempre que estés cerca? Si me llega un mensaje, ¿tienes derecho a leerlo?

Su cara de enfado era casi la misma que su cara de estoicismo, pero cuando estaba cabreado, sus ojos eran un poco más oscuros. Y poseía aquel aire de hostilidad... que se mascaba en el aire.

—No es lo mismo y lo sabes.

No era lo mismo, pero me negaba a admitirlo.

—Parece que la madre de Thorn te tiene mucho cariño.

Había unido los puntos al momento. Debía de haber visto la foto de los cuatro cenando. Malditos medios de comunicación.

—Es una mujer encantadora.

—¿Sabe que no estás saliendo con Thorn de verdad?

Le había dicho que no hablaría de aquel tema, pero lo sacaba a relucir constantemente.

—Te dije que no quería hablar de ello, pero no paras de mencionarlo. ¿Por qué?

—Porque esperas que confíe en ti. ¿Cómo puedo confiar en ti cuando estás mintiendo al mundo entero?

—No estoy mintiendo —rebatí.

—Entonces, ¿estás saliendo con él? —exigió saber.

—No...

—¿Cuál de las dos cosas es? —soltó—. ¿Estás saliendo con Thorn o no?

A ninguno de mis otros amantes les había molestado Thorn tanto como a Hunt. Lo exasperaba de un modo distinto, probablemente porque era el hombre más dominante con el que había estado.

—No tienes de qué preocuparte...

—Me lo vas a contar.

Levanté una ceja, impactada por su atrevimiento.

—Vas a contármelo porque tengo derecho a saberlo. Nos quedan dos meses más por delante. Ya sé que os traéis algo entre manos, así que no hay mucho más que ocultar. Podría exponerte si quisiera y, por supuesto, no lo voy a hacer. Así que, ¿por qué no me lo cuentas? ¿Tanto crees en la confianza? Pues demuéstralo.

Me crucé de brazos, cerrándome a su hostilidad. En lugar de estar enfadada por sus preguntas, la verdad era que me sentía culpable. Mi vida personal no era de su incumbencia, pero no me gustaba ver la duda en su rostro, como si cupiese la posibilidad de que me estuviera tirando a Thorn.

—No me acuesto con él...

—No me basta con eso.

Desde luego que no.

—Hunt, te lo diría, pero no es un secreto mío como para que pueda ir contándolo. Thorn me pidió que no le contara nada a nadie.

—Excepto a Pilar y a Isa.

—Eso es distinto...

—¿Por qué? —insistió.

—Son mis amigas.

—¿Y yo no lo soy? —susurró. Movié los ojos de un lado a otro, escrutando los míos—. Podemos seguir mintiéndonos el uno al otro, pero sé

que aquí hay algo más que sexo. Te admiro, te respeto y, por mucho que odie admitirlo, me preocupo por ti. Te soy leal cuando yo no le soy leal a nadie más que a mí mismo. Y llámame loco si quieres, pero creo que tú, Tatum Titan, sientes lo mismo.

Noté que el corazón me daba un vuelco al oír su acusación porque sabía que acababa de dar en el clavo. Tenía razón, toda la razón del mundo. Sí que lo consideraba un amigo. No había pasado a formar parte de mi círculo íntimo, pero me importaba. Lo veía de un modo distinto a los otros.

—No estás loco.

—Eso creía. Ahora cuéntamelo.

Vacilé porque mi lealtad hacia Thorn era inquebrantable.

—Deja que vuelva a hablar con él.

—No. —Toda su paciencia se había evaporado en cuanto había dicho que lo consideraba un amigo—. Dame la respuesta que quiero. Y tú podrás hacerme una pregunta a cambio, cualquier cosa que quieras saber. Y te responderé sin mentiras.

Cuando me lo ofreció, el corazón me dejó de latir. Había una cosa que quería saber y que también Thorn quería descubrir. Hunt estaría dispuesto a revelar su secreto a cambio de aquella información tan importante. Podría valer mil millones de dólares.

—No puedes contárselo a nadie, Hunt. Lo digo en serio.

Inclinó la cabeza hacia un lado, sus ojos embebiéndose de los míos.

—Puedes confiarme todos tus secretos, Titan. No se los contaré a nadie. Te lo prometo.

Yo nunca confiaba en nadie, no importaba qué clase de palabras bonitas me dijeran, pero sí confiaba en Hunt.

—Thorn y yo tenemos un acuerdo especial. No estamos saliendo de forma romántica. Nunca nos hemos acostado, pero somos buenos amigos... los mejores amigos. Y un día nos vamos a casar.

Cuando Hunt oyó lo que había dicho, irguió la cabeza y tensó ligeramente la mandíbula.

—Quiero conservar mi estilo de vida sexual, pero quiero tener hijos algún día. Thorn quiere lo mismo. Además, tenemos suficiente confianza el uno con el otro para combinar nuestros bienes, para ser socios empresariales. A él no le interesa el amor y a mí tampoco. Es el acuerdo perfecto para los dos.

Hunt por fin había recibido su respuesta, pero no tenía ninguna

contestación que darme. Siguió mirándome fijamente con la mandíbula apretada y los ojos tan duros como el sol ardiente en medio del desierto.

—¿Le quieres?

—Como amigo, claro que sí. Le quiero con toda el alma.

—Pero ¿estás enamorada de él?

Negué con la cabeza.

—No.

Se frotó la nuca, tomándose la noticia con calma.

—Entonces, ¿todo el mundo cree que es real? ¿Hasta sus padres?

—Sí.

Sacudió la cabeza, como si estuviera decepcionado.

—No tienes ningún derecho a juzgarme, Hunt.

Él no tenía ni idea de lo que había sufrido, de lo que había perdido. En mi corazón no había espacio para volver a amar. No confiaba en nadie, y eso nunca cambiaría.

—No te juzgo —susurró—. Es sólo que creo que te mereces más.

—Pero es que no quiero nada más, Hunt. Quiero amistad, respeto y confianza. No quiero una historia de amor. No es algo que me interese.

Dejó caer la cabeza, rompiendo el contacto visual.

—¿Cuándo tienes pensado casarte con él?

—No lo sé. Cuando sea conveniente para nuestras carreras.

Se metió las manos en los bolsillos y dio un paso atrás.

—Gracias por haber respondido a mi pregunta.

—Te dije que no tenías nada de lo que preocuparte.

—En realidad... tengo más de lo que preocuparme.

Entrecerré los ojos, sin comprender del todo qué significaba aquello.

—¿Por qué?

—Eres mi amiga, Titan. Es difícil quedarse mirando cómo una amiga se conforma con menos de lo que se merece.

—Te aseguro que no quiero una relación. Creía que tú, de entre todas las personas del mundo, lo entenderías.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—No pareces el tipo de hombre interesado en el matrimonio.

Se encogió de hombros.

—No estoy en contra. Siempre tengo la puerta abierta a esa posibilidad, pero no la voy a cerrar casándome con una mujer a la que no quiera.

Ya me había cansado de hablar de aquello. Estaba claro que teníamos

una diferencia de opiniones que no se podía subsanar.

—¿Puedo hacerte ya mi pregunta?

—Dispara.

—¿Por qué has roto el acuerdo con Bruce Carol?

Sonrió, pero no era el tipo de sonrisa sincera que a mí me gustaba.

—¿Qué?

—Nada —se apresuró a decir—. He roto el acuerdo porque Bruce y yo no somos compatibles.

—Pero no es que fueras a trabajar con él.

—Le ofrecí el cinco por ciento de mis beneficios en el acuerdo.

Eso era algo que yo nunca le ofrecería.

—Y no pensaba darle ni un céntimo de mis beneficios a un hombre al que desprecio.

—Entonces, ¿no tenía nada que ver con la empresa en sí?

—Para nada. Si todavía la quieres, asegúrate de hacerle la oferta más baja que puedas. Ofrécele un trato de mierda, Titan —habló con la mandíbula tirante y pronunciando las palabras con dureza.

—¿Qué es lo que te dijo, Hunt?

—¿De verdad lo quieres saber?

Quería saber qué podía haber dicho Bruce para enfadar tanto a Hunt.

—Sí.

Me observó durante mucho tiempo antes de responder.

—No voy a repetir sus palabras, pero dijo cosas muy irrespetuosas sobre ti... cosas que me hicieron hervir la sangre.

Las palabras tardaron unos segundos en calar en mí. Cuando por fin se disolvieron en mi sangre, se me secó la garganta. No podía creer que Bruce Carol hubiera dicho algo tan ofensivo después de que le hubiera hecho una oferta justa. La intuición que había tenido al reunirme con él era absolutamente acertada: no me respetaba lo más mínimo.

—¿Qué dijo?

Hunt agitó la cabeza ligeramente.

—Contéstame.

Suspiró.

—Dijo que nunca le entregaría su empresa a una mujer... pero que se lo replantearía si antes se la chupabas.

Cerdo de mierda.

Sólo alguien que fuera poco hombre haría comentarios de ese tipo.

—Y dijo que tenías el culo como una nectarina.

Mantuve cara de póker y fingí que aquella información no me afectaba, pero me irritaba hasta la médula. Me esforzaba mucho por ganarme el respeto de los demás, por ser el doble de astuta que mis rivales. Siempre trataba a todo el mundo con respeto, hasta cuando ellos no me trataban a mí de la misma forma. Hacer constantemente lo correcto sin conseguir nunca que me respetaran por ello era agotador. Mi inteligencia y mi éxito no importaban, siempre sería la segunda mejor y siempre sería objeto de burla.

—No deberías renunciar a su empresa por mí, Hunt. Hay mucho dinero en juego.

—El dinero no lo es todo.

—Todos los hombres hablan así de mí. Es parte de este trabajo.

—Yo nunca he dicho nada parecido sobre ti ni sobre ninguna mujer.

—Bueno, pues eres uno de los pocos.

Sus rasgos empezaron a suavizarse lentamente a medida que la compasión se apoderaba de sus facciones.

—Eres mi amiga, Titan. No dejes que los demás hablen así de mis amigos y salgan impunes. Cuando te dije que te admiraba, lo decía en serio. Eres más inteligente de lo que dejas ver, eres más feroz que yo y eres pura energía. En diez años probablemente me superarás en la lista Forbes. Y el día en que lo hagas... sonreiré.

Ahora me costaba de verdad mantener un gesto impassible, ocultar el impacto que tenían sus palabras en mí. Había ido directo al centro de mis inseguridades, a la parte vulnerable de mí que se sentía constantemente herida.

—Te mereces más respeto del que recibes. Yo siempre me alzaré en tu defensa porque es lo correcto.

—Hunt... —Se me quebró la voz, alcanzando un tono que nunca antes había adquirido—. Nadie me ha dicho nunca algo así...

Me puso la mano en la mejilla y me acarició la cara.

—Eso va a cambiar. Te lo prometo.

Le rodeé la muñeca con los dedos y examiné su rostro atractivo, conmovida por aquel hombre como nunca me había conmovido antes. Me encantaba todo de él, desde sus cálidas caricias hasta su hermosa sonrisa. Poseía el tipo de fuerza que yo nunca alcanzaría, el tipo de poder que procedía de algo más que de su entropierna.

—Hazte con esa empresa, Titan. Y quédate con todo lo que tiene.

—Pegó la boca a la mía y me dio un beso delicado antes de retroceder, preparándose para salir de mi ático. Pulsó el botón de la pared y las puertas se abrieron.

Me vino una idea a la mente y no pude creer lo que estaba a punto de decir. Estaba en contra de todo aquello en lo que creía, iba en contra de las normas que había establecido el día en que había cumplido quince años.

—¿Hunt?

Sostuvo la puerta abierta mientras me miraba.

—¿Sí?

—Voy a comprarle esa empresa a Bruce, pero quiero compartirla contigo.

Mantuvo el brazo contra la puerta del ascensor mientras me contemplaba a medida que una sonrisa se extendía lentamente por sus labios.

—Quieres asociarte conmigo.

—Sí. Creo que haríamos un buen equipo.

—Sé que no es esa tu forma de hacer las cosas. Y, sinceramente, tampoco es la mía.

—A lo mejor es hora de que hagamos un cambio... porque nos merecemos más.

Ahora su sonrisa era más amplia, llena de un encanto infantil y de una fuerza masculina.

—Puede que tengas razón.

* * *

Thorn entró en su salón descalzo y vestido sólo con los pantalones de chándal. Tenía el pelo revuelto, como si una mujer hubiera pasado toda la noche hundiendo los dedos en él.

Era probable que eso fuese exactamente lo que había ocurrido.

—¿Qué tal fue con Hunt? —Llenó dos tazas de café y se reunió conmigo en el salón. Se sentó junto a mí, dio un largo trago al café en un intento por despejarse y se frotó los ojos somnolientos. En su mentón ya asomaba una barba incipiente.

—Bien.

—¿Sí? ¿Vamos a hacer una oferta?

—Me reuniré con Bruce el lunes.

—Entonces, ¿Hunt no se retiró por algo de la empresa?

—No. Se retiró por otra razón.

—¿Que es...? —Me dirigió una mirada de irritación antes de volver a beber café.

—Al parecer, Bruce hizo algunos comentarios despectivos sobre mí. Hunt se cabreó, así que lo canceló todo.

Thorn estaba a punto de beber cuando apartó la taza a un lado.

—¿Que Bruce hizo qué? —preguntó con incredulidad—. ¿Qué es lo que dijo?

—Que sólo me vendería a mí la empresa si se la chupaba —lo dije con gesto impasible, negándome a permitir que un hombre insignificante como Bruce Carol me enfadase. ¿Por qué debía importarme lo que pensara de mí? Era él quien estaba a punto de declararse en bancarrota, no yo—. Y que tengo el culo como una nectarina.

A Thorn se le hinchó la nariz como si fuera un toro a punto de salir al ruedo. La vena de la frente le empezó a palpar y se enfadó muchísimo en un abrir y cerrar de ojos. El detonador había saltado y la dinamita había estallado.

—Menudo hijo de puta.

Hunt debía de haberse puesto igual de furioso para haber anulado el trato y haberle declarado la guerra.

—No creo que merezca la pena alterarse por eso.

—¿Que no crees que merezca la pena alterarse por eso? ¿Quién coño se cree que es?

—Nadie —dije con sencillez—. Por eso vamos a comprarle la empresa, porque nosotros sí somos alguien.

Thorn se calmó un poco.

—Me sorprende que Hunt hiciera eso.

—A mí no. —Era frío y duro en apariencia, pero había un corazón maravilloso latiendo debajo.

Thorn me analizó alzando levemente la ceja.

—¿A ti no?

—Es buena persona.

—Yo también soy buena persona, pero no estoy seguro de que hubiera hecho lo mismo.

—Eso no me lo creo ni por un segundo.

—Por ti lo haría, por supuesto, pero no por una mujer a la que sólo me esté tirando. No sentiría la necesidad de defender su honor y renunciar a una

puta montaña de dinero a menos que significara algo para mí... —La mirada que me dedicó era claramente acusatoria.

—¿Eso qué se supone que quiere decir?

—Eres demasiado inteligente como para hacerte la tonta —soltó—. Sabes perfectamente lo que quiere decir.

—Hunt no me ve de ese modo. Se preocupa por mí y me considera una amiga, pero eso es todo.

Thorn apartó la mirada y dio otro trago de la taza.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Voy a hacer una oferta... pero Hunt y yo vamos a ir a medias.

Ahora Thorn volvía a estar furioso.

—¿Cómo?

—Tenía que hacerlo, Thorn.

—¿Te obligó? —preguntó sin poder creérselo—. Nadie obliga a Tatum Titan a hacer nada.

—Se lo ofrecí yo por lo que ha hecho por mí.

Suspiró y se pasó los dedos por el pelo.

—Sé que quieres mostrarle tu agradecimiento por lo que ha hecho, pero hay otras formas de hacerlo... y ya las estás haciendo.

—Ya le he hecho la oferta y él la ha aceptado.

—Titan, se supone que estamos tú y yo solos en esto.

—Sólo voy a compartir una empresa con él. No tiene nada que ver con mis otros negocios. Sólo se puede ganar dinero, no hay posibilidad de pérdidas.

—Nunca te has asociado con nadie.

—Hay una primera vez para todo.

—Y él tampoco.

—Las grandes mentes piensan igual...

Se pasó una vez más los dedos por el pelo, claramente molesto por aquel giro de los acontecimientos.

Como ya estaba enfadado, decidí soltárselo todo para acabar con aquello de una vez por todas.

—Le he contado lo nuestro.

Thorn se giró hacia mí con una expresión perpleja.

—¿Eso qué significa?

—Me dijo que tenía que contárselo si quería saber la verdad sobre Bruce Carol. No iba a conseguir esa información de ninguna otra forma.

—Entonces, ¿te chantajeó?

—No. Tienes que buscar la palabra en el diccionario porque es evidente que no sabes lo que significa.

Entrecerró los ojos.

—Titan, hoy no estoy de humor para tus comentarios de sabelotodo. Yo tampoco lo estaba.

—Se suponía que eso iba a quedar entre nosotros. —Me señaló con el dedo y luego se apuntó a sí mismo.

Hice un gesto con la cabeza hacia su dormitorio.

—¿Y qué es lo que piensan tus chicas? ¿Que eres un mentiroso infiel?

—Me da igual lo que piensen.

—Hunt ya sospechaba de nosotros. Me lo había preguntado al menos cinco veces.

—Parece excesivamente interesado en tu relación personal...

—Creo que simplemente tenía miedo de que tú y yo nos estuviéramos acostando...

Puso los ojos en blanco.

—Le dejé bien claro que me daba igual que te acostaras con él, así que eso no tiene sentido.

—Es un hombre paranoico, igual que yo soy una mujer paranoica.

Se pellizcó el puente de la nariz.

—Da igual.

—No dirá nada, Thorn. Confío en él.

—Sólo lo conoces desde hace unos meses.

—Lo sé y ya está —dije con confianza—. Además, después de que nos casemos, tendré que contárselo a mis amantes de todas formas. Lo último que quiero es que la gente piense que soy una mentirosa.

Thorn no rebatió aquel punto porque no había nada que decir. La gente iba a conocer la verdad sobre nuestra relación nos gustara o no. No había forma de evitarlo.

Volvió a suspirar antes de relajarse por fin.

—Y ahora, ¿qué?

—Voy a seguir adelante con Hunt.

—¿No crees que habrá un conflicto de intereses cuando acabe vuestra relación?

—Terminaremos bien. Hemos acordado seis semanas cada uno. Nada más. En todo caso, creo que nos unirá más.

La puerta del dormitorio se abrió y salió al pasillo una rubia atractiva. Sólo llevaba puesta una camiseta blanca de Thorn. Con el pelo revuelto y el maquillaje corrido, tenía aspecto de haber pasado una buena noche. Se detuvo cuando me vio, claramente incómoda por mi presencia.

—Ya acabamos, nena —dijo Thorn—. Ahora mismo voy.

Volvió a meterse en la habitación y la puerta emitió un chasquido cuando la cerró a sus espaldas.

Thorn sonrió.

—Es una fiera que no veas. Me montó como toda una experta.

Solté una risita.

—Me alegra saberlo. Parece que me ha reconocido.

—La mayoría te reconocen, pero le diré que no pasa nada.

—Bueno, te dejo ya en paz. —Me puse de pie y Thorn me acompañó a la puerta; su físico cincelado era como rocas en movimiento. Era todo músculo y piel, nada más.

—Cuéntame cómo va todo el lunes.

—Lo haré. Por cierto, tu madre me ha enviado flores. Peonías.

Se rio.

—Mi madre te quiere a ti más que a mí.

—No puedo culparla. Tú eres un idiota.

Sonrió mientras me pasaba el brazo por la cintura.

—Cuando era pequeño, siempre me preguntaba cómo sería mi mujer. Esperaba que estuviese buena y que fuera divertida e inteligente... ya sabes. Pero tú superas todas las expectativas que tenía... excepto en lo de ser una listilla.

—No hagas como si no te encantara eso de mí. —Le di una suave palmadita en la mejilla antes de marcharme.

Me habló a mis espaldas.

—¿Sabes qué? La verdad es que sí que tienes el culo como una nectarina.

Me di la vuelta y le saqué el dedo corazón.

Soltó una carcajada y cerró la puerta.

Hunt

Sólo llevaba diez minutos sentado frente al escritorio cuando Natalie me habló a través del interfono.

—Señor, Thorn Cutler ha venido a verlo. No tiene cita, pero ha dicho que debería pasarle el recado.

Thorn sólo podía estar allí por un motivo: Titan. Debía de haberle contado que conocía su acuerdo secreto. Probablemente Thorn estaría allí para amenazarme para que guardara silencio.

Y yo le devolvería la amenaza.

—Dile que pase.

Un minuto después, Thorn atravesó el umbral de la puerta. Con un traje gris y una corbata negra, entró con una mano en el bolsillo. Tenía el cabello castaño claro, casi rubio, unos bonitos ojos azules que debían de enamorar a las mujeres y una sonrisa arrogante que me irritaba. Caminó hasta mi mesa y se sentó sin estrecharme la mano.

Eché un vistazo a mi reloj de pulsera.

—No tengo mucho tiempo, Thorn. Di lo que tengas que decir.

—No tardaré mucho. —Tamborileó con los dedos en el reposabrazos.

No parecía que aquello fuera cierto.

—Le he dicho a Titan que no contaré vuestro secreto. No hace falta que te preocupes por eso.

—No lo hago —dijo—. Pareces un tipo honrado. Me preocupa algo totalmente distinto.

Me recosté y apoyé el tobillo en la rodilla contraria. Uní las puntas de los dedos sobre el regazo y lo analicé como si fuera un ciervo y yo estuviera sosteniendo una escopeta.

—Te escucho.

—Titan me ha contado unas cuantas cosas... y mentiría si dijera que no me han preocupado. Me ha asegurado que no hay de qué preocuparse, pero yo no estoy tan seguro.

¿Era porque íbamos a hacer negocios juntos?

—No creo que ningún hombre renunciara a ganar dinero fácil como hiciste tú con Bruce Carol sin tener un buen motivo para hacerlo... —Me examinó como lo examinaba yo a él, como si también él fuera un cazador.

Pero yo nunca sería la presa.

—Deberías soltar lo que piensas y ahorrarnos tiempo a los dos, Thorn. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre los muslos.

—Tampoco entiendo por qué a un hombre le importaría tanto lo que yo soy para Titan... a menos que tuviera un buen motivo.

¿Le hablaba siempre así a Titan? Yo me volvería loco después de los primeros treinta segundos.

—Parece que Titan te importa más de lo que debería. —Me miró con hostilidad con sus ojos azul cristalino; tenía un aspecto amenazante sin modificar su expresión. Posó las puntas de los dedos sobre su mentón.

No respondí porque no tenía nada que decir ante aquella afirmación.

—Las mujeres como Titan no existen. Ella es única, de una especie distinta. Pero no te equivoques: es mía. —Se señaló el pecho con los dedos.

Empezó a hervirme la sangre.

—No me acuesto con ella. No estoy enamorado de ella. Pero es mía. Va a ser mi mujer y la madre de mis hijos, la mejor socia de negocios. Te voy a dar el beneficio de la duda y voy a dar por hecho que eres un buen tío de verdad que defiende a los desamparados... pero no quiero que haya ningún malentendido entre nosotros.

Al principio no me había preocupado por Thorn.

No parecía una amenaza.

Pero ahora lo odiaba. Lo odiaba y no comprendía la razón.

—Cuando acabe vuestro acuerdo, se acabó. Pasas página y punto.

No podía hacer otra cosa que mirarlo fijamente.

Thorn esperó a que dijera algo y, al ver que no lo hacía, volvió a hablar.

—Dime que me equivoco, Hunt. Quiero equivocarme.

—Creo que es un error que te cases con ella.

—¿Para ella o para mí?

—Para los dos —dije con sencillez—. Se merece algo real.

—Yo soy real. A excepción de mi fidelidad, tendrá todo lo demás. Seré yo quien la cuide cuando se ponga enferma. Seré yo quien envejezca a su lado. Seré un padre maravilloso. La querré todos y cada uno de los días... a mi manera.

—Titan se merece lo mejor. Y los dos sabemos que lo mejor no eres tú.

Estrechó los ojos.

—¿Estás diciendo que mi suposición es acertada?

Entendía los parámetros de nuestra relación. Yo no buscaba nada más que buen sexo. Lo que teníamos era lo bastante bueno para mí y, como con todas las cosas, acabaría cansándome de ello. Pero Titan me había cambiado la vida de muchas formas... para mejor. Había ganado una amiga, una confidente.

—No, tu suposición no es acertada.

Thorn se apoyó en el respaldo de la silla, visiblemente relajado.

—Respeto a Titan desde el momento en que la vi. La admiro, incluso. Y sé que le tengo cariño.

En sus labios se formó una sonrisa.

—Tiene ese efecto en las personas.

—Y espero ser un buen amigo suyo con el paso del tiempo. Pero no, no estoy intentando quedarme con ella. —Por el momento no deseaba a nadie más. Era la única mujer con la que quería estar, porque el sexo era absolutamente increíble. Me complacía como nadie lo había hecho nunca, pero acabaría cansándome de ello, como me sucedía con todo. Así era mi personalidad, por mucho que deseara ser diferente. La llama acabaría extinguiéndose y yo desearía a otra persona, por muy maravillosa que fuese Titan. Las personas se quedaban en mi vida sólo si eran amigos. Y, si Titan se convertía en mi amiga, estaría a mi lado mucho más tiempo.

Thorn pareció quedarse satisfecho con aquella respuesta.

—Entonces no tenemos ningún problema. —Se puso en pie y se acercó al borde de la mesa. Me tendió la mano.

A punto estuve de no estrechársela. Aunque nuestra conversación había acabado en buenos términos, todavía lo despreciaba. No me gustaba la idea de que fuera a quedarse con Titan el resto de su vida, de que la hubiera persuadido para que accediera a aquel estúpido acuerdo.

—¿Ella por qué quiere eso? —Me levanté, pero no le estreché la mano—. ¿Es porque su novio murió? ¿Cree que no podría volver a enamorarse? —¿Habría renunciado a esa clase de felicidad?

La cara de Thorn se puso pálida como el papel. Lentamente fue bajando la mano hasta que quedó de nuevo en su costado. No parpadeó ni una sola vez mientras me contemplaba, ni enfadado ni alterado. Estaba impasible, sin mostrar ninguna emoción aparente.

Nunca lo había visto reaccionar así. Tenía unos ojos expresivos y un

lenguaje corporal muy característico, pero ahora no daba ninguna señal en absoluto.

—No le menciones eso jamás. —Su voz era apenas un susurro—. Esto es algo que tú no comprendes, así que ni te molestes en intentarlo. No es asunto tuyo, así que no metas las putas narices.

Había cruzado una línea con aquella pregunta, haciendo enfadar a Thorn de un modo que nunca había visto. Ambos brazos le temblaban ligeramente, con estremecimientos apenas perceptibles. Todavía no había parpadeado, tenía los ojos abiertos como un búho.

—Como se lo menciones, te arranco la puta cabeza. —Se encaminó hacia la puerta para salir de mi despacho. Me dirigió una última mirada violenta antes de marcharse—. Te arranco la puta cabeza.

* * *

Acababa de terminar una llamada cuando el nombre de Titan apareció en mi teléfono. Me estaba llamando directamente, evitando el teléfono de la oficina porque tenía acceso a mí por medios con los que la mayoría de la gente no contaba. Cuando vi su nombre, sonreí de forma instintiva. Pero aquella sonrisa de satisfacción se desvaneció cuando recordé la conversación que había tenido unas horas antes. Descolgué.

—Titan.

Pude oír claramente su sonrisa a través de la línea.

—Hunt.

Nunca me llamaba por mi nombre de pila. Estaba seguro de no haberlo oído jamás de sus labios. La mayoría de la gente no lo usaba, así que no era algo inusual.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes la voz más erótica del mundo?

—Si crees que mi voz es erótica, deberías verme las bragas.

Cerré la mano en un puño de inmediato al oír su rápida réplica. Era ingeniosa y sensual. Ahora me la estaba imaginando con la lencería negra que llevaba la última vez, con los pechos unidos entre sí, turgentes y respingones. Se había hecho con el control y me había dominado, haciendo realidad mis fantasías. Aunque había disfrutado de cada segundo, mi sumisión estaba empezando a flaquear. Quería ser yo quien la conquistara, quien le ordenara que se arrodillase cada vez que yo entrara en la habitación. Su necesidad de control se debía simplemente a su necesidad de poder, de dar órdenes. Mi

necesidad de control era algo completamente diferente. Yo quería dominarla de la forma más erótica posible, lograr que la mujer más poderosa del mundo se pusiera de rodillas con una sola orden. Quería poseerla como ningún otro hombre lo había hecho, ni siquiera Thorn Cutler.

—Me encantaría verte las bragas.

—Eso me imaginaba. Deberíamos hablar de nuestro plan sobre Bruce Carol. Ven a mi despacho.

Su autoritarismo era atractivo, pero también irritante. Lo soportaba porque al final recibiría mi recompensa. Obedecerla merecería la pena sólo para ver cómo me obedecía ella a mí.

—Tengamos la reunión mientras comemos. No he comido.

—Puedo pedirle a mi ayudante que vaya a comprar algo.

Nunca había comido con ella en un restaurante a solas. Siempre nos había acompañado alguien. Podía intentar imponerme, pero como estaba ella al mando, cedí.

—Tienes puertas de cristal en el despacho. —No hacía falta que fuera más específico para dejar claro en qué estaba pensando.

—Tenemos el resto del día, Hunt. Ahora nos vemos. —Como nuestra conversación había terminado, colgó.

No pude borrar la sonrisa de mi rostro mientras dejaba el teléfono. Aquella mujer se hacía con cualquier sala en la que entraba, hasta cuando no se encontraba allí físicamente.

* * *

En cuanto llegué a su oficina, su ayudante me acompañó a cruzar las puertas de cristal.

Titan estaba ante su enorme escritorio blanco, escribiendo con un bolígrafo a juego, del mismo color. Había un jarrón de peonías de un color rosa fuerte en la esquina; eran justo las que le había enviado la madre de Thorn.

Contuve mi irritación.

—Hola, Hunt. Siéntate. Tengo que terminar una cosa...

Observé la mesita con ruedas que habían llevado. La comida estaba preparada: dos ensaladas, sándwiches, un cuenco de fruta y dos Old Fashioned. Compensaba su adicción al licor con una dieta baja en calorías. Controlaba su peso y así conseguía tener aquel aspecto tan atractivo todo el

tiempo, pero no podía renunciar al alcohol por completo.

Y yo lo respetaba.

Tomé asiento y esperé a que terminara.

Cuando hubo acabado, se acercó a mí y me tendió la mano para estrechármela.

La observé, negándome a concederle aquel gesto.

—Los apretones de manos no son dignos de nosotros, Titan.

—Cada vez que no estamos a solas, nos están vigilando. —Me miró con aquellos ojos verdes entrecerrados—. Así que estréchame la mano.

Acabé haciendo lo que me pedía, conteniendo la sonrisa lo mejor que pude, pero le estreché la mano con un poco más de fuerza de lo habitual, indicándole que desearía estar apretando otra cosa.

Tras lograr que cooperase, se sentó en el asiento que había frente a mí. Llevaba un vestido negro con cuello de pico y una cadena de oro blanco alrededor de la garganta. Tenía hecha la manicura francesa y los delicados músculos de sus brazos mostraban la firmeza de su cuerpo. Se puso la servilleta de tela en el regazo y empezó a dar cuenta de la ensalada.

La analicé, contemplando cómo se abrían sus labios pintados cuando se metía la comida en la boca. Siempre que la veía, me saludaba con un beso, ya fuera en la boca o en la entrepierna. No me gustaba el carácter profesional de aquella reunión, que me tratara como a un socio empresarial en vez de como a su amante.

Si estuviéramos en mi despacho, estaría follándomela en aquel mismo instante.

—Todavía no he concertado una reunión con Bruce. —Si se había dado cuenta de que estaba mirándola fijamente, había hecho caso omiso. A estas alturas ya debía de estar acostumbrada a mi mirada intensa. Y probablemente yo no fuera el único hombre que la había mirado con tanta atención.

—¿Quieres que me ocupe yo?

—No he dicho eso. —Picoteaba la ensalada, tomando algunos bocados de vez en cuando. Pero la mayor parte de su energía iba dedicada al Old Fashioned.

No mencioné que Thorn se había pasado por mi oficina aquella mañana. Probablemente lograría que se enfadase con él si descubría que había usado aquella artimaña, pero aun así decidí no contar nada. Me sentiría como un soplón si dijera algo.

—Bruce Carol sabe que ahora no tiene ninguna opción. Nadie más

intentará nada por miedo a despertar mi ira. —Prácticamente me había bajado los pantalones y le había enseñado al mundo entero quién la tenía más grande.

—A lo mejor deberíamos pasarnos por allí los dos juntos sin concertar una cita.

No era profesional pasar sin avisar, pero tampoco lo era hablar de forzar a una mujer a hacerte una mamada. No se merecía nuestro respeto. Titan y yo sólo queríamos conquistar, quedarnos con todo lo que tenía.

—Sin avisar. Me gusta. —Cogí el tenedor y tomé un bocado.

—Lo aniquilaremos. Aceptaré cualquier cosa que le ofrezcamos porque no tendrá más remedio.

—Exacto.

Dio un bocado al sándwich, moviendo lentamente sus pequeños labios mientras tragaba.

Yo contemplé cada uno de sus movimientos.

—¿Quieres hacer esto ahora?

—Cuanto más esperemos, peor trato conseguiremos.

—Cierto. —Tiró la servilleta sobre la mesa, dejando el plato igual de lleno que cuando lo habían traído.

Al pensar en ello, me di cuenta de que nunca la había visto terminarse una comida. Lo único que la veía terminarse eran los Old Fashioned. En plural.

—Vámonos. —Se levantó de la silla y cogió el bolso del escritorio.

Me quedé mirándole el culo, fijándome en lo prieto que se veía con aquella falda. Casi diría que no podía culpar a Bruce por aquel comentario de imbécil. En ese momento, yo mismo estaba mirándole el trasero con la misma atención, pero la diferencia entre nosotros era que yo tenía su permiso explícito.

Se dio la vuelta, captando mi mirada mientras la elevaba de nuevo hacia su rostro.

No le importó en absoluto.

—A menos que tengas el día muy ocupado.

Me levanté de la silla y puse la servilleta sobre la mesa.

—Yo siempre tengo los días muy ocupados. Le diré a Natalie que cancele todo lo de esta tarde.

—Entonces, ¿estás preparado para hacer esto ahora?

Me metí las manos en los bolsillos, odiando las puertas de cristal que

tenía a la espalda. No me gustaba estar en público. Aquella mujer me convertía en un hombre diferente al que podía dejar salir cuando había tantos testigos.

—Desde luego. Pero ¿estás segura de que quieres hacer negocios con un cabrón como él? No te culparía si no quisieras.

—Me da igual lo que piense de mí. Puede continuar siendo un cerdo egocéntrico y sexista todo lo que quiera. Yo iré riéndome de camino al banco.

* * *

Esperamos en el vestíbulo durante diez minutos antes de que Bruce nos recibiera. Había recibido aviso con cierta antelación, pero no la suficiente como para prepararse de verdad para nuestra reunión. Además, no tenía forma de anticiparse a lo que estaba a punto de ocurrir. Su imperio se hundía poco a poco y él intentaba desesperadamente abandonar el barco, pero no había ningún sitio en el que aterrizar.

Estaba sentado al lado de Titan con las manos en el regazo. Tenía el tobillo apoyado en la rodilla contraria y, cada vez que alzaba la vista, veía a la ayudante de Bruce contemplándome. Me sostenía la mirada durante una fracción de segundo antes de bajar la vista. A continuación, se le ruborizaban las mejillas y esbozaba una sonrisa. Era una chica guapa, pero no capturaba mi atención como lo hacía Titan.

Titan estaba junto a mí con las piernas cruzadas, en una postura perfectamente recta con la espalda tan rígida como una tabla de madera. Llevaba el pelo en suaves tirabuzones y maquillaje oscuro alrededor de los ojos. Más que una directora ejecutiva, parecía una modelo.

Siempre que estaba a su lado, percibía nuestra proximidad. Era más consciente de mis labios de lo que era habitual y sentía su suavidad y su grosor con la lengua. Se sentían solos cuando no estaban pegados a la boca de Titan o a cualquier otra parte de su cuerpo.

Había trabajado con mujeres atractivas a diario y nunca había experimentado aquel tipo de lucha interior. Con la misma naturalidad con la que respiraba, sentía la necesidad de posar la mano en su muslo, dejándola descansar allí.

Nunca se lo había hecho a ella, pero era un instinto tan natural que parecía que lo hubiera hecho cientos de veces.

Quería apoyar el brazo en el respaldo de su silla e inclinarme hacia ella

para susurrarle algo al oído. No me venían las palabras a la mente, pero tal vez no necesitara palabras. Podría pegar los labios a su oreja y quedarme allí sin más, escuchar su respiración mientras se aceleraba al notar mi contacto.

Estaba a punto de cerrar un acuerdo comercial enorme, pero no podía pensar en nada más que en Titan.

¿Sentiría ella la misma atracción que yo? ¿Percibiría aquella atracción magnética entre nosotros?

Cuando eché un vistazo a sus piernas, vi cómo las recolocaba, frotándolas entre sí.

Ya tenía mi respuesta.

La ayudante de Bruce vino a la sala de espera, acercándose a nosotros.

—El señor Carol ya puede recibirlos.

Me abroché la chaqueta del traje al levantarme, preparado para bailar con el diablo. No me había parado a pensar en cómo me sentiría al estar cara a cara con él después de la última vez que habíamos hablado. Quería matarlo por haber insultado a Titan de aquella forma tan poco apropiada. El hecho de que ahora fuera a hacer un trato con él no significaba que mis sentimientos hubieran cambiado.

Me alegraba que Titan fuera a entrar allí con la cabeza bien alta. Parecía menos afectada por los insultos que yo. Se lo tomaba con tranquilidad, negándose a permitir que la desmoralizaran. Era demasiado poderosa, demasiado pura para eso. A diferencia de la mayoría de los empresarios, ella no tenía tiempo para sentirse herida. Sólo quería hacer bien su trabajo.

Atravesamos el mismo pasillo que los dos habíamos recorrido antes, pero en esta ocasión íbamos juntos y no por separado. La vez anterior, cuando la había visto salir del despacho de Bruce, me había sentido impactado, pero al mismo tiempo no me había sorprendido. No sabía cómo se había enterado de que Bruce estaba dispuesto a vender, pero no me extrañaba lo rápido que se había abalanzado sobre aquella oportunidad. De hecho, se me había adelantado.

Justo antes de que llegáramos a la puerta, posé la mano en la curva de su espalda y acerqué la boca a su oreja.

—Te dejo que lleves tú las riendas. Sé que vas a hacer que sufra.

Aparté el brazo justo antes de que entrásemos, volviendo al papel de un simple compañero de negocios y abandonando el de amante.

Titan lo ignoró como si no hubiera ocurrido.

—Señor Carol. —Caminó hasta el escritorio, dejó la carpeta y tomó

asiento. No se molestó en rodear la mesa para estrecharle la mano. Entrelazó los dedos delante de sí, mirándolo con hostilidad, como si estuviera por debajo de ella.

Yo me senté a su lado, dejando plenamente clara mi lealtad. Apoyé las manos en mi regazo, contemplando al hombre viejo e inflado que había frente a nosotros. En esta ocasión no estaba tan alegre. Miraba constantemente a Titan, ignorándome por completo.

—El señor Hunt y yo hemos venido a hacerle una oferta. —Titan abrió el portafolios, sacó la hoja de papel que habíamos acordado entregarle y la deslizó por la mesa.

Bruce no extendió la mano para cogerla, dejándola donde estaba delante de él.

—Por desgracia —dijo—, no habrá ninguna mamada como parte del trato.

Hice todo lo posible por no sonreír.

—Me va a vender la empresa de todas formas por la mitad de la cifra que le ofrecí en un principio. Coja lo que pueda y lárguese.

Bruce tomó aire antes de acercarse el papel. No había dicho ni una sola palabra, demasiado cobarde para decir nada. Ojeó el papel antes de volver a soltarlo.

—¿Acepta nuestra oferta?

Bruce me miró al hablar.

—No. Quiero...

—Me importa una mierda lo que quiera. —Titan no levantó la voz, pero su presencia de repente parecía más imponente que antes. Poseía casi toda la habitación, logrando incluso hacerme sentir pequeño—. La nuestra es la única oferta que tiene. Y, por haber dudado, la voy a reducir un diez por ciento.

«No sonrías. No sonrías. No sonrías».

Bruce se quedó boquiabierto.

—¿Te has vuelto...?

—Acaba de convertirse en un veinte por ciento. Piense bien antes de volver a hablar. —Titan no necesitaba que yo dijera nada. Tenía aquel trato en el bote. Podía dirigir una reunión con más maestría de la que necesitaba un sargento instructor para apurar a sus soldados.

Bruce abrió la boca, pero la volvió a cerrar de golpe, recapacitando. Se frotó la mandíbula, recorriendo la línea del bigote con los dedos. Dijo algo

por lo bajo antes de volver a mirar a Titan.

—Está bien.

Como la señorita que era, no se regodeó por haber robado a un hombre en su propia cara. Abrió la carpeta, sacó los papeles y tachó las cifras equivocadas, puesto que la oferta había caído en picado. Los empujó hacia él.

—Ya sabe dónde firmar, Bruce.

Bruce cogió el bolígrafo y se tomó su tiempo para firmar con mano ligeramente temblorosa.

Titan lo contempló con las manos sobre la mesa.

Pero yo la contemplaba a ella. Titan lo estaba machacando, como toda una jefa.

Cuando Bruce terminó de firmar el papeleo, se lo devolvió todo.

—Perfecto. —Titan lo recogió todo antes de levantarse—. Tendrá el dinero en la cuenta en breve. Espero que se haya llevado todas sus cosas para mañana por la mañana. Sus empleados se pueden quedar.

Me levanté y le retiré la silla a Titan mientras se ponía de pie.

Ella se dirigió a la salida primero, pero se dio la vuelta al llegar a la puerta.

—No tengo el culo como una nectarina, señor Carol. —Sus ojos verdes tenían un aspecto aterrador mientras lo miraba con hostilidad. Su cabello suave no hizo que pareciera más femenina porque en ese momento sólo reflejaba dureza. Con una postura rígida y una autoridad majestuosa, se hizo con el control de la habitación. Me controló incluso a mí porque fui incapaz de apartar los ojos de ella—. Pero tengo un culo que no se rinde nunca.

* * *

Nos sentamos juntos en el asiento trasero mientras su chófer nos llevaba de nuevo a su oficina. Había un sólido separador entre nosotros y el conductor, y ventanas tintadas en todo el Mercedes negro. Era parecido al mío, lo bastante bueno para llevar al presidente de Estados Unidos si alguna vez le hacía falta.

Titan seguía rígida, como si en ese momento hubiera ojos enemigos observándola.

Deslicé la mano por el asiento y la subí por su muslo hasta encontrar la suya. Entrelacé los dedos con los suyos, mis manos el doble de grandes que las suyas. La estreché con suavidad, mirándola fijamente. Ahora que estábamos a solas, por fin podía quedarme observándola todo lo que quisiera.

Si ella no pusiera reparos, me la follaría en el asiento de atrás en ese mismo momento.

Ella me devolvió el apretón.

—Has estado impresionante.

Giró la cabeza hacia mí con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Sí?

Silbé por lo bajo.

—Me han entrado ganas de follarte directamente encima de esa mesa.

—Habrías querido follarme encima de esa mesa de todas formas.

Una sonrisa incontenible se extendió por mis labios.

—Buena observación.

—¿No crees que soy demasiado autoritaria? —Nunca me había pedido mi opinión. Aquello era una novedad.

—No más de lo que lo soy yo.

—¿Crees que soy demasiado directa?

—Me gusta que seas directa. —Me llevé su mano a los labios y le di un beso en los nudillos—. Me gusta lo poderosa que eres, lo dura que eres. Sabes exactamente lo que quieres y no te da miedo pedirlo. Exigirlo, en realidad. Es lo más sensual que he visto en mi vida.

—¿De verdad? —susurró—. La mayoría de los hombres no lo ven así.

Titan acababa de despojarse de otra capa delante de mí, admitiendo que le acomplexaba un poco su personalidad. Sospechaba que ni siquiera a Thorn le contaba aquellas cosas. Era obvio que se sentía cómoda conmigo, al igual que yo me sentía cómodo con ella.

—Bruce le dirá a todo el mundo que soy una zorra con tacones. —Mantenia la voz bajo control y no parecía alterada, pero detecté un atisbo de tristeza en sus valientes palabras.

Fue entonces cuando me di cuenta de que realmente estaba dolida por lo que había dicho Bruce.

—Mírame.

No lo hizo.

—Titan. —Utilicé un tono más autoritario, retándola a desafiarme. Puede que tuviera todo el control en aquella relación, pero yo recuperaba el poder cuando era necesario.

Giró lentamente la cabeza hacia mí, mirándome con ojos cautelosos.

—Los hombres sólo dicen esas mierdas porque los intimidas.

—¿A ti te intimido?

Mi respuesta fue una sonrisa.

—Nunca. Pero los hombres de verdad no se sienten amenazados por las mujeres triunfadoras. Los hombres de verdad se sienten lo bastante seguros de su propio éxito y de su propia masculinidad como para no pensarse dos veces la posibilidad de trabajar con una mujer como tú. Muestran el mismo respeto que creen que se merecen. No dejes nunca que escoria como él te haga cuestionarte. Eres demasiado buena para eso. —Me incliné hacia delante y la besé, acariciándole la mejilla con la palma de la mano.

Ella me devolvió el beso y sus dedos siguieron explorando mi muñeca.

—Hunt... No eres para nada lo que yo esperaba.

—¿Y eso? —susurré contra su boca.

—Nunca me habría esperado que me gustaras tanto... ni que fuera a disfrutar tanto de ti.

La miré a los ojos antes de frotar la nariz contra la suya.

—Tenemos mucho en común, Titan. Somos dos caras de la misma moneda.

—Sí que lo somos.

Le pasé el pulgar por el pómulo antes de volver a besarla.

—Espero que, cuando esto termine, me sigas considerando un amigo, porque para mí te has convertido en alguien muy importante.

Se le suavizó la mirada mientras clavaba sus ojos en los míos.

—Para mí eres un muy buen amigo, Hunt. Y ahora que vamos a llevar juntos un negocio como este, vamos a ser más que amigos.

La miré con los ojos entrecerrados.

—¿Sí?

—Sí. —Me besó en la boca con delicadeza—. Seremos socios.

* * *

No quería salir aquella noche, pero no tenía elección.

Ya había dado plantón a Pine y a Mike demasiadas veces.

Salimos de fiesta, conocimos a algunas mujeres y fuimos de bar en bar hasta que encontramos el reservado perfecto para pasar la noche. Tenía a una chica en cada brazo y, cada vez que intentaban besarme, yo me apartaba con discreción y daba un trago a mi Old Fashioned.

Sí, ahora los Old Fashioned eran mi bebida favorita.

—¿Que Titan y tú ahora sois socios? —preguntó Pine con

incredulidad—. ¿Eso cómo ha pasado?

—Creía que tú no te asociabas con nadie —apuntó Mike.

Una de las chicas se inclinó hacia mí y me bajó la mano por el pecho.

No me gustó.

Titan no podía enfadarse si besaba a una mujer; tenía que guardar las apariencias de algún modo. No me permitía hablarles a mis mejores amigos de ella, así que tendría que lidiar con las consecuencias. Pero en cuanto olía un perfume desconocido y me acercaba a otro pintalabios, me apartaba.

No lo deseaba.

—Titan no es una socia cualquiera —dije—. Es la mejor.

—Aun así —dijo Pine—. Has tenido ocasión de asociarte con hombres más ricos, pero nunca has querido. Decías que siempre volarías en solitario.

Mike mantuvo la mano en alto e imitó el vuelo de un avión.

—Los negocios son un juego en evolución —dije con simpleza—. He tenido que adaptarme.

—Tenías ese trato en el bote —dijo Pine—. Después te retiraste... y luego vuelves a ir a por él. No lo pillo.

No les había contado lo que había dicho Bruce. Cuantas más personas lo supieran, más personas se burlarían de Titan por ello. Así que me guardé aquella información.

—Titan y yo hemos logrado la compra por la mitad de mi oferta original. Sólo ella podía lograr algo así.

—¿La mitad? —preguntó Pine con incredulidad—. Es una diferencia considerable.

—Es una gran diferencia. —Cogí el vaso para dar un trago, pero una de las chicas me lo arrebató. Agitó las pestañas con coquetería antes de llevarse el vaso a los labios para beber.

Sonreí, a pesar de que estaba extremadamente molesto.

—¿Estás seguro de que puedes trabajar con Titan a diario? —preguntó Pine con escepticismo—. He oído que...

—Ten mucho cuidado, Pine. —Me importaba un comino que fuese mi amigo. No quería oír nada negativo sobre Titan. Se esforzaba demasiado, era demasiado inteligente como para que le faltaran al respeto con tanta facilidad. Lo advertí con la mirada, dejándole claro que no estaba bromeando.

Pine estrechó los ojos.

—¿Sigues encaprichado con ella? ¿De eso va todo esto?

—¿Crees que al final te meterás entre sus piernas si diriges un negocio

con ella? —preguntó Mike—. Joder, me gustan los coños más que a nadie, pero no tanto.

—Vuelve a hablar de su coño y verás lo que ocurre. —Apreté la mandíbula y concentré todo mi odio en Mike.

Mike se echó hacia atrás y alzó las manos en señal de rendición.

—Vale, lo siento.

Mi vida sería muchísimo más fácil si pudiera contarles la verdad y punto. No tendríamos que mantener aquellas conversaciones estúpidas sobre ella. Sabrían que era mi amiga y también la mujer con la que me acostaba.

Pero Titan era un puto dolor de muelas.

Como si supiera que era el tema de conversación de la noche, me envió un mensaje.

«Ven a mi casa y fóllame. Ahora».

Por Dios. Aquella mujer conseguía empalmarme en tiempo récord. Tenía la erección apretada contra la cremallera de los pantalones de vestir y sentí un dolor en el pecho de lo hondo que había respirado.

«Estoy de fiesta con los chicos ahora mismo».

«Me importa un carajo lo que estés haciendo».

Me estaba matando.

«Ven aquí ahora. No me hagas pedírtelo otra vez».

Quería que me lo pidiera otra vez.

«Estaré allí en una hora más o menos».

«Te acabas de ganar un bofetón».

Me ardió la mejilla en el punto en donde me golpearía cuando llegase. Me encantaba sentir aquella pequeña mano contra la cara. Podía dar buenos golpes cuando se lo proponía. Mi cuerpo cobró vida al imaginármela abofeteándome. Me excitó de una forma inexplicable; yo era el hombre más ambicioso del mundo y me sentía atraído por el poder.

Y Titan era la mujer más poderosa del mundo.

No me extrañaba que la desease tanto.

«Estoy de camino».

Me respondió de inmediato.

«Eso me imaginaba».

* * *

En cuanto crucé las puertas del ascensor, me pegó.

Y me pegó con fuerza.

Me giré por la intensidad del golpe, sintiendo la adrenalina correrme por la sangre. Estaba excitado antes de que las puertas se abrieran, pero ahora la deseaba todavía más. La palma de su mano tenía algo que me hacía enloquecer. Quería que me pegase hasta dejarme la cara hinchada durante una semana.

Estaba de pie sólo con un sujetador negro y unas bragas a juego, con un aspecto endiabladamente erótico con el pelo ondulado y los ojos muy maquillados. Estaba deslumbrante, como si fuera una modelo de un catálogo de lencería. Tenía la cintura esbelta y se le marcaban los abdominales en el vientre. No sólo estaba delgada, sino también tonificada. Sin embargo, no tenía ni idea de cuándo sacaba tiempo para hacer ejercicio.

La excitación se apoderó de mí y me abalancé hacia ella, acorralándola contra la pared del salón hasta que la golpeó con la espalda. La alcé en volandas con mis fuertes brazos y la besé, chocando los dientes con los suyos porque estaba siendo más agresivo de lo normal.

Aquello era lo que me provocaban sus bofetadas.

Me hundió las uñas en la espalda y respiró contra mi boca; sus gemidos quedaron silenciados por mis labios. Los tacones se me clavaban en el trasero mientras hacía fuerza para sostenerse.

Tras unos minutos de caricias apasionadas, me rodeó el cuello con los brazos y se apartó.

—Te gusta que te pegue, ¿no?

Le succioné el labio inferior, metiéndomelo en la boca.

—¿Qué me ha delatado?

—Entonces te gustará todo lo demás que tengo planeado para ti. —Se agarró a mi cuerpo mientras descendía hasta el suelo. Detuvo nuestro sensual encuentro a propósito, alejándose de mí con aquellos tacones infinitos.

Me quedé mirando aquel delicioso trasero que me moría de ganas de poder azotar.

Se detuvo a un par de metros de mí, manteniendo la distancia entre nosotros intencionadamente.

¿Para qué me había pedido que fuera allí si sólo iba a torturarnos a ambos?

Se puso ambas manos en las caderas mientras me observaba con el pelo cayéndole por los dos hombros. Llevaba un collar de oro blanco con un diamante colgando en el centro. Tenía la piel bronceada y suave, a punto de

ser besada por mi boca anhelante.

—He intentado pensar en un modo de agradecerte de forma adecuada lo que hiciste por mí.

No había hecho nada por ella. Si estaba refiriéndose a haberle plantado cara a Bruce Carol, no lo había hecho por ella. Lo había hecho por mí mismo.

—Pero eres un hombre que ya tiene todo lo que podría desear en su vida. Así que, ¿qué podía ofrecerte?

A ti.

—Por tanto, he decidido hacer algo especial para ti. —Volvió hacia mí caminando lentamente, produciendo un golpeteo en el suelo de parqué con los tacones.

Estaba pasando calor con aquella ropa, que ya debería estar amontonada en el suelo. Mi sexo debería estar libre y desbocado, listo para follársela.

—¿De qué se trata?

—Cumpliré cualquier fantasía que tengas. Dime lo que quieras y lo haré por ti.

—¿Puedo elegir yo?

—Sí. No tendrás el control, pero tendrás el poder de elegir. —Cubrió la distancia que nos separaba y me subió las manos por el pecho. Poco a poco fue desabotonándose la camisa hasta que quedó abierta sobre mi pecho. Sus manos pasaron al cinturón y a la cremallera, desabrochándolos.

—Así que, ¿qué es lo que quieres, Hunt?

Cada vez que estábamos juntos era igual de buena que la anterior. Follaba igual de bien que dirigía su imperio. Para ella era algo natural; nunca había conocido a una mujer que fuera tan capaz de complacerse a sí misma... y de complacer a su pareja. Nunca hacía nada que no me encantase. Hasta cuando me torturaba al no permitirme llegar al orgasmo cuando yo quería, me seguía pareciendo increíble.

Me bajó la camisa por los hombros sin apartar los ojos de mis labios.

—¿Cómo quieres que te folle, Hunt? —Se arrodilló y me bajó los pantalones y los bóxers. Cuando estuve sin zapatos y mi ropa se vio abandonada sobre el suelo de madera, quedé desnudo de la cabeza a los pies.

Mi erección estaba palpitando.

Se acercó a mi pecho e inclinó la cabeza hacia arriba para poder besarme.

—Dímelo, Hunt.

Tenía una lista demasiado larga para repetirla. Sabía exactamente qué

quería hacer con ella una vez que fuera mía, conocía hasta el más mínimo detalle. La dominaría de un modo que ella desconocía por completo. La gobernaría, la convertiría en mi peón. Pero para aquello faltaban todavía tres semanas.

—Quiero que bailes para mí.

Su boca se detuvo contra la mía.

—¿Que baile para ti?

—Sí. —Me alejé de ella y aparté una silla de la mesa. La arrastré hasta que quedó en mitad del suelo—. Quiero que bailes lentamente para mí, sobre mí, alrededor de mí. Quiero que me ates las muñecas detrás de esta silla. Y después quiero que me montes y que me permitas correrme dentro de ti todas las veces que quiera hasta que quede satisfecho. —Tomé asiento y mi gran cuerpo cubrió toda la silla. Tenía la erección dura apoyada en el abdomen, ligeramente ladeada hacia la derecha. Me la quedé mirando y esperé a que pasara a la acción.

—Muy bien. —Fue a la otra habitación y volvió con una cuerda negra. Se puso detrás de mí y me ató las muñecas contra las barras de madera. El nudo era tan fuerte que no podría soltarme ni aunque usara toda mi fuerza para liberarme.

Cogió un mando a distancia, apuntó hacia el sistema de sonido y pulsó un botón.

Empezó a sonar una música lenta a través de los altavoces, una melodía sin palabras que sería idónea para un suave contoneo. La mayoría de las mujeres se habrían sentido cohibidas ante una petición semejante, pero ella se dejó llevar por la música de inmediato. Se inclinó hacia delante y se tocó la punta de los zapatos antes de pasarse las yemas de los dedos por el muslo de arriba abajo con lentitud. Siguió acariciándose el cuerpo con los dedos, tocándose los pechos y hundiéndose las manos en el pelo.

Bailó como si yo no estuviese allí.

Debía de estar familiarizada con aquella canción porque conocía hasta la última nota, hasta el último cambio de ritmo. Se echaba el pelo hacia atrás, balanceaba las caderas y sacudía el cuerpo en los momentos justos. Dirigió la mirada hacia mis ojos sin asomo de incertidumbre. Tenía un aspecto erótico y ella lo sabía.

Disfruté del espectáculo mientras mis manos tironeaban de la cuerda sin parar. Le había pedido yo mismo que me atase, pero ahora dudaba de mi elección. Deseaba poder masturbarme mientras la observaba, complacerme

antes del gran final.

Dios mío, cuánto la deseaba.

Cuando la canción llegaba a su fin, fue andando hacia mí, tomándose su tiempo y golpeando el suelo con los tacones al ritmo de cada nota. Se agarró al respaldo de mi silla, se inclinó hacia abajo y me dio un beso en la boca. Fue delicado, pero tan sensual que me provocó un gemido. Tenía los labios suaves y deliciosos, con sabor a frutas por la barra de labios.

Se mantuvo alejada y se quitó las bragas, dejándolas caer al suelo. Después las cogió, las enroscó alrededor de mi erección y me masturbó lentamente mientras se sentaba a horcajadas sobre mí.

Podía sentir su excitación por todo mi cuerpo, notaba sus fluidos mientras los esparcía por mi miembro. Me acarició con la tela suave, provocándome casi tanto placer como me producía su entrepierna. Me besó al mismo tiempo, ofreciéndome preliminares cuando yo no necesitaba más.

Apartó las bragas de mi erección y me las puso en las manos, detrás de la silla.

Mis dedos las arrugaron de inmediato, encerrándolas en un puño.

—Quítate el sujetador.

Entrecerró los ojos molesta porque sabía que no me correspondía a mí dictar las órdenes, pero obedeció de todos modos, desabrochándose el sujetador y dejándolo caer.

Me quedé contemplando aquellos hermosos pechos, disfrutando de los respingones que eran. Tenía los pezones más eróticos del mundo, duros y rosados.

—Fóllame despacio.

Se agarró al respaldo de la silla mientras descendía, tomando mi erección justo como yo le había pedido. Los músculos esbeltos de su cuerpo se esforzaron por mantenerla en equilibrio, por permitir que se deslizara sobre mi miembro y derramara toda su excitación sobre mí. Se sentó en mi regazo con los zapatos de tacón apoyados en el suelo, a ambos lados de mí.

Cerré los ojos y tensé la mandíbula. Nunca estaba preparado para la maravillosa sensación que me produciría su sexo. Siempre me pillaba por sorpresa. Estaba tan prieta, tan húmeda que era indescriptible.

—Joder, Titan.

Respiró contra mi boca mientras me permitía estirarla.

—Me encanta tu polla, Hunt. Duele muchísimo... pero es maravillosa.

Nuestros labios entraron en contacto, pero no nos besamos. Nos

limitamos a respirar al compás, con los ojos puestos en el otro. Cuando miraba a Titan, no sólo veía a una mujer preciosa con la que quería acostarme. Veía mucho más de lo que veía antes. Veía a una mujer fuerte y sin miedos. Veía a una mujer que era humana, al igual que yo, pero que nunca dejaba que nadie se diera cuenta.

Me rodeó el cuello con los brazos y usó mi figura musculada como punto de apoyo para sostenerse al subir y bajar sobre mi sexo. Se tomó su tiempo, tensando los muslos para sujetar su cuerpo. Después se deslizó hacia abajo otra vez. Cada vez que me tomaba hasta los testículos, su entrepierna resbaladiza producía un erótico sonido.

Mis manos ansiaban agarrarle el trasero, estrujarle los pechos, hacer cualquier cosa. Pero estaba inmovilizado, incapaz de hacer nada excepto mirar cómo aquella mujer me follaba con sensualidad. Clavó los ojos en mí y analizó mi expresión con los labios separados por los profundos jadeos.

Me encantaba ver cómo se esforzaba por follarme, contemplar cómo le subía y le bajaba el pecho mientras respiraba aceleradamente para mantener el ritmo. Todos los pequeños músculos de su cuerpo se flexionaban mientras trabajaban en conjunto para alzarla y bajarla sobre mi erección.

Se le escapó un siseo entre dientes.

—Voy a correrme, Hunt.

—Córrete en mi polla, pequeña.

Gimió al momento y su sexo se contrajo a mi alrededor.

Nunca la había llamado pequeña, sólo Titan o jefa, pero aquel término cariñoso surgió de todos modos.

Gemí al notar la fuerza con la que se aferraba a mí; su cuerpo reaccionaba antes incluso de llegar al orgasmo. Había estado en aquella entrepierna tantas veces que la conocía tan bien como a la propia Titan. Sabía cuándo estaba a punto de correrse antes que ella misma.

Se balanceó con más violencia al llegar al clímax, montándome hasta alcanzar la cumbre y volver a descender. Su atractivo cuerpo estaba cubierto por una capa de sudor por el pecho y por el cuello.

Deseé quitárselo con la lengua.

Pero ahora mi cuerpo estaba sucumbiendo a aquel maravilloso espectáculo. Mi sexo se volvió más grueso y palpité justo antes de eyacular. Entonces la llené de mi semilla, gimiendo mientras me sacudía una oleada de placer.

—Joder... Me encanta tu coño.

Se frotó contra mí cuando terminé, acariciándome los labios con los suyos.

—A él también le encantas tú.

* * *

Ducharnos después del sexo se había convertido en un nuevo ritual para nosotros. Acabábamos los dos tan sudorosos que era imprescindible. No quería sentarme en ninguno de los caros muebles que tenía y esparcir todos mis fluidos corporales por ellos.

Probablemente a ella le pasaba lo mismo.

Siempre nos duchábamos juntos, algo que yo esperaba con ganas. Desde luego, me encantaba ver caer el agua caliente y el jabón por el cuerpo desnudo de una mujer, pero no era sólo eso. Me encantaba cómo se perdía en sus pensamientos mientras se hundía las manos en el pelo y se masajeaba el cuero cabelludo. Se sentía tan cómoda conmigo que casi se olvidaba de que estaba allí.

Tatum Titan era una mujer explosiva cuando se maquillaba. Eso, unido a la ropa y a los tacones, hacía que girase cabezas allá adonde iba. Pero yo había llegado a preferir aquella parte de ella, cuando no llevaba absolutamente nada de maquillaje.

Cuando parecía simple y llanamente Tatum.

La mujer, no la ejecutiva.

Sonreía de un modo diferente y auténtico que se reflejaba en sus ojos. Era un poco bromista, no todo negocios y números. Las defensas que erigía en torno a sí, tan altas como rascacielos, se debilitaban de forma perceptible. Me mostraba más de sí misma.

Me pregunté si confiaría en mí.

Debía de hacerlo. De lo contrario, no se habría asociado conmigo.

—¿Qué? —Me pilló contemplándola.

—¿Qué? —dije yo también.

—Estabas mirándome.

—¿Y? —Era mía. Podía mirarla todo lo que quisiera.

Sonrió y apagó el agua.

—No hay mucho que ver.

—Pues yo creo que sí.

Salió de la ducha y se secó, y yo hice lo mismo. Tenía un cuarto de baño

grande con dos lavabos, así que yo ocupé uno mientras ella usaba el otro. Me sequé el pelo con la toalla y examiné mi rostro en el espejo. Llevaba dos días sin afeitarme y empezaba a tener la barba demasiado espesa. Sabía que a Titan le gustaba, y por eso ya no me afeitaba con tanta frecuencia.

—Voy a organizar un encuentro este fin de semana. Si quieres, puedes venir.

Miré su reflejo en el espejo del baño.

—¿Una fiesta?

—Yo no lo llamaría así. —Se dio unos toques en el pelo con la toalla y después encendió el secador a baja potencia. Se pasaba los dedos por los mechones de pelo, mostrándose sensual hasta sin intentarlo. Una bata de seda negra le envolvía el cuerpo, ocultando su piel pero no sus curvas—. Sólo seremos algunos amigos íntimos y yo.

Eso significaba que Thorn estaría allí.

Cretino.

—Será en mi casa de la playa en Rhode Island. Tengo piscina y *spa*, y la playa está justo al lado, claro.

Así que sería una fiesta de fin de semana. Estaba demasiado lejos para conducir hasta allí sólo para pasar un día. Sospechaba que tenía una gran mansión directamente en la arena y que todos sus amigos se alojarían en los dormitorios de la casa durante el fin de semana. No debería importarme que Thorn fuera a estar presente, porque no había nada de lo que estar celoso. En ese momento no se acostaban y eso era lo único que importaba.

Pero, de todas formas, no me caía bien.

—¿En calidad de qué pasaría la noche?

—De Diesel Hunt, supongo. —Apagó el secador y se pasó los dedos por el pelo una vez más.

Para ser una mujer tan aguda, a veces era bastante lenta.

—¿Voy a asistir como amigo platónico y como socio de negocios? ¿O como tu amante?

—¿Y eso qué importa?

Pues claro que importaba. No iba a quedarme sentado en el otro extremo del jardín todo el fin de semana viendo cómo se divertía en bikini con sus amigas sin acercarme a ella para besarla cuando me diera la gana.

—A mí sí me importa.

Se quitó la bata y la volvió a colgar en el perchero. Entró en el dormitorio para ponerse ropa limpia y yo la seguí. Cogió unas bragas del

cajón y se puso una camiseta que le quedaba grande.

—Titan. —Al no recibir respuesta, insistí.

—Todos saben lo nuestro, si es eso lo que me estás preguntando.

Ya tenía que mentir a mis amigos y a mi hermano todos los santos días. No quería tener que pasar más tiempo conteniéndome. Si quería besarla, iba a hacerlo, joder.

—Entonces me encantaría ir.

—Genial. Se me ocurrió que estaría bien celebrarlo.

—Estoy de acuerdo. Nos hemos hecho con una empresa con mucho potencial por un precio fantástico.

—Y hemos jodido a ese cabrón. —Sonrió y entró en el salón—. ¿Quieres beber algo?

Ya no me echaba después del sexo como hacía al principio. Ahora también formaba parte de nuestra rutina quedarnos juntos, ver un partido o las noticias de la noche. Incluso me había preparado la cena en una ocasión.

—Agua estaría bien.

Entró en la amplia cocina, oculta a la vista.

—¿Tienes hambre?

—Si vas a preparar algo, sí.

—No he comido nada desde la hora del almuerzo.

Ni siquiera había comido. Había dado un mordisco al sándwich y había picado algo de lechuga, pero nada más.

—Yo tampoco.

—Entonces improvisaré algo.

Me sentía incómodo quedándome allí sentado en el sofá mientras ella se encargaba de la cena, así que fui a la cocina. Acababa de lavar una selección de verduras y ahora estaba marinando gambas.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No te preocupes, Hunt. Yo me encargo.

—No me importa. —Cogí la tabla de madera y encontré el cuchillo de picar en uno de los cajones. Empecé a cortar en rodajas las verduras mientras ella agitaba la bolsa de marinada. Cuando estuvo preparada, lo echó todo en la sartén y empezó a cocinar.

Yo cogí otra sartén para las verduras, encargándome de esa parte. Codo con codo, preparamos la cena juntos, guardando silencio.

Nunca había hecho aquello.

Yo preparaba mis propias comidas a solas o le pedía a la asistenta que se

ocupara de ello antes de acabar la jornada. Pero nunca había cocinado con una mujer con la que me estuviera acostando. Normalmente salíamos a cenar y luego follábamos antes de que se marchase al día siguiente.

Con Titan todavía no había salido.

Cuando la cena estuvo lista, nos sentamos juntos a la mesa de la cocina. Relajada, con una camiseta de algodón y el pelo aún ligeramente húmedo, parecía tan dulce como un gatito. Ya no tenía las defensas levantadas y disfrutaba de las vistas de la ciudad sin mostrarse constantemente evasiva.

Era una persona totalmente diferente.

—¿Por dónde deberíamos empezar con la empresa? —Pinchó un espárrago con el tenedor y se lo metió en la boca—. Nos va a llevar mucho trabajo. Ya sé que los dos tenemos que ocuparnos de nuestras respectivas propiedades, pero vamos a tener que tomarnos un descanso para centrarnos en esto.

—Estoy de acuerdo.

—Deberíamos montar nuestros despachos en el edificio. Empezar ya con el traspaso de poder.

—Sí.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Nos reunimos a primera hora de la mañana todos los días? —preguntó—. ¿A la hora del café?

—¿Y si en vez de eso nos reunimos aquí? —Prefería estar desnudo con ella que tomando café.

Entrecerró los ojos en un intento patético de parecer enfadada. En todo caso, le habría parecido que mi comentario era bonito.

—Tenemos que establecer una presencia allí. Nuestros nuevos empleados tienen que vernos, tienen que estar convencidos de que la empresa no se está hundiendo. Además, podemos follar encima del escritorio. Nos aseguraremos de no poner puertas de cristal. —Frotó la pierna contra la mía de forma provocativa por debajo de la mesa.

Creía que ya me había saciado de ella para el resto de la noche, pero siempre que me tocaba, volvía a encenderme.

—Me parece bien. ¿Qué opina Thorn de esta colaboración? —Seguramente no le habría hecho ninguna gracia. Quería a Titan toda para sí. Ahora yo estaba vinculado a ella legalmente en cierto modo. Sólo era una empresa, pero era algo.

—Al principio dudaba, pero se ha dejado convencer.

El estrecho vínculo que los unía me resultaba obvio hasta cuando no

estaban juntos en la misma sala. Pasaban tiempo con los padres de él como pareja y, aunque no estuviera enamorado de ella, se había tomado la molestia de ir a mi despacho para reclamarla. Se lo contaban todo cuando, por lo demás, Titan estaba decidida a llevar una vida llena de secretismo.

Me molestaba.

¿Qué había hecho Thorn para merecer su confianza incondicional? Ella ya había unido su vida a la de él al aceptar desposarlo por conveniencia en vez de por amor. Yo no me consideraba un gran romántico, pero la idea sonaba deprimente.

—¿Cómo vas a mantener un acuerdo con alguien estando casada con Thorn al mismo tiempo?

Continuó comiendo como si la pregunta no la hubiera perturbado.

—No sé a qué te refieres.

—Me dijiste que mantienes relaciones monógamas con tus parejas. ¿Cómo va a funcionar eso si estás casada?

—Thorn tiene sus propias amantes, así que eso no será un problema. Cada uno hará su vida, como hacemos ahora. No será tan distinto.

¿Dormirían también en habitaciones separadas? ¿Irían allí sus parejas como si fueran compañeros de piso en lugar de marido y mujer?

—¿Y os acostaréis alguna vez?

—Claro. Hay veces en que ninguno de los dos está con otra persona.

Ya me enfadaba cada vez que veía a Thorn con el brazo alrededor de su cintura. Imaginarlos follando me provocó náuseas.

—¿Y si el sexo es malo? —Si nunca se había acostado con él, ¿cómo iba a saberlo?

—Lo dudo. —Se metió otro espárrago en la boca, hablando del sexo con Thorn como si fuera lo más normal del mundo.

Bajo la piel me hervía la sangre. Me dolían las venas de los antebrazos cada vez que apretaba los puños. ¿En qué momento se le había ocurrido que aquello era buena idea? Yo no debería preocuparme porque no iban a casarse al día siguiente. Nuestra relación terminaría mucho antes de que dieran ese paso en su compromiso. Pero, de todas formas, me molestaba.

—¿Vas a tener hijos con él?

—Sí. —Se terminó la comida y clavó la mirada en mí. Escudriñó mi rostro como si me encontrase al otro lado de su escritorio.

Conocía aquella mirada.

—¿Por qué estás haciéndome tantas preguntas, Hunt?

Me esforcé todo lo posible por no apretar la mandíbula.

—Lo siento, nunca había conocido a nadie que haya organizado un matrimonio concertado... —Me resultó imposible que la irritación no me impregnara la voz. Respetaba a aquella mujer, pero no respetaba su decisión.

Titan se puso rígida en la silla, abandonando ya su actitud despreocupada. Hasta sin el vestido y los tacones lograba parecer de algún modo tan formidable como en la oficina. Con el pelo mojado y sin maquillaje, se comportaba como si fuera una reina.

—Hunt, no me gusta que me juzgues. No me conoces, así que no sabes qué es lo que más me conviene.

—Te conozco lo suficiente como para saber que te mereces lo mejor.

Mantuvo su rigidez, pero se le suavizaron los ojos.

—Thorn es lo mejor.

—Si eso crees, me parece que deberías mirar con más atención a tu alrededor. —No estaba hablando de mí mismo, pero sin duda yo era mejor opción que él—. ¿Cómo es posible que pienses que es buena idea? ¿Y si más adelante conoces a alguien y te enamoras?

—Eso no va a pasar.

—Pero ¿y si pasa? —insistí.

Apoyó el mentón en las puntas de los dedos, cambiando de postura para mirarme directamente.

—Créeme, no va a pasar. —Sus ojos verdes no se movieron mientras me contemplaba fijamente. Al no pestañear, parecía estar demostrando su argumento todavía más.

Yo me quedé observándola con la misma intensidad mientras una pregunta me daba vueltas en la cabeza. Sabía que aquello tenía algo que ver con el novio al que había perdido. Tenían una fuerte conexión, era imposible que no la tuvieran. Pero Thorn me había advertido que no le mencionase aquel tema. La reacción tan salvaje que había tenido me había dejado claro que de ese asunto no se podía hablar. Quería insistir para conseguir respuestas, pero no quería hacerle daño a Titan. Así que, en lugar de eso, formulé otra pregunta.

—¿No crees en el amor?

—Claro que creo. Con toda el alma.

Ladeé la cabeza, confuso por la contradicción.

—Creo que existen ciertos tipos de amor. Creo que mi padre me quería hasta el infinito y yo también lo quería a él. Quiero a mis amigos como si

fueran de mi familia y ellos sienten lo mismo. Y quiero a Thorn porque es mi mejor amigo. Son sentimientos innegables. Hay lealtad, confianza y amistad. Pero en el amor romántico... En eso no creo. Creo que se trata simplemente de pasión y lujuria mal interpretadas. Las relaciones no son compatibles porque no tienen más base que el sexo. Y precisamente por eso la mitad de las relaciones acaban en divorcio.

—¿Y qué me dices de las relaciones que se basan en la lealtad, la confianza y la amistad y también en la lujuria y la pasión?

No movió los ojos, que permanecieron clavados en los míos.

—¿En esas no crees?

—Nunca he visto una relación así.

Intenté no tomarme el comentario como algo personal. Desde el principio me había dejado claro lo que implicaría aquella relación. De todos modos, yo no estaba buscando nada, así que no debería importarme.

—¿Tú te imaginas casado? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Y con niños?

—Tampoco lo sé. —Nunca me había planteado la posibilidad. Todavía tenía que encontrar a una mujer que me quisiera por quien yo era, no por mi riqueza o por el sexo. Para ellas yo no era más que un mero punto de paso. Podrían presumir delante de sus amigas de haberse acostado conmigo. Era un trofeo, un logro que podrían poner en la repisa.

—Bueno, pues yo quiero una familia. Quiero tener a alguien a quien traspasarle mi legado llegado el momento. Y para hacer eso, necesito un compañero en quien pueda confiar. Con Thorn tendré una vida larga y feliz.

—Un acuerdo de negocios, querrás decir. —Estaba tirando de la cuerda y lo sabía. En lugar de dejar el tema, seguía insistiendo. Si se tratara de otra persona, no podría importarme menos, pero con ella no podía morderme la lengua, no cuando estaba tan tajantemente en desacuerdo con ella.

—Llámalo como quieras. —Cogió el plato vacío y volvió a la cocina.

Sabía que había arruinado una noche perfecta al no haber cedido. Probablemente nos habríamos sentado juntos en el sofá y habríamos visto el partido, pero, en cambio, la había ahuyentado. Se había sentido cómoda conmigo de forma natural, pero ahora me había cargado aquel acuerdo.

Volvió al comedor y recogió mi plato.

—Deberías marcharte ya, Hunt. Tengo que levantarme temprano.

La guillotina cayó y me rebanó el cuello, separándome la cabeza del

cuerpo. Me acababa de echar, ya harta de mis tonterías.

Podía disculparme y dar marcha atrás, pero no serían más que palabras vacías. No las diría de corazón y ella lo sabría.

Me acompañó hasta la puerta sin rozarme con las manos en ningún momento porque no quería tocarme. Mostraba su expresión fría e indiferente, cerrándose a mí como si fuera su enemigo en vez de un aliado.

Podía dejar que aquello se calmara por sí solo porque sabía que se arreglaría en un tiempo, pero no quería hacer eso. Las puertas del ascensor se abrieron, pero no entré.

—Tienes razón, te estoy juzgando.

Cruzó los brazos sobre el pecho y la camiseta de algodón se ciñó a sus pechos desnudos. Su expresión pétrea se iba ablandando poco a poco, se iba convirtiendo en la mujer a la que había llegado a conocer.

—A decir verdad... no estoy seguro de por qué me molesta tanto.

Apoyó el peso de su cuerpo en una pierna con los pies descalzos sobre el suelo.

—Supongo que simplemente me comporto de forma protectora contigo.

—Nunca había llegado tan lejos con nadie. Siempre me aseguraba de que las mujeres que se quedaban a dormir volvieran a su casa. Apoyaba a Brett cuando me necesitaba, pero nunca había lanzado una red sobre nadie como hacía con Titan. La tenía rodeada por todas partes, echando a cualquiera que la cruzara. Había renunciado a una empresa de mil millones de dólares sólo porque el propietario le había faltado al respeto. Titan había demostrado que era perfectamente capaz, pero sentía la necesidad de cuidarla. Aunque, en realidad, era como si un león cuidase de un tigre: totalmente innecesario.

Hubo algo en mis palabras que hizo que sus ojos se suavizaran, como si fueran pétalos de rosas aflojándose. Aflojó los brazos alrededor de su cuerpo; el afecto que transmitía su mirada era innegable. Había retirado su frío veneno, dando paso a su hermosa calma.

—Eso es muy bonito, Hunt, pero no necesito que nadie sea protector conmigo.

—No puedo evitarlo —susurré—. Sospecho que eso no va a cambiar. De hecho, probablemente empeore ahora que vamos a trabajar juntos.

Sonrió.

—No es tan malo. Sé que yo también seré protectora contigo. —Se puso de puntillas, se agarró a mis bíceps y me dio un beso en la mejilla.

Fue un contacto propio de una adolescente, como si fuera una

muchachita besando a un chico en su primera cita, pero también fue cálido, sus labios húmedos rozándome la piel. Me encantó el modo en que se aferró a mis brazos para mantener el equilibrio mientras se impulsaba hacia arriba para ponerse de puntillas.

—Nunca nadie ha sido protector conmigo —susurré.

Frotó la nariz contra la mía.

—Hay una primera vez para todo, ¿no?

—Sí... Supongo que tienes razón.

Titan

Isa paseaba en bañador y tacones. Unas gafas de sol gruesas le cubrían los ojos y daba sorbos al margarita con una sombrilla rosa dentro del vaso.

—¿Dónde se ha metido tu hombre?

—No lo sé. —Yo descansaba en una tumbona mientras el resto de mis amigos nadaban en la piscina. Teníamos vistas a la playa y las olas azotaban la orilla con delicadeza bajo el sol abrasador. Yo llevaba un bikini negro y crema de sol en cada centímetro de mi cuerpo, hasta en los párpados—. Seguro que viene dentro de poco.

—¿Va a traer a algún amigo? —preguntó Isa.

—Más le vale no hacerlo. —Si quería formar parte de mi mundo, tenía que aprender a guardar un secreto.

Thorn salió de la casa con un bañador negro. Traía un plato con filetes de hamburguesa y lo llevó hasta la barbacoa. Tenía el pelo de color claro lacio sobre la cabeza porque había pasado todo el día en la piscina. El agua le goteaba por el cuerpo, duro como una piedra, y caía al suelo.

—¿Quién tiene hambre?

—¡Yo! —Todo el mundo levantó la mano.

—¿Quién quiere carne y quién quiere mierda procesada? —preguntó Thorn.

Pilar levantó la mano.

—Para mí mierda procesada, por favor.

—Para mí también. —A mí no me parecía que las hamburguesas de alubias negras fueran una mierda, pero a Thorn le encantaba cargarse la dieta cuando estaba de vacaciones, y no es que yo lo respetase menos por ello. Cuando estábamos en Nueva York, se dedicaba a los negocios en cuerpo y alma, pero cuando íbamos de viaje por el mundo sólo quería disfrutar de las delicias de la vida.

Thorn sacudió la cabeza.

—Esperaba más de ti, Titan.

Me quité las gafas para poder mirarlo.

—Entonces no me conoces muy bien.

—¿Eso es un helicóptero? —Pilar se cubrió los ojos con la mano mientras alzaba la vista al cielo. Estaba sentada en un flotador rosa en la piscina. El pelo empezó a agitarse con más fuerza por el viento que levantaban las hélices—. Está aterrizando en tu propiedad, Titan.

Yo me levanté de la tumbona y caminé hasta el borde de la piscina. Efectivamente, un helicóptero negro estaba aterrizando en el verde césped que había junto a la casa. Poseía un gran terreno porque quería estar alejada de todo el mundo para preservar mi intimidad. El vecino más próximo estaba a quince kilómetros de distancia. Vi el logotipo que había en un lado del aparato.

Hunt Industries.

Sólo podía tratarse de una persona.

—Pues parece que mi hombre acaba de llegar.

—Con estilo —dijo Pilar—. ¿Sabe pilotar un helicóptero?

—Quiero tus sobras cuando acabes con él —dijo Isa.

Sentí una punzada de celos, pero no tenía ni idea de dónde había salido. Atravesé la zona de la piscina hasta el camino de piedra que cruzaba el césped. El motor se apagó y los propulsores se detuvieron.

Hunt abrió la puerta y salió. Llevaba vaqueros, una camiseta negra y unas gafas de aviador. El papel le iba a la perfección.

—¿Te importa que aparque aquí?

—Para nada.

Se quitó el casco y lo dejó en el asiento del pasajero. Caminó hacia mí sonriendo como un niño enamorado de su juguete. Cuando llegó donde me encontraba, me rodeó con los brazos y me besó en la boca con pasión, hundiéndome las puntas de los dedos en la piel. Me levantó del suelo y sus brazos musculados no flaquearon ni un instante mientras me sostenía a unos centímetros del suelo.

Menudo beso.

Se metió mi labio inferior en la boca antes de volver a dejarme en el suelo.

—Tienes una casa muy bonita.

—Gracias. Tú tienes un helicóptero muy bonito.

—Gracias. Puedo darte una vuelta un día si te apetece.

—¿Si me apetece? —pregunté—. Me encantaría.

Cogió su bolsa de los asientos delanteros y se la colgó en el hombro. Me

dio la mano y me llevó de vuelta a la piscina, desde donde nos contemplaban todos. Hasta Thorn había dejado de preparar las hamburguesas sólo para mirarnos.

Cuando Hunt llegó a la piscina, levantó la mano a modo de saludo.

—Chicas.

—Hola, Hunt. —Pilar agitó la mano luciendo una amplia sonrisa.

Isa se le quedó mirando el culo sin vergüenza alguna cuando pasó a su lado.

Yo contuve mis celos por segunda vez.

Hunt se aproximó a Thorn y su sonrisa desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Thorn hizo exactamente lo mismo.

Se palpaba la tensión, como si fueran dos animales salvajes luchando por el mismo territorio. Los dos se miraron a los ojos, un desafío silencioso entre dos machos dominantes. Yo no entendía cuál era la raíz de aquel conflicto. No había ningún motivo para que hubiera algún problema entre ellos. Era Thorn quien me había animado a apostar por aquella relación desde un principio.

Hunt fue el primero en extender la mano.

—Las hamburguesas huelen muy bien.

Thorn le estrechó la mano.

—¿Quieres una?

—Sin duda. —Hunt asintió antes de entrar en la casa conmigo—. Bueno, ¿cuál es nuestra habitación? —Eché una ojeada al enorme salón, observando los muebles blancos y los suelos de color gris. Estaba decorado con estilo marítimo, un hogar lejos de casa.

—Por aquí. —Lo guie por el pasillo hacia uno de los dormitorios más grandes. Tenía un baño privado y era un poco más amplio que todos los demás, pero sabía que Hunt estaba acostumbrado a lo mejor. Al fin y al cabo, se había presentado allí en helicóptero.

Dejó la bolsa y echó un vistazo a su alrededor.

—¿Te gusta?

—¿Esta es tu habitación?

—No. Yo estoy en el dormitorio principal, en este mismo pasillo. —Las puertas dobles eran ventanales que daban a un balcón con vistas a la piscina. Había unas vistas preciosas por la mañana cuando las olas estaban en calma absoluta.

—¿Con Thorn? —preguntó.

—No. —Imaginaba que cabía esperar que hiciera un montón de preguntas sobre Thorn de ahora en adelante—. No dormimos juntos.

—Creía que este fin de semana vendría aquí como amante.

Cerré la puerta del dormitorio para asegurarme de que nadie nos oyese. Todos estaban fuera disfrutando del espléndido sol, pero podrían entrar para usar el baño.

—Y así es.

—Entonces, ¿no crees que deberíamos estar en la misma habitación? —Se metió las manos en los bolsillos; sus brazos definidos se veían musculosos con la camiseta de algodón. Tenía el cuello de pico, dejando a la vista la musculada parte superior de su pecho. Todavía llevaba las gafas de sol en el puente de la nariz, así que no podía verle los ojos.

—Yo no duermo con nadie. Ya te lo dije.

—Pues creo que es buen momento para hacer una excepción. —Nunca me presionaba para hacer algo que yo no quisiera hacer, pero con aquello estaba insistiendo mucho—. No quiero follarte y luego tener que cruzar el pasillo para volver a mi habitación.

—Mi habitación está justo en la puerta de al lado.

Hunt apretó la mandíbula antes de quitarse las gafas de la nariz. Se las colgó del cuello de la camiseta, dejando al descubierto una mirada llena de irritación. No estaba acostumbrado a no conseguir lo que quería, pero conmigo nunca se saldría con la suya.

—Sigo pensando que es un gasto tonto de espacio.

—Me da igual lo que pienses —dije con frialdad—. Es así y punto.

—Dos semanas —lo dijo tan bajo que apenas pude oír sus palabras.

—¿Disculpa?

—Faltan dos semanas para que me toque a mí estar al mando. Y te prometo que todo será distinto. —Se quitó el reloj y lo puso en la mesilla—. Deja que me cambie y ahora salgo.

Yo permanecí de pie frente a él con estoicismo, pero el corazón me palpitaba en el pecho a mil por hora. No había pensado en el día en que todo cambiaría, cuando Hunt me dominaría durante seis semanas. Lo había relegado al fondo de mi mente porque no quería pensar en ello, pero se iba acercando. Me había parecido algo muy lejano, pero ya estaba muy próximo.

Estaba muy cerca.

* * *

Nos quedamos sentados alrededor de la fogata hasta bien entrada la noche. Habían sobrado hamburguesas del mediodía, así que todos comíamos y tostábamos nubes de gominola sobre el fuego. Hunt estaba en bañador y no llevaba camiseta, y mis amigas no apartaban la mirada de él.

No podía culparlas.

Hunt esparció la nube recién tostada sobre una galleta crujiente junto con un trozo de chocolate.

—¿Quieres compartirlo conmigo?

—Claro.

Levantó la galleta y la dirigió hacia mi boca.

Con los ojos clavados en los suyos, di un pequeño mordisco. Me eché hacia atrás y un hilillo de nube se quedó colgando entre mi boca y el resto del dulce. Me recordó a la noche anterior, cuando el semen de Hunt se había quedado pegado entre su glande y mi lengua. Continué alejándome hasta que al final se partió en dos.

Él se quedó mirándome la boca, viendo cómo me pasaba la lengua por el labio de abajo para limpiar el dulce blanco que se había adherido a mi boca. Tenía también una mancha de chocolate en la comisura de los labios. Hunt me puso una mano en la nuca y se inclinó para besarme. Su boca devoró los restos del dulce de la mía, y el beso se volvió más profundo a medida que introducía más la lengua en mí. Ahondó más, explorando, y el beso se volvió demasiado erótico para estar en presencia de más gente, pero aquello no nos detuvo. Hunt me besaba como si le importara un comino quién pudiera estar viéndonos.

Al final se apartó mirándome a los ojos mientras se lamía los labios.

Ahora me moría de ganas de ir a la cama.

Sujeté lo que quedaba del dulce y se lo ofrecí, colocándoselo en la boca hasta que cogió el pedazo entero. Masticó con lentitud mientras me miraba y, cuando tragó, me limpió con la lengua el chocolate que había quedado en las yemas de mis dedos.

—Joder, necesito un novio —dijo Pilar mientras se disculpaba y sacaba otra cerveza de la nevera.

Thorn tenía el brazo alrededor de la modelo a la que había llevado a pasar el fin de semana: Milania. No hablaba mucho inglés pero, teniendo en cuenta el alcance de su relación, la barrera del idioma no era un problema.

Hunt sonrió al oír las palabras de Pilar antes de chuparse los dedos para limpiarse el chocolate.

—Voy a darme una ducha rápida. Vuelvo en quince minutos. —Me dio un beso en la mejilla justo cuando yo le daba un beso en la otra antes de que se levantara. Volvió a la casa y me fijé en lo increíblemente prieto que tenía el trasero dentro de aquel bañador.

Una vez que se hubo ido, Isa soltó lo que estaba pensando.

—Madre mía, qué bueno está.

—Lo sé —dije con un suspiro feliz—. Y lo que acabas de ver no es nada.

Pilar hizo un puchero lastimero con los labios.

—Yo quiero a un hombre así. Cada vez que conozco a un tío, acaba siendo un niñato o un promiscuo.

—Eh —dijo Thorn a la defensiva—. No tiene nada de malo ser promiscuo.

—Hunt también lo es —le recordé—. No es distinto para nada.

—No sé yo —dijo Isa—. Parece que le gustas.

—Porque me estoy acostando con él —dije. Conmigo disfrutaba de un sexo fantástico de forma regular. Más le valía que le gustase.

—Creo que es más que eso —dijo Isa—. No hay más que ver cómo te mira...

—Sí que te mira con mucha atención —dijo Pilar—. Hoy tenía delante una piscina llena de tías buenas pero ni siquiera nos ha dirigido una mirada a ninguna.

—Porque es discreto, nada más. —Ocultaba muy bien sus deseos y sus pasiones en aquellos ojos. Cuando nos habíamos conocido, yo había sido incapaz de interpretar su expresión. De hecho, parecía que estaba enfadado todo el tiempo.

—Lo que tú digas —dijo Isa.

Las chicas se separaron y se metieron juntas en el *jacuzzi*, sosteniendo cada una su cerveza mientras los chorros creaban burbujas. Milania se unió a ellas, dejándonos a Thorn y a mí a solas. Nos quedamos sentados en silencio hasta que yo hablé.

—Milania es simpática.

—No está mal. —Decía lo que pensaba siempre que estábamos los dos solos, comportándose con absoluta transparencia. Cuando había más gente mostraba siempre su lado diplomático—. Guapa y con experiencia, pero

habla demasiado.

—Pero si no habla inglés.

—Precisamente por eso resulta molesto.

Me reí por lo bajo para que nadie pudiera oírnos.

—¿Se va a quedar Hunt hasta el domingo?

—Sí. ¿Por?

Se encogió de hombros.

Thorn no me miraba a los ojos; aquella falta de intimidad no era habitual en él.

—¿Por qué tengo la impresión de que no te cae bien?

—En ningún momento he dicho eso.

—Bueno, ¿te cae bien?

Sonrió.

—No.

—¿Por qué no?

—Sencillamente porque creo que es un imbécil arrogante, nada más.

—¿Y acaso tú no lo eres? —quise saber.

Volvió a sonreír.

—A lo mejor es que os parecéis demasiado.

—Es que no me fío de él.

—Hace unas semanas sí. Fuiste tú el que me animó a estar con él.

—Pero eso era antes..

—¿Antes de qué? —le presioné.

Dio un trago largo a la cerveza.

—De nada.

—Thorn. —Tenía que sacarle la información con cuentagotas porque se resistía constantemente.

—Creo que tiene otras intenciones contigo.

—¿Eso qué significa? —¿Acaso creía que Hunt estaba intentando estafarme? Todas mis experiencias con él habían sido positivas. Nunca me había dado ningún motivo para desconfiar de él. De hecho, había demostrado lo leal que era en un mundo de canallas—. ¿Qué clase de intenciones?

—Creo que para él esto no es solamente un acuerdo. Creo que quiere hacerte suya.

—¿En un sentido romántico?

Thorn asintió.

Yo me fiaba de todo lo que decía Thorn porque él veía el mundo con los

ojos bien abiertos. Tenía una capacidad de juicio espectacular. Se había convertido en uno de los empresarios de mayor éxito del mundo porque era excepcional en lo que hacía.

—¿Por qué crees eso?

—Por lo que ha dicho Pilar... La forma en que te mira, la forma en que habla de ti.

—¿Cuándo lo has oído hablar de mí?

Thorn eludió la pregunta.

—Ese tío rechazó una oferta magnífica porque Bruce hizo un par de comentarios imbéciles. Hunt podría haber cerrado el acuerdo y no haberle contado nunca a nadie lo que pasó en aquella sala de conferencias, pero empezó una guerra... por ti. Los hombres no van a la guerra a menos que estén luchando por algo sin lo que no pueden vivir, como su chica.

—Hunt no me considera su chica.

Thorn giró la cara hacia mí y el fuego resaltó su perfil.

—¿Estás completamente segura de eso?

—Sí.

—Pues tienes que volver a pensarlo, Titan.

Le confiaría a Thorn mi propia vida, así que también debería confiar en él con respecto a ese tema.

—Se lo preguntaré.

Volvió la vista hacia el fuego de nuevo, observando cómo bailaba con sus ojos azul cristalino.

—Y en caso de que mis sospechas sean acertadas... ¿qué le dirás?

—¿Qué quieres decir?

Se frotó las palmas entre sí, mirándose las manos al deslizar la una sobre la otra.

—¿Para ti esto es más que un acuerdo? Como futuro marido tuyo, me gustaría saber si algo ha cambiado en nuestro compromiso.

Ahora que conocía el origen de la intranquilidad de Thorn, sonreí.

—¿Estás celoso, Thorn Cutler?

Él también sonrió y se encogió de hombros.

—Estoy más preocupado que celoso. Hace mucho tiempo que tú y yo llegamos a este acuerdo y las cosas cambian...

—No ha cambiado nada, Thorn. Hunt me gusta mucho... Me encanta todo de él. Admito que siento por él algo distinto que por los demás. De hecho, me alegra que vaya a seguir viéndolo cuando acabe nuestro acuerdo.

Quiero que forme parte de mi vida... Quiero que sea mi amigo. Pero no, no hay nada más que eso.

Thorn asintió.

—Esas son las palabras tranquilizadoras que necesitaba. Pero, de todas formas, deberías hablar con él para asegurarte de que estéis los dos de acuerdo.

Aunque Hunt decía cosas bonitas y tenía detalles conmigo, no creía que su afecto llegase más allá, pero no tenía nada de malo preguntar. No sería la primera vez que me equivocaba en algo.

* * *

Enterré los dedos en su pelo mientras nos movíamos al compás en la cama. Él estaba hundido en mí hasta el fondo, sosteniendo su cuerpo musculado sobre el mío. Yo tenía los tobillos entrelazados alrededor de su cintura y, a diferencia de cuando estábamos en casa, los dos nos esforzábamos al máximo por guardar silencio.

Sobre todo para no poner celosos a todos los demás por el maravilloso polvo que estábamos echando.

Hice que me penetrara durante casi treinta minutos seguidos, obligándolo a contemplar cómo me corría una y otra vez. Cada vez que parecía a punto de llegar al orgasmo, le daba un bofetón en la cara. Eso lo detenía por un momento, pero también le provocaba más excitación.

Yo estaba a punto de llegar al éxtasis por tercera vez, y aquel orgasmo parecía de algún modo más intenso que los dos anteriores. Le pasé los dedos desde la cabeza hasta su musculosa espalda, sintiendo cómo cambiaban de forma cada uno de los músculos mientras él arqueaba la espalda y embestía con las caderas, hundiéndose más en mí. Su firme mandíbula estaba bloqueada en una sensual mueca, ansioso por llenarme con toda la semilla que estaba desesperado por liberar.

—Estoy a punto de correrme...

Se frotó contra mí con más energía, golpeándome las nalgas con los testículos.

—Ya lo sé, pequeña.

Fui rozándole la espalda con las uñas hasta llegar al culo y me aferré a aquellos potentes músculos con fuerza.

—Córrete conmigo.

Gruñó contra mi boca y el cuerpo le tembló de alivio ahora que había obtenido mi permiso.

—Ya casi estoy... —Respiré junto a su boca y nuestros labios se rozaron, intercambiando besos y jadeos acalorados. Cerré los ojos cuando noté tensarse toda la parte inferior de mi cuerpo. Estrujé su erección como un bombero apretaba una manguera—. Joder... ya llega.

Sus últimos empujones fueron agresivos, estampando el cabecero contra la pared. Respiró hondo y aguantó justo antes de correrse. Entonces un gemido airado escapó de sus labios y la vena de la frente se le hinchó protuberante mientras eyaculaba. Llenó mi sexo empapado con toda su semilla y, cuando hubo terminado, siguió balanceándose lentamente dentro de mí mientras los fluidos provocados por nuestra excitación seguían moviéndose juntos.

—Joder...

Le pasé las manos por el pelo y lo besé con un afecto tierno y usando la lengua. Me complacía de maravilla, me hacía correrme con más placer que ningún otro hombre.

—Ha sido espectacular...

—Tú me haces espectacular, jefa.

—Hacer que una mujer se corra tantas veces no es tarea fácil... Sabes bien lo que haces.

—Me alegra poder usar toda mi experiencia contigo. —Me dio unos cuantos besos más antes de salir de mi interior mostrando su sexo blando, que era impresionante de todos modos.

Me encantaba irme a dormir cuando seguía llena de él, todavía unida a él de algún modo.

Se dio la vuelta y se tumbó a mi lado, y me fijé en lo sólidos que eran sus pectorales, brillantes por el sudor. El pecho le subía y le bajaba despacio y se puso un brazo detrás de la cabeza. Se quedó mirando el techo con el pelo completamente alborotado por mis dedos.

Me giré y subí los dedos por su cuerpo, recorriendo los duros abdominales, justo encima de sus caderas. Palpé cada surco, pensando en las rocas del lecho de un río. Su piel bronceada era preciosa, inmaculada. Los músculos le tensaban la piel en los lugares idóneos. Llenaba la ropa a la perfección, y desnudo estaba todavía mejor.

Le puse un brazo en la cintura y apoyé la cara en su hombro, percibiendo el olor de las fragancias de ambos entremezcladas. Era una

combinación de vainilla, sudor y su perfume todo en uno: un sexo maravilloso.

Él apoyó el brazo sobre el mío y movió la cara ligeramente hacia mí.

—¿Lo notas dentro?

—Sí.

Su gemido fue tan suave que apenas pude oírlo.

—¿Eso te excita? —pregunté.

Respondió al instante.

—Sí.

—A mí también.

—Nunca me había acostado con una mujer sin usar condón, así que para mí es una novedad.

Me vinieron a la mente un montón de pensamientos al oír sus palabras. Nunca le había preguntado sobre su vida amorosa. No me había preocupado por las mujeres que me habían precedido ni por las que ocuparían mi lugar cuando yo ya no estuviera con él. Pero ahora sentía una sensación de calidez entre las piernas... y no a causa de su semilla.

—¿Ni una vez?

—No.

—¿Ni siquiera cuando perdiste la virginidad?

—No.

Me incorporé para apoyarme en el brazo y lo miré desde arriba.

—Me sorprende.

—No es tan extraño. —Me observó mientras deslizaba los dedos por mi pelo—. A muchas mujeres les encantaría que las dejara embarazadas para obligarme a quedarme con ellas. Sería una forma perfecta de tener acceso a mis riquezas. Así que nunca me fío de las mujeres, ni siquiera aunque me digan que están tomando la píldora.

—Entonces, ¿por qué te fiaste de mí?

—Porque eres Tatum Titan. —Me pasó los dedos por el cuello—. No me necesitas para nada.

Contemplé sus ojos oscuros, que me recordaron a un café calentito un día de invierno. Me encantaba cómo se iluminaban cuando estaba fuera, bajo la luz directa del sol. Se le ponían de un color avellana, un tono más claro que lo hacía parecer más dulce. En la oscuridad o cuando estaba de mal humor, adquirían el color de los granos del café: oscuros y rugosos.

—¿Y qué te parece?

—Pequeña, no hay nada que se le pueda comparar.

Me había fijado en que había empezado a llamarme pequeña con frecuencia. Yo odiaba los apodosos porque eran sexistas e irritantes, pero aquel término cariñoso me resultaba agradable al oído. Me hacía sentir apreciada, deseada. Si lo hubiera dicho cualquier otra persona, le habría pedido que dejara de usarlo, pero en ningún momento le había dicho a Hunt que parase.

Aquellos pensamientos me recordaron las palabras de Thorn.

—Hay una cosa que me gustaría preguntarte.

—Adelante.

—Como somos sinceros con el otro, sé que me dirás la verdad.

Sonrió antes de incorporarse, apoyándose sobre un brazo y adoptando la misma postura que tenía yo. Giró el cuerpo hacia mí.

—Esto va a ser bueno.

—Thorn cree que consideras esto más que un simple acuerdo... que me consideras más que una pareja temporal. ¿Es así?

Su expresión no se alteró en absoluto. Sus ojos seguían siendo exactamente del mismo color moca y en sus labios seguía dibujada una ligera sonrisa. Con la misma confianza con la que iba al trabajo a diario, me sostuvo la mirada.

—¿Y tú qué es lo que crees, Titan?

Ladeé la cabeza al oír la pregunta, sorprendida de que hubiera respondido mi pregunta con otra propia.

—¿Y eso qué importa?

—Importa porque quiero saber si de verdad eres tú la que me pregunta. Si este tema es algo que te preocupa a ti o si es algo que le preocupa a él. ¿Con quién estoy hablando ahora mismo?

Aquellas simples palabras me indicaron que Thorn le caía tan mal como él a Thorn. Los dos hombres de mi vida no se gustaban... de hecho, se despreciaban. Thorn nunca había tenido ningún problema con los otros hombres a los que me había llevado a la cama. Y a mí nunca me habían caído mal sus chicas, aunque a veces resultaban un poco pesadas.

—Estás hablando conmigo... pero fue él el que sacó el tema.

—Parece celoso.

—No lo está.

—Los dos sabemos que no le caigo bien.

Hunt era mucho más observador de lo que yo había pensado. Se comportaba tan bien cuando estaba con Thorn que no pude evitar respetarlo

aún más.

—Sólo es un poco paranoico.

—¿Paranoico con qué?

La respuesta era complicada, pero como Hunt conocía la historia, lo entendería.

—Con que vayas a separarme de él.

—Si está tan preocupado por eso, a lo mejor debería darte más. Trátarte mejor.

—No quiero tener una relación con él. Lo quiero hasta el infinito... pero no lo veo de ese modo.

—A lo mejor él a ti sí. —Seguía conservando la misma expresión, a pesar de que había conseguido cambiar las tornas y hacerme dudar de Thorn, cuando se suponía que tenía que cuestionarlo a él—. Pero sabe que tú no sientes lo mismo.

—No sé... A mí no me lo parece.

Hunt por fin apartó la mirada.

—Ya tienes algo en lo que pensar.

* * *

Recogimos todas nuestras cosas, hicimos las maletas y nos dispusimos a dejar mi casa de Rhode Island. El chófer de Thorn iba a llevarnos a los dos de vuelta a Nueva York mientras que todos los demás volverían en sus propios coches.

Y Hunt cogió su helicóptero.

—¿Y si te llevo volando a casa? —preguntó Hunt mientras se echaba la bolsa al hombro.

—¿En el helicóptero? —pregunté sorprendida.

—Sí. El vuelo sólo dura treinta minutos.

—No es la duración lo que me preocupa.

—Vamos, es muy bonito. A menos que no te fíes de mí.

Me fiaba de aquel hombre más que de un piloto comercial. Nos llevaría hasta allí sanos y salvos.

—¿Y mi equipaje?

—Hay sitio de sobra.

No pude contener una sonrisa al imaginarme en el cielo a tanta altura volando sobre la costa de vuelta a la ciudad. Podría ver los rascacielos mucho

antes de estar cerca de ellos. Volar siempre me había resultado estimulante. A algunas personas les aterrorizaba estar en el aire y preferían tener los pies bien pegados al suelo, pero a mí me sucedía lo contrario.

Yo prefería el cielo.

—Suenas divertido.

Hunt mostró su entusiasmo atrayéndome hacia sí para darme un beso agresivo en la boca. Se aferró a mi blusa por la parte baja de la espalda, arrugando la tela mientras respiraba con fuerza contra mi boca. Cuando se apartó, lucía una sonrisa muy atractiva.

—Pues preparémonos para el despegue.

Nos despedimos de todo el mundo y el personal se quedó ocupándose del lío que habíamos armado. Thorn no parecía muy contento con la idea de que me metiera en un helicóptero, pero no me cuestionó delante de todo el mundo.

Después de asegurar nuestro equipaje en la parte de atrás, nos pusimos los cascos y Hunt habló con alguien a través del micrófono. Les dio algunos códigos antes de agarrar la palanca de cambios y elevar el helicóptero en el aire.

—Dios mío. —Me sujeté a la puerta mientras miraba hacia abajo para ver mi casa, que se volvía cada vez más pequeña—. Mi casa parece diminuta.

Con las gafas de aviador y aquel grueso casco, tenía un aspecto increíblemente atractivo. El sol relucía sobre su rostro y parecía un hombre que seguía teniendo el espíritu de un niño. Era un piloto llevando una maravillosa pieza de ingeniería al cielo.

Lo contemplé con una sonrisa en la cara, encantada de ver a Hunt tan emocionado.

Costaba saber hacia dónde estaba mirando con aquellas gafas, pero debía de tener los ojos puestos en mí, porque preguntó:

—¿Qué?

—¿Qué? —repetí yo.

—¿Por qué me mirabas?

—Porque eres mono.

—¿Mono? —preguntó frunciendo el ceño—. Soy un hombre y los hombres no son monos.

—Vale, porque eres sexi.

Dirigió el helicóptero hacia el noroeste.

—Eso está mejor.

—Bueno... ¿Alguna vez te han hecho una mamada durante un vuelo?

—No mientras estoy pilotando —dijo—. Y, a pesar de lo mucho que disfrutaría de una en este momento, voy a tener que rechazar tu oferta.

—¿Por qué?

—Demasiado peligroso.

—Un hombre preocupado por la seguridad. Me gusta.

Volamos casi todo el camino en silencio, embebiéndonos de las maravillosas vistas que había bajo las nubes. Las hélices hacían tanto ruido que sólo podíamos hablar entre nosotros a través del sistema de intercomunicación de los cascos. Era un poco raro hablar así, pero me acostumbré después de las primeras frases.

Cuando llegamos a Nueva York, fue un regalo aún mayor. El sol empezaba a ponerse y la luz era una delicia. No era muy distinta de lo que veía por las ventanas de mi ático, pero a aquella altura la ciudad parecía pequeña.

—Es lo más bonito que he visto nunca.

Volvió la cabeza hacia mí.

—Sí.

—Me mudé aquí cuando tenía quince años. —Recordaba el día en que mi padre se había trasladado después de que lo despidieran de su trabajo—. Crecí en una ciudad pequeña de Nueva Jersey. Mi padre era pintor y cuando perdió el trabajo tuvo que mudarse aquí para buscar otra cosa. El dinero siempre era un problema porque tenía que buscar trabajo constantemente. Cuando trabajó para una empresa más grande, nunca ganaba suficiente dinero. —No sabía por qué estaba contándole aquello. Era algo personal y aburrido, pero mi boca continuó—: Cuando fui lo bastante mayor para trabajar, empecé a ayudar. Eso hizo que todo fuera mucho más fácil para mi padre, pero después enfermó... y no hubo nada que yo pudiera hacer. —Cuando pensaba en los últimos seis meses de vida de mi padre, se me rompía el corazón, pero intenté no pensar en ello demasiado, porque si lo hacía, empezaría a llorar—. Quería ser rica porque quería cuidar de mi padre. Él me cuidó a mí cuando mi madre dejó claro lo fácil que era largarse sin más. Se quedó a mi lado y me dio la mejor vida que pudo. Ojalá pudiera verme ahora... para que viese lo que he conseguido.

—¿Y quién dice que no te está viendo en este momento?

Volví la cabeza hacia él y vi la mirada de afecto en sus ojos. Ya no llevaba puestas las gafas de sol, por lo que podía ver perfectamente su

expresión. Su sonrisa era alentadora, pero sus ojos revelaban una comprensión desconsolada.

—Estoy seguro de que se siente orgulloso de ti, Titan. Yo te conozco sólo desde hace unos meses y ya lo estoy.

—¿Sí? —susurré.

—Si alguna vez tengo una hija, espero que sea igual que tú.

—¿Por qué?

—No toleras insultos de nadie y así es como me gustaría que fuera mi hija. Querría que supiera lo que vale, como tú. Que no le diera miedo darle una patada en los huevos a un hombre si la tocara sin su permiso. Que le hiciera pagar su estupidez a todo aquel que le faltara al respeto.

Nadie me elogiaba nunca como lo hacía Hunt. A la mayoría de la gente le interesaba saber cómo había empezado mi negocio, dónde había aprendido todos mis secretos. Querían hacerse con mi manual de estrategias y usarlo en su beneficio. Hunt era la primera persona que me hacía cumplidos por mi carácter, no por mi éxito. Era un cambio agradable.

—Creo que nunca nadie me ha dicho algo tan bonito.

—Podría decirse que me caes bien. Yo no hago negocios con cualquiera, así que supongo que eso está claro.

—Tú también me caes bien, Hunt.

—¿Quieres que tu hijo sea como yo? —bromeó.

Yo no pensaba mucho en mis hijos ni en cómo serían. Lo único que sabía era que quería tenerlos. Pero al imaginarme a Hunt de pequeño, sonreí. Tenía que haber sido adorable.

—No sería lo peor del mundo.

* * *

Brett Maxwell me llamó mientras estaba en la oficina.

—Hola, Brett —dije escribiendo un correo al mismo tiempo—. ¿Cómo estás?

—De maravilla. Te llamaba para ver si podía pasarme en unos minutos. Ya tengo editado el anuncio final.

No me importaba demasiado porque podía verlo por la televisión cuando lo retransmitieran, pero como se lo veía tan emocionado, acepté.

—Claro. Le diré a Jessica que vas a venir.

—Pues ahora nos vemos.

Justo cuando colgó recibí una llamada de Hunt.

—Hola, señor Hunt —dije con voz profesional y estirada—. ¿En qué puedo ayudar hoy a mi socio?

—Podrías empezar hablándome así mientras te follo.

Siempre empezaba con comentarios vulgares de primeras.

—No suena nada mal. Ahora me arrepiento de no haber puesto otras puertas... —Le ordenaría que se presentara allí en el descanso de la comida si pudiera. Me follaría sobre el escritorio y se marcharía inmediatamente después. Su semen permanecería dentro de mi cuerpo hasta que llegara a casa y me diera una ducha.

—¿Sabes que existen personas a las que puedes contratar para que se encarguen de eso?

—No quiero que resulte evidente.

—¿Desde cuándo le importa a Tatum Titan lo que piensen sus cuatro ayudantes? —preguntó—. Puedo ir yo allí y cambiarte las puertas ahora mismo.

—¿Con pantalones ajustados y un cinturón con herramientas?

—Lo que tú quieras, pequeña.

—¿Y sin camiseta?

—Desde luego.

—Mmm... Suena bien.

—Y ¿sabes qué? Lo haré gratis.

—Tenía la esperanza de que quisieras otro tipo de compensación...

Permaneció en silencio, pero podía sentir su respiración agitada a través del teléfono. Probablemente estaría agarrando con fuerza el bolígrafo y tendría una erección furiosa en los pantalones.

—Tienes suerte de que todavía te queden dos semanas...

—¿Por qué? —Estaba empezando a jugar sucio. Tiré el dado sin importarme si ganaba o perdía—. ¿Qué harías ahora mismo si estuvieras tú al mando?

Otro silencio cargado de significado. Lo más seguro era que estuviese apretando la mandíbula en ese mismo instante, rechinando los dientes.

—Hay un Four Seasons enfrente de mi edificio. Reservaría una habitación, te obligaría a reunirme allí conmigo y después te lanzaría sobre la cama con el culo en el borde. Te comería la entrepierna, te metería los dedos en el culo y te clavaría el pene en la garganta. Y después te daría por detrás hasta que no pudieras soportarlo más. Me correría dentro de ti dos veces,

llenándote de tanto semen que apenas pudieras retenerlo. Después te ordenaría que volvieras al trabajo sin derramarlo hasta la noche... y entonces te pediría que me lo enseñaras. Titan, si yo estuviera al mando, eso es lo que estaríamos haciendo en este momento.

Ahora era yo la que se había quedado sin habla; mi voz se había esfumado y sólo había quedado una respiración agitada. Toda mi confianza se había evaporado en cuanto su dominio había entrado en colisión con el mío. Todavía faltaban dos semanas hasta que empezara su dictadura, pero era evidente que había planeado hasta el último detalle.

—Tengo... Tengo que dejarte.

—Vale, pequeña. —Pude oír con claridad a través del teléfono que estaba sonriendo—. Espero que hoy no me echés mucho de menos.

Joder, lo estaba echando de menos en ese mismo momento.

Colgué cuando Jessica acompañó a Brett al interior de mi oficina. Me aclaré la garganta e intenté evitar que se me sonrojasen las mejillas, pero cuando miré a Brett, un hombre tan parecido a Hunt en tantos aspectos, me costó despejar la bruma que se había apoderado de mi mente. Sus ojos eran idénticos a los de su hermano y despedían exactamente la misma intensidad.

—Hola, Brett. Me alegro de volver a verte. —Rodeé el escritorio y le estreché la mano.

—El placer es todo mío, Titan. —Se quitó la bolsa del hombro y sacó un fino ordenador portátil de color gris—. ¿Qué tal va todo?

Podría ir mejor. Podría tener la mano entre las piernas en aquel instante, de haber gozado de la suficiente intimidad.

—Bien. ¿Y a ti?

—Estoy muy contento con cómo ha salido el anuncio. Hunt y tú parecéis hechos el uno para el otro.

El corazón se me subió a la garganta.

Brett no se percató de mi reacción porque estaba abriendo el archivo en el ordenador. Trasteó un poco antes de abrirlo para reproducirlo en pantalla completa. La música salió proyectada de los altavoces, acompañada del sonido de los potentes motores en funcionamiento. Y entonces salía yo conduciendo por la sinuosa carretera con Hunt justo detrás de mí. Las escenas se interrumpían y cambiaban, pasando del uno al otro. Hunt sonreía por mi espíritu competitivo, encantado con el desafío, pero yo no parecía estar enfrentándome a un desafío. Tras algunos cambios de escena más, el anuncio terminó y apareció una pantalla negra con las ofertas actuales de los coches.

Ver a Hunt no me había ayudado.

—¿Qué te parece? —Brett cerró el portátil.

—Es fantástico. A la gente le va a encantar.

Sonrió por el cumplido.

—Eso espero. Tengo intención de vender muchos más coches este año. Los fotógrafos han sacado a Hunt conduciendo su Bullet por la ciudad en muchas ocasiones y mis cifras nunca habían aumentado tanto. Pero ya veremos cuánto crecen cuando aparezcas tú.

Esperaba que hubiera un aumento, el que fuera. No muchos hombres respetaban mi éxito, convencidos de que mi vagina era algún tipo de desventaja.

—Ya veremos.

—Voy a comer hoy con Hunt, así que se lo enseñaré a él también.

¿Era yo la única que creía que era raro que llamase a su hermano por un apellido distinto del suyo propio?

—Gracias por haber venido. Te lo agradezco.

—Por ti cualquier cosa, Titan. Mi hermano me ha contado que acabáis de comprar la empresa de Bruce... Enhorabuena.

—Gracias. —Teníamos mucho trabajo por delante, pero lograríamos que saliera bien. Con el tipo de disciplina que ambos poseíamos, conseguiríamos que las cosas avanzasen a buen ritmo.

—Mi hermano es muy quisquilloso en lo relativo a los negocios. Es evidente que siente un gran respeto por ti.

Cuando los ojos de Brett se me clavaron en el rostro como hacían los de Hunt, rodeé la mesa y puse espacio entre nosotros.

—Y yo por él. Es un hombre brillante.

—Brillante no lo sé —dijo con una carcajada—, pero tiene la cabeza bien amueblada. —Volvió a guardar el portátil en la funda y se sentó en el sillón—. Y no es todo lo arrogante que podría ser, supongo.

A veces era un poco presumido, pero sólo de un modo positivo.

—Mi hermano te tiene muchísimo cariño. No tiene más que buenas palabras sobre ti. Y teniendo en cuenta que no habla mucho, no es poco decir. Parecía que estaba intentando sacarme algo de información.

—Diría que somos buenos amigos.

—Seguro que las cosas serían diferentes si no estuviera Thorn.

El corazón se me heló en el pecho.

—Nunca me ha dicho nada, pero soy su hermano mayor. Puedo

interpretarlo mejor de lo que él cree. Se mosquearía conmigo si supiera que te he dicho algo, pero como siempre está cabreado conmigo, no importa demasiado. —Se apoyó los dedos en un lado de la cabeza sonriendo.

—Conmigo siempre ha tenido un comportamiento muy profesional. —Cuando Hunt había dicho que su hermano nos tenía calados, no me había dado cuenta de lo en serio que hablaba. A lo mejor ya lo sabía y sólo estaba intentando conseguir una confesión por parte de alguno de los dos—. Los hombres y las mujeres pueden ser simplemente amigos. Yo lo veo todo el tiempo. Un hombre como Hunt puede escoger a la mujer que quiera cuando le dé la gana. Una adicta al trabajo como yo no es muy deseable que digamos.

—Lo dudo muchísimo. —Seguía esbozando aquella sonrisa encantadora—. Supe que había algo más en mi pista y luego en el rodaje.

¿Qué había ocurrido en esos dos lugares? Habíamos guardado las distancias en público. Hunt había venido a mi dormitorio unas cuantas veces, pero nadie nos había pillado.

—¿Por qué?

—Verte conducir así casi le provoca un paro cardíaco. No se pondría así por cualquiera.

Seguía sin verle el sentido a aquello.

—¿Por qué?

—Porque así es como murió nuestra madre.

El corazón dejó de latirme y el cuerpo se me inundó de una pena que nunca había sentido. Yo había perdido a mi padre de un modo trágico y él había perdido a su madre de un modo aterrador. Sabía que ella había fallecido, pero no tenía ni idea de cómo había sucedido.

—Unos chicos estaban echando una carrera en una carretera desierta, se saltaron una señal de *stop* y la mataron del impacto.

Dios mío, pobre Hunt.

—Noté que sentía auténtico miedo por ti. Nunca antes lo había visto así, así que es obvio que eres muy importante para él... tanto si te lo dice como si no.

Hunt

Mi investigador privado entró justo antes de la comida. Tom Hutch era uno de los mejores detectives de la ciudad. Podía recabar información sobre hechos ocurridos antes incluso de que existiera la tecnología. Podías preguntarle por algo sucedido en los sesenta y él era capaz de rastrearlo.

Colocó la carpeta de papel de manila en mi escritorio.

—Tengo todo lo que me pidió.

Encima de mi mesa estaba toda la información sobre el novio de Titan, el que había muerto. Le había pedido a Tom hasta el último dato relacionado con ese caso. Quería saberlo todo sobre su relación antes de aquel suceso. ¿Habían hablado de casarse? ¿Qué ocurrió después de que él muriese? ¿Titan no había vuelto a tener novio desde entonces?

—He encontrado mucho más de lo que esperaba. Hay unos cuantos informes policiales que le parecerán interesantes.

¿Informes policiales?

—Creo que este caso no se resolvió bien. Nunca atraparon al asesino, pero yo creo que está claro quién lo hizo.

Me quedé mirando la carpeta. Transcurrían los segundos y yo sólo podía parpadear.

—¿Necesita algo más, señor?

Por fin volví a concentrarme y miré al hombre que estaba sentado delante de mí.

—Eso es todo, Tom. Gracias.

—Mi despacho le pasará la factura. —Salió y me dejó a solas en la oficina.

Todo lo que quería saber estaba justo delante de mí. Podría comprender mejor a Titan, entendería a la mujer que estaba convirtiéndose poco a poco en mi obsesión. No sólo me fascinaba la poderosa mujer con la que me estaba acostando, también quería conocer a la otra mujer con la que me había topado en algunos momentos pero a la que nunca había llegado a conocer.

Quería conocer a Tatum.

Thorn me había advertido que no le preguntara nada al respecto. Había dicho que me arrancaría la cabeza si lo hacía. La amenaza no me había alterado, pero la pasión que escondía no me había dejado indiferente. Se había vuelto sobreprotector como un perro guardián, defendiendo a la mujer con la que pretendía pasar su vida.

Y eso lo respetaba.

Cogí la carpeta y la acerqué a mí, pero no abrí la portada. Estaba llena de papeles, probablemente informes policiales y fotos. Aquel no era un caso cualquiera si ese archivo contenía tanta información.

Agarré la esquina inferior y me preparé para abrirlo.

Pero sabía que estaba mal.

Estaba husmeando a sus espaldas.

Estaba metiendo las narices donde no debía.

Estaba invadiendo su intimidad.

Ella tenía derecho a contármelo si quería que lo supiera. Pagar una fortuna a alguien para que sobornara a policías y abogados con el fin de conseguir aquella información era completamente inmoral.

Me despreciaba por haber llegado tan lejos.

Abrí el cajón inferior del escritorio, metí la carpeta dentro y lo cerré de golpe.

La respetaba con cada fibra de mi cuerpo. No podía hacerle aquello.

No podía traicionarla.

Yo no creía en el amor, pero sin duda creía en la lealtad.

Y la lealtad que sentía por ella era incondicional.

* * *

—¿Quieres un poco de vino? —Titan salió de la cocina con dos copas de vino tinto.

—Sí. Gracias.

Puso la copa delante de mí pero, en lugar de sentarse en la otra silla que había junto a la mesa, se deslizó sobre mi regazo. Se montó a horcajadas sobre mí mientras sostenía con los dedos el balón de la copa de cristal.

El vestido se le subió hasta las caderas al descender, dejando las bragas negras al descubierto.

Llevé las manos a sus muslos y moví levemente las caderas; mi sexo ya estaba ansioso por saludarla. Las primeras veces que había ido allí, nunca me

había ofrecido ningún refrigerio. Parecía que íbamos directos al grano, montándonoslo sobre todos los muebles de la casa.

Aquello era una novedad.

Dio un sorbo al vino mientras me contemplaba con atención con las largas pestañas cubiertas de rímel. Cuando retiró el vaso, el carmín quedó esparcido por la zona donde había estado su boca un segundo antes.

Yo no sabía si aquello iría a parar a algún sitio, pero no me importaba si no llegaba a nada. El mero hecho de mirarla a los ojos era una experiencia erótica. Ninguna mujer podría desafiar mi mirada con la misma confianza que ella poseía. Era dueña de un poder inmenso y no le daba miedo utilizarlo.

Dejó la copa antes de desabotonarme la camisa blanca, dejando descubierto mi pecho para su disfrute. Echó la camisa hacia atrás, hacia mis hombros, y luego sacó la corbata del pliegue del cuello.

A continuación volvió a coger la copa y la derramó a propósito sobre mi pecho.

Era una camisa de ochocientos dólares, pero a quién le importaba eso. Aquella mujer podía hacer lo que quisiera conmigo.

Se inclinó hacia abajo y limpió el vino con la boca, absorbiendo las gotas con la lengua. Descendió hasta el suelo para recoger el líquido que había llegado hasta mis bóxers. Incluso tiró de la banda elástica para poder meter la lengua por mi entrepierna.

Y chupar mi sexo.

Volvió a levantarse y se sentó de nuevo sobre mí, mostrándose sensual con toda aquella confianza.

Nunca había visto nada igual.

Después me masajé los hombros, otra vez con los ojos clavados en mí. Examinó los míos y luego exploró el resto de mi rostro. Detuvo la mirada sobre mi mentón, fijándose en el vello áspero que me había salido desde aquella mañana, y estudió mis labios, aquellos que la besaban cada una de las veces que estábamos juntos. Me puso una mano en la mejilla y arrastró sus esbeltos dedos por mi mandíbula.

Me sentía como una musa.

Deslizó los dedos por la zona protuberante de la mandíbula y luego por el cuello hasta llegar a mi pecho de nuevo.

En momentos así disfrutaba de nuestras conversaciones tranquilas. Disfrutaba conociéndola, aceptando lo poco que me daba. Pero en ese instante parecía estar de un humor especial. No estaba follándome, pero

estaba disfrutando de mí de otro modo.

—¿Has disfrutado estando conmigo?

Abrí los ojos de par en par al oír la pregunta porque no esperaba que dijera nada así.

—La respuesta es evidente.

—Entonces sigamos así otras seis semanas, sin cambiar.

Me estaba pidiendo que renunciara a mi dominación. Quería quedarse al mando, ser la dominante todavía más tiempo.

Pero eso no iba a ocurrir.

—No.

Deslizó los dedos por mi pecho; su rostro era exactamente el mismo que antes.

—He disfrutado follándote como tú me pides. He disfrutado cumpliendo tus fantasías. He disfrutado de este acuerdo mucho más de lo que yo había creído. Así que no me cabe ninguna duda de que tú vas a disfrutar de cada segundo de mi reinado.

—Somos personas diferentes...

—Eso da igual. Sé que me he ganado tu confianza. Confías en mí tanto como en Thorn. No tendrías un negocio conmigo si no fuera así.

—Los negocios son diferentes al sexo.

—Los dos sabemos que eso no es verdad. Son exactamente iguales.

Me sostuvo la mirada cada vez con menos seguridad.

—No hay ningún motivo para tener miedo, pequeña. No querrás que pare, te lo prometo.

—Tengo problemas con el control...

Acerqué las manos a las suyas y entrelacé nuestros dedos con firmeza. Le di un apretón mientras la miraba sin titubear.

—¿Confías en mí, Titan?

Se me quedó mirando un largo rato. El tiempo pareció detenerse porque la intensidad de nuestras miradas nos estaba succionando la vida. Mis dedos continuaban acariciando los suyos, consolándola para calmar su elegante angustia. Movía los ojos ligeramente de un lado a otro mientras contemplaba los míos.

—Sí...

Llevé sus dos manos a mis labios y le di un beso en cada nudillo, venerándola con la boca. Aquella mujer me inyectaba una dosis de adrenalina que no conseguiría igualar ni saltando desde un avión. Me cedía el control

hasta cuando era yo el que estaba atado a una silla. Me proporcionaba una intimidad ardiente, un nuevo nivel de sexo erótico que yo no sabía que existía.

Me daba tantas cosas.

—Y yo confío en ti.

* * *

Titan y yo no perdimos ni un segundo en cambiar de arriba abajo el negocio de Carol. Hicimos una remodelación de todos los recibidores y de los pasillos. Cada uno tenía una visión particular para nuestro negocio y, aunque ambas eran ligeramente distintas, la elegancia era importante para los dos.

Así que estábamos de acuerdo en un montón de cosas.

Nuestros dos despachos estaban ubicados en la planta superior, cada uno en un extremo. Los dos teníamos unas vistas espectaculares sobre Manhattan y los dos despachos eran exactamente del mismo tamaño. Iban a cambiar los suelos y a limpiar las ventanas, y se había dado una mano de pintura nueva a todas las paredes. Titan quería unos cuantos cambios específicos y yo sospechaba que sabía exactamente cómo sería su despacho. Tenía un estilo muy particular.

Pero como los dos despachos estaban en obras, compartíamos una sala de conferencias con un gran ventanal. Unas paredes y una puerta sólidas nos separaban de los ayudantes que estaban ahora a nuestras órdenes. Todavía no me la había tirado durante el horario laboral, pero sólo porque había estado demasiado concentrado haciendo cosas. Seguía teniendo otros negocios de los que ocuparme, un imperio completo que requería toda mi atención.

Ella tenía un portátil blanco y material de oficina de colores llamativos. Todo lo que poseía era claramente femenino, a juego con su innegable atractivo sexual. Lucía un pintalabios de un rojo intenso como si ese fuera su color natural y las faldas de tubo le quedaban tan bien que parecían su segunda piel.

No cabía duda de que me distraía.

Toda mi vida había tenido empleadas guapas trabajando para mí, pero su apariencia nunca me había tentado. De algún modo las clasificaba en una categoría diferente, sabiendo que no debía mezclar negocios y placer.

Pero no habría tenido la misma fuerza de voluntad si Titan hubiera sido mi ayudante.

Aunque, en realidad, una mujer como ella nunca trabajaría para otra persona. Por ese motivo me había sentido atraído por ella en un principio.

Por favor, es que tenía unas tetas maravillosas.

—¿Sí? —Los ojos de Titan perforaron los míos al contemplarme desde el otro lado de la mesa con un bolígrafo blanco en la mano.

No me había dado cuenta de que me había quedado mirándola.

—Nada.

—Llevas cinco minutos mirándome.

Sonreí antes de centrar mi atención en la pantalla.

—Estaba pensando en tus tetas... como suelo hacer durante el día.

—Por muy halagada que me sienta, tenemos que comportarnos con profesionalidad en el trabajo. Somos socios y no podemos permitirnos mezclar negocios y placer estando aquí. No sólo ahora, tampoco en el futuro.

Porque no nos acostaríamos para siempre. Ella estaría casada con Thorn con un par de niños en casa. Tendría otro hombre con quien jugar esperándola en el ático cuando ella saliera de trabajar.

—No puedo prometerte nada.

—Entonces yo cumpliré la promesa por los dos.

Hasta que yo estuviera al mando. Cerré el ordenador y dejé el bolígrafo sobre el cuaderno. Apoyé el tobillo en la rodilla opuesta y la observé con las manos sobre el regazo.

Ella terminó de teclear una frase antes de mirarme con aquellos ojos verdes refulgentes por todo el maquillaje que se había aplicado con meticulosidad.

—¿Sí?

—He disfrutado de las cosas que hemos hecho juntos, pero tenía la impresión de que sería algo más serio.

Movió un poco los ojos, mirándome fijamente como si hubiera algo más que ver.

—¿Qué quieres decir con eso, Hunt?

—Creía que llegarías a otro nivel. Creía que habría látigos y cadenas a estas alturas.

—¿Y quién ha dicho que no vaya a ser así?

La comisura de mis labios se curvó en una sonrisa.

—Pues todavía no he visto nada.

—Estaba demasiado ocupada disfrutando de ti. No lo pensé.

—Entonces, ¿soy suficiente para ti?

Bajó la mirada y se centró de nuevo en el ordenador.

—Supongo que podría decirse que sí. Tenemos una química muy fuerte y eso ha sido suficiente hasta ahora.

Esperaba que me fustigara hasta que sangrara, que me encadenara y derramara cera caliente por todo mi cuerpo. Nunca me habían ido ese tipo de cosas, pero disfrutaba tanto con Titan que me preguntaba si me gustaría. Me había fascinado todo lo demás de ella. Y lo más importante: confiaba en ella para que me llevara al límite.

—Hunt, ¿me estás diciendo que quieres hacer esas cosas?

Me encogí de hombros por toda respuesta.

—Sólo digo que estoy abierto a ello, nada más.

Una sonrisa llena de confianza se extendió por sus labios.

—Te tomas muy bien la sumisión.

—No tanto como estás a punto de hacerlo tú.

Su sonrisa desapareció de inmediato. No importaba lo fuerte que fuese nuestra conexión, ella siempre mostraría sus dudas con respecto a nuestro intercambio de poder. No sabía por qué le resultaba tan difícil, especialmente cuando yo lo había hecho tan bien. Estaba a punto de arrodillarse ante mí, pero someterse a mí sería la experiencia más liberadora de su vida.

Volví a abrir el portátil, incapaz de ocultar la sonrisa de suficiencia de mi cara. Sólo faltaban ocho días hasta que fuera mía en exclusiva. Sería el único hombre del mundo que podría disfrutar de Tatum Titan a su manera. Iba a conquistarla con más ganas que un dictador dominando un nuevo territorio.

—Usa el tiempo que te queda con sabiduría.

* * *

—Brett Maxwell ha venido a verlo, señor.

Tenía una reunión en quince minutos, pero siempre tenía tiempo para mi hermano.

—Dile que pase.

Brett entró por la puerta un instante después con unos vaqueros oscuros y una chaqueta deportiva.

—¿Ocupado?

—Ya sabes que siempre estoy ocupado. ¿Qué pasa? —Me recosté en la silla y entrelacé los dedos.

—¿Sigues decidido a hacer esa oferta por Megaland?

Megaland era una compañía de tecnología que había diseñado algunas de las mejores innovaciones de nuestro tiempo. Tenía los mejores investigadores, las mentes más brillantes y la estrategia más sólida. El problema era que se trataba de una empresa pequeña. No tenían el presupuesto suficiente para avanzar, para contratar a más creadores e incrementar su productividad. Constantemente los superaban corporaciones más grandes, pero no porque sus productos fueran inferiores, sino simplemente porque no podían promocionarse al mismo nivel.

Y ahí era donde intervenía yo.

—Sí.

Brett suspiró antes de sentarse con los hombros rígidos, como si tuviera malas noticias.

—¿Qué es lo que pasa, Brett?

—No te va a gustar...

—Lo soportaré. Suéltalo. —Me eché hacia atrás en la silla y apoyé la mejilla en una mano.

—Me he enterado por mis fuentes de que en este momento tu padre está a punto de hacer una oferta.

Mantuve la misma expresión impasible, mostrándome tan frío como las rocas en un día de invierno. Mi padre y yo llevábamos cinco años sin hablarnos. Se había desencadenado una guerra tácita entre nosotros. Cuando yo había empezado mi propio negocio y había dado la espalda a su empresa, él lo había visto como una puñalada en la espalda y nunca me había perdonado por ello.

Y yo nunca le perdonaría lo que le había hecho a Brett.

Me pregunté si Vincent Hunt se habría enterado de mis planes y habría querido un enfrentamiento directo conmigo. Puede que se tratara sólo de una coincidencia, pero con los hombres como mi padre, las coincidencias no existían. Lo había superado en la lista Forbes un año antes y eso debía de haberle dejado un regusto amargo en la boca.

Brett me contempló mientras esperaba a que dijera algo.

—¿Hunt?

No tardé en recuperarme.

—¿Hasta qué punto es fiable tu fuente?

—Pues es bastante fiable.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque es uno de los tres propietarios de Megaland. Me compró un coche la semana pasada.

Joder. Entonces era cierto.

—Si vas a quedarte con esta empresa, tienes que hacerlo ahora.

—¿Sabes algo sobre la oferta en sí?

—No —dijo Brett—, pero cuando Vincent se entere de que eres su rival, hará cualquier cosa por presentar una oferta mejor que la tuya, aunque sea un acuerdo malísimo.

Era un hijo de puta orgulloso.

—Mierda.

—Sí... —Se frotó la barbilla mientras miraba por la ventana; sus ojos eran idénticos a los míos.

—¿Qué impresión te dio el chico que te compró el coche?

—Cerebritito inteligente —respondió—. Ya sabes, un genio de la tecnología salido de Silicon Valley sin ninguna habilidad social. Ya sabes a lo que me refiero.

Aquello no me sorprendía.

—Pero buen tipo. Me dijo que quería un buen coche para que las tías supieran que tenía dinero. —Se rio por lo bajo—. Si sabes bien lo que haces, no te hace falta demostrar que tienes dinero, pero eso no se lo dije. Es joven y tiene que aprender.

Al menos ahora tenía una idea de cómo era mi cliente.

—Gracias por pasarme la información, Brett.

—De nada. ¿Para qué están los hermanos mayores?

—Para los coches, al parecer. —Hice una broma fácil para descargar la tensión, pero estaba demasiado desanimado para reírme de mi propio comentario.

Él se rio y se levantó de la silla.

—¿Qué tal está Titan?

La paranoia se asentó sobre mis hombros.

—¿Cómo lo voy a saber?

Se abotonó la chaqueta.

—¿Acaso ahora no trabajas con ella todos los días?

Pues claro. Así era.

—No hablamos mucho...

—Estáis reinventando la empresa juntos ¿pero no interactuáis?
—preguntó con incredulidad—. Ah, pues buena suerte. —Me dedicó un

rápido gesto con la mano antes de salir.

En cuanto la puerta quedó cerrada y estuve a solas, no pude dejar de pensar en la situación en la que me encontraba. Para evitar cualquier interacción con mi padre, podría limitarme a retirarme y dejar que se quedase con Megaland. Pero sabía que si fuera cualquier otra persona, hasta Titan, no me echaría atrás. Aquella empresa era una mina de oro y no iba a dejar que nadie me la arrebatase.

* * *

Aquella noche trabajé desde casa bebiendo vino tinto en la mesa con el plato vacío retirado hacia un lado. La asistenta me había preparado un pastel de carne vegetariano porque sabía que yo era muy exigente con mi dieta. Un régimen bajo en grasas y alto en proteínas era lo único que podía mantener mi físico. A los treinta y cinco años, ya no era precisamente joven. Tenía que hacer el doble de ejercicio y comer incluso menos si quería mantener mi aspecto.

Y como me ligaba a mujeres como Tatum Titan, merecía la pena por completo.

Titan me envió un mensaje. Tenía el teléfono sobre la mesa y se iluminó cuando la palabra apareció en la pantalla. Ni siquiera me había dado cuenta de la oscuridad que reinaba en mi ático porque había estado concentrado en lo que hacía y no en cómo el sol iba desapareciendo detrás de los rascacielos.

«Ven».

Era la única ocasión en la que no me apetecía verla. Tenía una fecha límite muy próxima y no tenía tiempo de follar aquella noche.

«Esta noche no puedo».

«Yo creo que sí».

Me gustaba su dureza, pero en ese instante no la necesitaba.

«Esta noche no puedo, Titan. Mañana».

Dejé el teléfono a un lado y volví a centrarme en el trabajo. Tenía que saberlo todo sobre aquellos tíos antes de entrar en su diminuta oficina y hacerles mi oferta. Sabía que invertía en sueños, pero en realidad también mi padre lo hacía. Si descubrían que estábamos emparentados, sabrían que podrían tener una grave guerra de ofertas entre manos. Y como aquello no era una cuestión de dinero, no les costaría nada aprovecharse de la situación. Era complicado, por no decir otra cosa.

Titan me llamó.

Su nombre apareció en la pantalla rezumando poder sólo con la propia palabra.

Lo cogí.

—¿Sí? —No contuve mi irritación. Que me ordenaran qué hacer era divertido en cualquier otro momento, pero no en ese.

—¿Va todo bien? —En lugar del tono sensual y autoritario que solía oír de Titan, escuché la delicada preocupación de Tatum, la mujer a la que había conocido poco antes.

—Tengo un montón de cosas que hacer ahora mismo...

—¿De trabajo?

—Sí. —No quería aburrirla con los detalles, pero al mismo tiempo me apetecía hablar de ello. Ella se había abierto a mí. A lo mejor quería que yo hiciera lo mismo—. Mi padre y yo estamos compitiendo por la misma empresa. Tengo que presentar mi oferta mañana. Me voy a pasar toda la noche trabajando.

Después de una larga pausa, hablé.

—¿Puedo ayudarte?

Ella era una de las personas más ocupadas del mundo. Me había dicho que apenas dormía por la noche porque trabajaba a todas horas. Me sorprendió que me hiciera una oferta así. No era la clase de persona que se ofrecía para algo semejante si no lo decía en serio.

—No te preocupes. Puedo ocuparme.

—No me importa. De verdad, Hunt. Dos mentes piensan más que una, y ahora que eres mi socio, quiero que te vaya bien en todos tus proyectos. Si a ti te va bien, a mí también.

Era una explicación lógica, pero no me gustaba.

—¿Es esa la única razón por la que quieres ayudarme? —Tenía la tele encendida de fondo, pero la apagué. En la distancia se oía un helicóptero sobrevolando los edificios, pero no le presté atención. Me concentré en el sonido de su voz, en su suave respiración contra el auricular.

—No...

Yo nunca había necesitado la ayuda de nadie. No necesitaba su ayuda. Siempre lo hacía todo solo, confiando en mi propio instinto y en mi experiencia, pero la idea de intercambiar opiniones con Titan, una mujer mucho más inteligente que yo, me parecía un placer.

—Estaré allí en diez minutos.

* * *

Había un par de Old Fashioned delante de nosotros y habíamos preparado una zona de trabajo en la mesa de la cocina. Las luces del techo estaban tenues porque la iluminación de la ciudad era lo bastante luminosa para llenar gran parte de su ático. El olor de la comida flotaba en la cocina como si hubiera preparado algo no hacía mucho.

Me gustaban sus platos. Eran mejores que lo que me preparaba mi asistente.

Titan no hizo ninguna petición sexual y se centró directamente en el trabajo poniéndose en modo ejecutivo.

—Esos chicos son inteligentes. Todos dejaron Yale en segundo curso y fundaron su propia empresa en un almacén.

—Eso suena fatal.

—Todos hemos estado ahí en algún momento. —Analizó la pantalla del ordenador, leyendo algo—. ¿Has concertado ya una reunión con ellos?

—Justo después de comer.

—Perfecto. Estarán llenos y dispuestos a escuchar.

Anoté la cifra que pensaba ofrecerles y se la pasé.

—¿Qué te parece esto?

Contempló la cantidad y frunció los labios mientras aquel brillante cerebro suyo funcionaba a toda máquina.

—Si fuera yo, esto no me tentaría. Si van a reunirse contigo antes de ver a tu padre, tienes que causar una fuerte impresión. Resultar atractivo. Halagarlos, incluso.

Yo nunca halagaba a nadie con mis ofertas. Podían aceptarlas o rechazarlas. Todo el mundo sabía que yo podía convertir su empresa en una corporación que persistiría cien años.

—El mero hecho de estar en mi presencia ya es lo bastante halagador.

La comisura de la boca se le curvó en una sonrisa.

—Normalmente te daría la razón, pero tu padre puede ofrecer exactamente lo mismo que tú. Lo único que puede diferenciarte es la compatibilidad.

—Él es un capullo. No tenemos que preocuparnos por eso.

Dejó de sonreír.

—¿Sabe que eres su rival?

—Ni idea. Pero si no lo sabe, lo sabrá mañana.

—¿Has hablado con él?

Nunca le había hablado a Titan de mi padre, pero debía de haberse enterado de nuestra mala relación por Internet o por los rumores.

—Ni una sola vez en cinco años.

Asintió como si lo entendiera, a pesar de que no podía comprenderlo de ningún modo.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estar bien? —Me recosté en la silla y la miré con hostilidad, tratándola como a una enemiga en vez de como a mi amiga. Siempre que aquel tema salía a colación, yo me ponía a la defensiva de inmediato. Ya podía sentir en la sangre aquel arrebato de odio.

Titan giró la cabeza lentamente hacia la pantalla.

—Perdón por haber preguntado. —Como si nada hubiera ocurrido, continuó trabajando.

Ahora yo también me estaba comportando como un capullo. Llevaba dentro tanto odio por aquel hombre que me convertía en una persona amargada y detestable. Cada vez que me venía a la mente, no podía pensar con claridad. Las emociones eran tan complicadas que todavía no las había puesto en orden tantos años después. Brett y yo nunca hablábamos de él, una confirmación silenciosa de antipatía mutua.

Pero Titan se había abierto a mí sobre un montón de cosas, como el tema de su padre o su insomnio, además de cosas más íntimas que no había confesado con palabras. Me había contado que su madre la había abandonado cuando yo creía que había muerto. Me había hablado de su acuerdo con Thorn. Todavía no me había hablado del novio al que había perdido, pero puede que aquello llegara con el tiempo.

—Lo siento, Titan. Cuando se trata de mi padre... me convierto en una persona distinta.

Volvió la cara hacia mí con sus facciones bañadas por el brillo de la pantalla del ordenador. No se había comportado con frialdad por el modo en que la había rechazado. Se lo había tomado con una tranquila comprensión.

—Todos tenemos cosas de las que no queremos hablar. No tienes que disculparte por eso. No era mi intención fisgonear.

—No estabas fisgoneando.

Dio un trago del vaso, dejando que los cubitos de hielo le rozaran la boca y se quedasen allí. El hielo tintineó cuando dejó el vaso en la mesa y la condensación se acumuló de inmediato en la madera. Llevaba unas mallas

negras y una camiseta gris, cómoda para estar en casa sin estar preparada todavía para ir a la cama, a pesar de que era casi medianoche.

—¿De verdad quieres esta empresa? ¿O simplemente no quieres que la tenga tu padre?

Me la quedé mirando.

—No te estoy juzgando. Si fuera un enemigo mío, haría lo mismo. Haría todo lo posible por recordarles con quién se estaban metiendo y por hacerles saber que perderían una y otra vez.

Mis defensas se derrumbaron de inmediato.

—Es una oportunidad de negocio excelente. Si cualquier otra persona quisiera la empresa, iría a por ella con las mismas ganas. Pero ahora que es él el hombre contra el que estoy compitiendo, tengo que ganar.

Titan asintió indicando que me comprendía.

—No es buena persona... Sé que es mi padre, pero eso no cambia nada.
—Di un trago a la bebida, acabándomela antes de volver a poner el vaso en la mesa.

—El hecho de que alguien sea padre no lo convierte en buena persona.

La gente solía mostrar sus opiniones sobre nuestra relación, diciendo que era imperdonable que un padre le hubiera dado la espalda a su hijo y viceversa. Pero la gente no conocía la historia real, no entendía lo celoso e inseguro que era mi padre.

—¿Puedo preguntar qué es lo que pasó?

Nadie me había hecho nunca esa pregunta. Sabían que era un tema intocable.

—Puedes preguntarme cualquier cosa, Titan. —No sentía aquello sólo porque quisiera saber más de ella. Se había ganado mi confianza hacía mucho tiempo. Tenía algo que me hacía sentir cómodo, que me hacía sentir que podía contarle cualquier cosa. No tenía que ser el empresario despiadado que quería aplastar a todo el mundo. Con ella podía ser simplemente un hombre: sangre, carne y músculo—. Mi madre tuvo a Brett antes de conocer a mi padre y a él nunca le gustó Brett. Siempre lo trataba como a una mierda. Jax y yo siempre recibíamos los mejores regalos, la mejor educación, todo. Cuando mi madre murió, ella no tenía más familiares con los que Brett pudiera ir... así que se quedó con nosotros. Pero mi padre fue todavía más cruel con él. No le compraba ningún regalo en Navidad, lo metió en el peor sistema escolar público de Brooklyn, a veces no le daba de cenar.... No paraba nunca. Odiaba a Brett porque mi madre había amado a alguien antes

que a él. Descargó todos sus celos contra él, un adolescente de quince años. El tiempo fue pasando y nos hicimos mayores. Brett se mudó y empezó a vivir en un cuchitril porque no tenía nada más. Mi padre me dio mi participación en su empresa...pero yo no podía soportarlo más. Empecé a ayudar a Brett, dejando que viviera conmigo y dándole un trabajo. A mi padre aquello no le gustó. Nos dijo a Jax y a mí que no teníamos permiso para seguir en contacto con él. Que era un adulto y no formaba parte de nuestra familia. Así que mi padre me hizo elegir. Podía quedarme con él y trabajar para una empresa valorada en mil millones de dólares que algún día heredaría con Jax... o podía elegir a Brett y perderlo todo. Y elegí a Brett.

La expresión de Titan se suavizó bajo la luz de la pantalla. Frunció ligeramente los labios y los ojos se le arrugaron en los extremos a medida que la emoción le embargaba el corazón. Deslizó la mano lentamente por la mesa hasta que encontró la mía. Su piel suave rozó la mía con una delicada caricia. Me pasó el pulgar por los nudillos.

Me quedé mirándole la mano, percibiendo su calidez. Su piel era sedosa al tacto y pude sentir su pulso tranquilo. Tenía las uñas elegantemente arregladas con manicura francesa. Sus manos tenían un aspecto imaculado pese a que escribía a mano y con el teclado todo el día.

Aquel contacto no era tan erótico como aquellos a los que estaba acostumbrado. A veces me hundía las uñas en los hombros y casi me cortaba la piel. Otras veces enroscaba las piernas con firmeza alrededor de mi cintura, manteniéndome en mi sitio y negándose a permitirme escapar. Y otras me envolvía el cuello con los brazos mientras me besaba con pasión.

Pero aquel era mi contacto favorito.

No era el contacto de una amistad ni el contacto del amor.

Era algo mejor.

Algo que sólo nosotros entendíamos.

Di la vuelta a la mano para que nuestras palmas quedaran enfrentadas. Enredé los dedos con los suyos y le di un apretón en la mano. Muchas mujeres habían entrado y salido de mi vida, pero no habían sido más que mujeres. Bonitas distracciones. Nunca había tenido a una mujer que fuera una amiga... tan cercana a mí como Pine y Mike.

Ahora ella formaba parte de mi círculo íntimo.

—Siempre que hablo de las cosas que me pasaron, la gente dice que lo siente, pero eso nunca ayuda. Es algo que resulta raro decir. —Se quedó mirando nuestras manos unidas—. Quiero decirte algo así ahora mismo...

pero no encuentro las palabras.

—No pasa nada —susurré—. De todas formas, el pensamiento es más fuerte que cualquier cosa que pudieras decir.

Se llevó mi mano a la cara y me besó los dedos. Se tomó su tiempo, apoyándolos de uno en uno en sus labios suaves. Después la acunó contra su mejilla, poniéndose cariñosa. Era un gesto encantador, pero sobre todo sensual. No estaba intentando despertar mi atracción. Eso era lo último que ella tenía en mente, pero hizo que sucediera de todos modos.

Tenía que ponerme a trabajar, pero no me preocupaba el día siguiente. Megaland y Vincent Hunt eran lo último que se me pasaba por la cabeza en ese instante. Sólo podía pensar en aquellos labios rojos y gruesos, en las suaves yemas de sus dedos y en aquella preciosa expresión de sus ojos.

Sólo podía pensar en Tatum.

* * *

Me reuní con los tres fundadores de Megaland. Todos eran exactamente como Brett me los había descrito.

Mentes brillantes con personalidades de empollones.

Cuando les pregunté qué otros planes tenían entre manos, fueron casi por completo transparentes con respecto a la nueva tecnología que iban a presentar por primera vez, pero se guardaron algunas cosas en secreto porque todavía no la habían patentado.

La conversación fue bien y entonces puse mi oferta sobre la mesa siguiendo el consejo de Titan.

Empecé por lo alto, un precio muy superior al que ofrecería normalmente.

Cuando los chicos vieron la oferta, se esforzaron al máximo por ocultar su sorpresa, pero no les salió demasiado bien. La ligera dilatación de sus ojos me dijo todo lo que quería saber.

—Además de esto, les ofrezco una cantidad de inversión ilimitada en su empresa. No pretendo ponerme cómodo y quedarme con sus beneficios. Todo lo contrario, de hecho. Quiero elevar esta empresa a un nivel con el que la mayoría de las compañías tecnológicas sólo pueden soñar. No sólo tengo el dinero, también tengo los contactos. Llevo mucho tiempo haciendo negocios. Creo que seríamos muy buenos socios.

Nick, el cabecilla, se quedó mirando el papel antes de echar un vistazo a

sus dos amigos.

Serían estúpidos si no aceptaran.

Se susurraron al oído los unos a los otros y tomaron algunas notas sobre el papel, donde yo no alcanzaba a ver.

Yo esperé con paciencia en el otro extremo de la mesa, sentado en su sala de conferencias blanca amueblada en negro. Era una sala diáfana y llena de espacio, minimalista. No se parecía en nada a mi propio despacho, donde me había dado el gusto con lujos y tonos oscuros.

—¿Qué opinan, caballeros? ¿Tenemos un trato?

Nick era el que hablaba por los tres.

—Creemos que es una oferta muy generosa. Mucho más de lo que habíamos pensado que se pondría sobre la mesa. Conocemos su reputación y creemos que sería usted un socio fantástico.

Demasiadas palabras.

—Entonces, ¿eso es un sí?

—No del todo —dijo Nick—. Tenemos una reunión con otro inversor hoy mismo.

Vincent Hunt. Tenía que manejar aquello con cuidado. Si mi padre ponía su oferta sobre la mesa, las cosas se pondrían feas. Si podía cerrar aquel acuerdo antes de que él tuviera oportunidad de poner un pie en aquella oficina, sería pan comido. Probablemente mi padre ni siquiera supiera que yo estaba sentado en aquel despacho en ese preciso momento. Yo nunca había mostrado ningún interés por el ámbito de la tecnología, así que probablemente no se le habría pasado por la cabeza.

—Dudo que su otro inversor les haga una oferta así.

—No lo sabemos —dijo Nick—, pero siempre es mejor no dar las cosas por sentadas.

Inteligente.

—Soy un hombre muy ocupado. Estoy seguro de que ya lo han descubierto cuando me han buscado en Google. También estoy seguro de que han deducido que no soy un hombre con el que convenga meterse.

Había tanto silencio que se podía oír caer un alfiler.

—He comprado la empresa de Bruce Carol, sólo hace dos semanas que la tengo y el valor de sus acciones se ha disparado. Cuando aquel capullo me cabreó, lo único que tuve que hacer fue escribir un mensaje en Twitter y nadie estuvo dispuesto a tocar su empresa. Yo tengo algo que otros inversores no tendrán nunca: poder. Y tengo mucho, caballeros.

Todos escucharon dejando caer los hombros mientras se inclinaban hacia atrás visiblemente.

—Soy el socio que les interesa tener. —Cogí el papel que había puesto sobre la mesa y saqué el bolígrafo del bolsillo. Apreté el pulsador antes de garabatear una oferta nueva—. Casi he duplicado mi oferta. —Volví a empujar el papel hacia ellos.

Parecían escarabajos con unos ojos enormes y saltones.

—Si me eligen a mí como socio ahora mismo, esto es lo que recibirán. —Volví a pulsar el bolígrafo y me lo guardé de nuevo en el bolsillo de la chaqueta—. De lo contrario, mi oferta volverá a la cifra original. Así que, caballeros, están a punto de apostar. Vayan a lo seguro y acepten esta oferta tan generosa ahora o tiren los dados. A lo mejor su otro inversor les da más o a lo mejor no. Hay mucho dinero sobre la mesa. Escojan con sabiduría. —Me levanté de la mesa y me abroché los botones del traje—. Les daré un minuto para que lo hablen. —Salí de la sala de conferencias sin volver la vista atrás y cerré la puerta a mis espaldas. Entonces me quedé mirando mi reloj de pulsera, viendo cómo avanzaba la segunda manilla.

Quince segundos.

Treinta segundos.

Cuarenta y cinco segundos.

Si no aceptaban mi oferta, la cosa se pondría muy fea. Mi padre era implacable. Se tomaría como una cuestión de orgullo el hecho de derrotarme y quedarse con la empresa. Sería una guerra de sangre... con muchas víctimas.

Sesenta segundos.

Volví a entrar en la sala de conferencias justo cuando acallaban sus voces, guardando silencio.

Me desabotoné la chaqueta del traje y me senté.

—Espero que hayan usado bien su minuto.

Nick lanzó una mirada a los otros dos antes de extender la mano.

—Nos encantará trabajar con usted, señor Hunt.

Una oleada de alivio se apoderó de mí, pero no dejé que se reflejase en mi rostro. Les dediqué mi mejor sonrisa ejecutiva, la que mostraba ante las cámaras al salir de restaurantes y fiestas. Le estreché la mano con firmeza, emocionado por el revés que le había dado a mi padre. Se enfadaría pero, en el fondo, no tendría más remedio que respetarme.

Y aceptar su derrota.

—Excelente —dije—. Ahora es el momento de hacerles ricos.

—Ya somos ricos —dijo Nick.

No contuve la carcajada que escapó de mis labios.

—Ser millonario no es ser rico, chicos. Ser multimillonario sí.

Titan

Estaba en casa cuando Hunt me llamó.

—Hunt. —Nunca lo saludaba con mucho más afecto que ese por teléfono porque no tenía ni idea de quién estaría con él en ese momento. No era que Hunt fuera a provocar esa situación a propósito, pero alguien podría oírme si estaba lo bastante cerca.

—Titan.

—¿Qué tal ha ido? —Llevaba todo el día pensando en ello, preguntándome quién se habría hecho con el trato, si Hunt o su padre. No conocía a Vincent Hunt, sólo su nombre y su reputación, pero sí conocía a Diesel Hunt y creía en él. Tenía dones con los que la mayoría de los hombres ni siquiera podían soñar.

Y no sólo en la cama.

Su sonrisa se pudo oír a través del teléfono antes incluso de que dijera algo.

—Es mía.

A mí no me importaban los acuerdos que hacían mis compañeros de profesión. Les seguía la pista, pero sus éxitos y fracasos no significaban nada para mí. La única persona que me interesaba era yo misma. Pero conocer su logro me alegró de verdad.

—No me sorprende. Sabía que lo conseguirías.

En ese momento, como había ocurrido varias veces antes, supe que Hunt era más que simplemente el tío con el que me estaba acostando. Su bienestar y su felicidad eran esenciales para los míos propios.

Formaba parte de mi círculo íntimo.

—Gracias —dijo—. Les hice la oferta alta directamente y picaron.

—¿Y?

—Les dije que les haría una oferta todavía mejor si la aceptaban en ese mismo instante. Si se reunían con otra persona, sólo podrían optar a la primera oferta.

Estaba impresionada, y eso era algo que no ocurría a menudo.

—Qué genio.

—Y la aceptaron. Les hice una metáfora sobre las apuestas. Los chicos inteligentes no apuestan, no está en su naturaleza. Y funcionó.

—Increíble.

—He pagado más de lo que quería... pero estoy seguro de que mi padre está cabreado.

—Debería estarlo —dije—. No sólo ha perdido una oportunidad de negocio rentable, sino que lo ha superado en inteligencia un hombre con la mitad de su edad. Los hombres arrogantes siempre reciben su merecido...

—Los dos sabemos que yo soy arrogante.

—A lo mejor no ha sido una indirecta tan sutil...

Soltó una risita.

—Voy para allá.

No lo había invitado, pero no puse reparos. Si no se hubiera ofrecido él mismo a venir, se lo habría pedido yo de todos modos.

—Prepararé la cena.

—¿Vamos a celebrarlo? —preguntó—. Me encanta cómo cocinas.

—¿Sí? —Sabía algo de cocina, pero definitivamente no tenía las habilidades necesarias para impresionar a nadie.

—Pues claro que sí. Es mejor que lo que prepara mi asistenta.

—Entonces necesitas buscar una nueva —dije con una carcajada.

—No te subestimes. Triunfas en todo lo que te propones.

—Pero nunca me ha motivado el arte culinario.

Oí cómo hablaba con su chófer antes de sentarse en el asiento de atrás.

—Entonces, ¿por qué no contratas a alguien para que te haga la comida?

—No quiero que haya nadie en mi casa.

Hunt hizo una pausa unos segundos y me llegó el callado sonido de la radio de fondo.

—¿Así que lo limpias todo tú sola?

—Sí.

—¿Hasta ese punto eres paranoica?

No me gustó aquella palabra.

—No soy paranoica. Simplemente valoro mi intimidad.

—¿Y tus otras casas?

—Sí, de esas se ocupa gente todo el día. Pero mi ático es distinto.

Hunt se quedó al teléfono hasta que el coche aparcó delante de mi edificio. Hasta cuando no tenía nada que decir, seguía en línea.

—¿Qué estás ocultando?

—¿Quién ha dicho que esté ocultando algo?

Se rio.

—La mujer más rica del mundo no limpia su propia casa porque tenga los pies en la tierra...

Sí, tenía secretos.

—Vale... Puede que tenga algunos secretos. Algunos trapos sucios.

—Pues a mí me dejas venir.

—Porque el trapo sucio eres tú.

La puerta se cerró a sus espaldas y entró en el edificio. El ascensor pitó cuando metió la clave y subió hasta la planta alta. Hunt permaneció callado un rato antes de volver a hablar.

—¿Y qué otros trapos sucios tienes?

Las puertas del ascensor se abrieron y lo mostraron a él, de pie en el centro. Lo miré directamente, observando sus ojos de color moca que me devolvían la mirada. Pasó a mi casa todavía con el teléfono pegado a la oreja.

Y yo seguía sujetando el mío.

—No lo quieres saber. —Colgué y puse el teléfono en la mesa.

Hunt se metió el suyo en el bolsillo. Llevaba traje y estaba claro que se había saltado el gimnasio para venir a mi casa. Caminó hasta mí y me sostuvo la cara con las manos antes de besarme en la boca. Sus labios suaves acariciaron los míos antes de que me metiera la lengua en la boca. Me tiró suavemente del pelo con los dedos a medida que iba introduciéndola más profundamente. El beso pareció durar sólo diez segundos, aunque fueron minutos. Entonces, se apartó.

—Sí que lo quiero saber.

No comprendí aquella frase porque sólo había estado pensando en ese beso. Tras meditar durante unos segundos, me acordé de lo último que estábamos hablando.

—Cuanto menos sepas, mejor. —Le bajé la mano por el pecho antes de entrar en la cocina—. ¿Qué te parece un estofado de calabaza dulce?

Me siguió y se unió a mí en la encimera.

—No tengo ni idea de qué es eso.

—Es un guiso vegano que preparo. Está bastante bueno. Lleva boniatos y calabaza dulce mezclados con lentejas rojas y arroz blanco.

—Pues la verdad es que no suena nada mal.

—¿Quieres ayudarme?

Cualquier otro tío habría preferido plantar el culo en el sofá y poner el fútbol, pero él me ofreció una sonrisa en respuesta.

—Me encantaría.

—¿Sabes pelar patatas?

—Puedo hacer que te corras tres veces seguidas —dijo con sarcasmo—. Sí, soy capaz de pelar una patata.

—El sexo es mucho más fácil cuando tienes ese cuerpo. —Le di una palmadita en el trasero mientras iba de camino al frigorífico.

Me dedicó aquella sonrisa torcida que estaba mezclada con un encanto infantil.

—¿Te gusta mi culo, pequeña?

Me había vuelto a llamar pequeña. Y, una vez más, no había dicho nada.

—Quise hincarle el diente la primera vez que lo vi.

—Todavía puedes hacerlo. —Se dio una palmada en la nalga de forma traviesa.

—Ten cuidado con lo que deseas.

Cortamos las verduras en dados y las preparamos en las sartenes calientes. Añadimos los ingredientes, hicimos el arroz y salteamos las verduras como acompañamiento. Trabajábamos en una armonía cómoda, como si lo hubiéramos hecho varias veces.

—¿Crees que tu padre ya se habrá enterado?

—Y tanto que sí —dijo—. Los chicos de Megaland deben de haber tenido el detalle de cancelar la reunión.

—Pero puede que no hayan revelado tu identidad.

—Ni falta que hace. Él lo deducirá por sí mismo.

Mezclamos el arroz y el estofado en unos cuencos grandes, preparando una cantidad más que suficiente para los dos. Los llevamos a la cocina junto con dos Old Fashioned. Tomamos asiento y cenamos, retomando la conversación.

—¿Habéis estado en la misma sala juntos desde que os dejasteis de hablar? —pregunté.

—Algunas veces. Él no me mira y yo no lo miro a él.

Comprendía la decisión de Hunt, pero me parecía que la situación era terriblemente triste al mismo tiempo. Hunt todavía tenía a su padre con vida, pero para él era como si aquel hombre estuviera muerto. Yo ya no tenía a ninguno de mis padres. Había conseguido una buena vida yo sola y no necesitaba a nadie, pero cualquier hijo necesitaría siempre a sus padres. O al

menos querría tenerlos.

—¿Nunca se ha puesto en contacto contigo?

—No.

—¿Y no te has planteado llamarlo alguna vez?

Siguió comiendo, tomándose su tiempo para masticar cada bocado.

—No.

—¿Y a tu hermano?

—Jax y yo tampoco nos hablamos. No tenemos ningún conflicto, pero estamos en distintos bandos de la misma guerra.

—Es una pena.

—Pero no siento ningún respeto por él —dijo Hunt—. Brett es nuestro hermano, aunque sólo la mitad de su sangre sea la misma que la nuestra. Jax miró hacia otro lado mientras mi padre lo trataba como a una mierda. Y a mí eso no me parece bien.

Siempre había respetado a quienes defendían a los desamparados. Si la gente no hubiera hecho lo mismo por mí, no estaría donde estaba ahora. Muchas personas habían intentado acabar conmigo, pero muchas otras me habían ayudado a ascender.

—Sé que no me corresponde decir nada, pero creo que eso es muy bonito. Tu madre estaría orgullosa de ti.

Hizo una pequeña mueca por la mención a su madre. Dejó la mano quieta mientras apretaba la cuchara y después cogió otra cucharada como si nada hubiera ocurrido.

—No sé qué pensaría mi madre de mí, pero sé que estaría decepcionada con mi padre por habernos dividido así.

—Sé que contigo no estaría decepcionada. Si no estuvierais divididos, Brett sería un marginado y eso es lo último que ella habría querido.

—Puede ser. —Continuó comiendo sin mirarme, mostrando una fachada fría.

Di por sentado que no quería seguir hablando de su madre, pero había una cosa más que quería decirle.

—Brett me contó lo del accidente. Sé que fue hace mucho tiempo y que esto no sirve para nada, pero lo siento.

Poco a poco fue dirigiendo la mirada hacia mí otra vez, sus ojos marrones más oscuros que antes. Parecía enfadado y conmovido al mismo tiempo.

—Gracias... Me sorprende que te lo contara.

No revelé el resto de cosas que me había contado.

—No recuerdo cómo salió el tema.

Se acabó la comida, dejando el cuenco totalmente limpio.

—Estaba muy bueno. Gracias.

—Me has ayudado a prepararlo, así que gracias a ti también.

—Trabajo en equipo. —Hizo el cuenco a un lado y dio un trago al Old Fashioned. Agitó los cubitos de hielo antes de dar otro sorbo—. Llevamos hablando de mí toda la noche. ¿Y tú qué?

—¿Y yo qué? —Crucé las piernas y saqué la cereza de mi copa. Me la metí en la boca y tiré del tallo, dejándolo caer sobre la servilleta.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—Igual que todos los demás.

—Pareces aburrida.

—Todo lo contrario. Tengo que volar a California la semana que viene para una reunión, pero no me apetece.

—¿Por qué? Tienes casa allí, ¿no?

—Es que tengo demasiadas cosas que hacer aquí. —Puede que tuviera que cambiar la fecha de aquella reunión, porque probablemente él no renunciaría ni a un solo día de sus seis semanas—. Y luego Thorn quiere hacer un viaje para ir a ver a sus padres a Chicago.

—Acabas de verlos.

Lo ignoré por completo.

—Mi ayudante va mejorando. Al principio era horrible, pero ahora ya se maneja.

—Fue un detalle por tu parte tener paciencia con ella.

—En su momento también hubo personas que tuvieron paciencia conmigo.

—No me imagino una versión de ti que no sea perfecta en todo.

Las dos comisuras de la boca se le curvaron en una sonrisa.

—Ah, pues sí que existe, te lo digo yo.

Echó un vistazo a mi minibar privado antes de girarse hacia mí.

—¿Cuántos hacen falta para acabar contigo?

—Nada puede acabar conmigo.

—¿Nunca te has emborrachado? —preguntó con incredulidad.

—No. No me gusta perder el control de mis facultades. Un puntito está bien, pero nada más.

—¿Y cuántos te tienes que beber al día para llegar a ese puntito?

—Mmm... —Agité el vaso mientras pensaba en su pregunta—. Diez.
No pudo ocultar una mirada escéptica.

—¿Te puedes beber diez de estos en un día?

—Podría, pero no lo hago.

—¿Cuántos te tomas normalmente?

Me encogí de hombros mientras pensaba en ello.

—Probablemente cinco.

Seguía sorprendido por aquella cifra.

—Mira que yo bebo, pero tú me das mil vueltas.

—Me cuesta creerlo.

—Bueno, yo no bebo durante la semana. Sólo puedo tomar un cierto número de calorías.

—Yo sí puedo porque apenas como.

—Ya, ya me he dado cuenta —dijo con tono lúgubre.

Puse fin a la cháchara, ahora que teníamos el estómago lleno y que la conversación ya había terminado.

—¿Todavía quieres ver uno de mis secretos? —Empujé el vaso vacío a un lado y me levanté, dejando las puntas de los dedos apoyadas en la superficie de la mesa.

Él levantó la cara para mirarme con los ojos hambrientos de saber.

—Sí.

Le puse la mano en el hombro y le di un ligero apretón.

—Pues sígueme. —Tomé la delantera, marchándome del salón y entrando en el pasillo. Iba haciendo ruido con los pies sobre el suelo de parqué y pude oír sus fuertes pisadas a mis espaldas. Giré hacia la derecha por un pasillo distinto, llevándolo a una zona de mi ático que nunca había visto.

La puerta era blanca, como todas las demás. Para cualquiera que pasase por delante carecería de todo interés, no sería más que la puerta de un baño o un armario. Pero era la puerta de un lugar verdaderamente espectacular.

Yo pasé primero, adentrándome en la oscura habitación que guardaba cadenas, látigos y cuerdas. Encendí la luz, revelando las cajas expositoras con artículos que principalmente coleccionaba, pero que nunca usaba. A diferencia de otras salas de juegos que había visto, la mía era en tonos blancos y grises, a juego con el resto de mi fortaleza. Era femenina, pero poderosa.

Hunt entró y recorrió la sala con los ojos. Analizó las cadenas del techo,

la alfombra gris que había en medio del suelo y la caja llena de látigos de varios tamaños. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón, la mandíbula más dura de lo habitual y los ojos sin aquel enfado ardiente que a veces poseían.

Indiferencia.

No estaba intimidado ni lo más mínimo.

Ni siquiera ligeramente incómodo.

Pasó los dedos por uno de los látigos antes de pisar sobre la mullida moqueta del suelo. Sus ojos encontraron los míos mientras se llevaba las manos al cuello y se quitaba la corbata. Después se desabrochó la camisa, dejando que se abriera poco a poco.

Hacía falta mucho para que el corazón me latiera con fuerza en aquella habitación. Lo había visto todo. Lo había hecho todo. Pero ver cómo Hunt se desvestía sin retroceder asqueado era lo más erótico que había presenciado nunca. No sólo aceptaba mi desafío, sino que lo aumentaba con el suyo propio.

Me lamí los labios.

Se me secó la garganta.

Todo mi cuerpo anhelaba a aquel hombre.

Aquel hombre sin miedos.

A continuación pasó a los pantalones y se quitó los zapatos con los pies. Se desnudó hasta quedar vestido sólo con sus bóxers negros mostrando unos muslos musculados que llevaban a unos gemelos tonificados. Parecía una máquina de músculos, lleno de curvas masculinas y con un potente motor.

Su espalda era tensa a la altura de la cintura y se ensanchaba hasta llegar a un par de hombros fuertes. Su piel escondía unos músculos tallados en piedra, una fuente de poder interminable por toda su espalda. Tenía los tríceps bien definidos, prominentes cada uno hacia un lado.

Su mirada era más sensual que todo lo demás. Tenía la mandíbula cubierta por una leve sombra, pero bastaba para oscurecer sus facciones. Sus ojos marrones contrastaban con su piel clara y su cabello castaño seguía perfectamente peinado porque todavía no había hundido los dedos en él.

La dueña de aquella habitación era yo, pero él no había tardado en apropiarse de ella.

—Estoy preparado, jefa.

La columna se me tensó y me recorrió un escalofrío.

Era obediente, pero sólo a su manera. Me dejaba llevar la voz cantante,

pero determinaba él los horarios. Yo estaba al mando, pero él manejaba las cuerdas. Era algo discreto, lo bastante sutil como para que no me diera cuenta.

Pero me había dado cuenta.

—Yo no. De rodillas. —Me puse delante de él con los brazos a los costados.

Hunt se me quedó mirando sin parpadear con los musculados brazos prietos colgando junto a las caderas.

Seguí mirándolo con dureza, dándole órdenes sin hablar.

Él seguía sin moverse.

—No me hagas volver a pedírtelo.

—Cuatro días.

Oí sus palabras y supe exactamente a qué se refería. En cuatro días todo aquello se habría acabado. Sería yo la que recibiría órdenes. Más me valía disfrutar de aquel momento todo lo posible porque estaba a punto de convertirse en un recuerdo.

Antes de que volviera a pedírselo, se puso de rodillas.

Y yo experimenté un subidón sin precedentes. Nunca había estado con un hombre que me desafiara de aquella manera, que se hubiera ganado mi respeto en tan poco tiempo. Nunca había estado con ningún hombre y me había preocupado por su vida fuera de mi cama. Ahora la vida de Hunt y la mía estaban estrechamente unidas.

—Quédate ahí. —Salí de la sala de juegos y rebusqué en mi armario. Encontré el picardías y las ligas que quería ponerme, además de los zapatos negros de tacón alto que le daban un aspecto redondeado a mi trasero. Volví a la sala de juegos un momento después.

Hunt todavía estaba de rodillas y sus ojos se pasearon por mi cuerpo con voracidad. Empezó a apretar la mandíbula, la misma reacción que tenía cuando estaba enfadado o excitado. En ese momento, sabía de cuál de las dos cosas se trataba.

Anduve hasta la caja expositora y cogí una de mis fustas, una de las suaves y estilizadas. Sopesé el cuero contra la palma de la mano antes de girarme hacia él.

Él se quedó mirando aquel instrumento.

—¿Vas a pegarme con eso?

Hice restallar el extremo contra mi propia mano, produciendo un chasquido sordo.

—Sí.

—Vas a tener que usar algo más grande que eso.

No pude ocultar el asombro de mi rostro. Hunt nunca dejaba de sorprenderme, de pillarme desprevenida sin ni siquiera proponérselo. Volví a dejar la fusta y cogí un flagelador.

Hunt sacudió la cabeza.

—Coge un látigo, pequeña.

Me pasé las puntas del flagelador por la mano, humillada una vez más. Lancé el flagelador al suelo y agarré uno de mis látigos. Era largo con una mordedura increíble.

—Esto te va a hacer daño, Hunt.

—Eso espero.

No veía un atisbo de miedo en su rostro.

—Dame lo peor que tengas, pequeña. En cuatro días, será al revés.

Si me paraba a pensar en aquella frase demasiado tiempo, perdería el valor. Tenía ganas de hacer lo que quisiera con él, pero me daba miedo lo desconocido. Me daba miedo ser yo la que obedeciera, quedar a merced de aquel hombre. No importaba lo malo que fuera, no podría echarme atrás. Él había cumplido con todo lo que le había pedido. Sería injusto que yo me retirase.

Me puse detrás de él y le rocé la espalda con el látigo, jugando con él. No se encogió al notar el contacto. Ni siquiera se le aceleró la respiración. Todo permaneció exactamente igual. Si estaba angustiado por el dolor, no lo demostró.

—No te dejará marcas.

—No me importa que deje marcas.

Dijera lo que dijera, él me desafiaba. Me cedía el control, pero muy poco. Eché el látigo hacia atrás, preparándome para golpearlo.

—Voy a azotarte diez veces, Hunt, y cuando termine...

—Que sean veinte.

Su entusiasmo me excitaba, pero también me desalentaba.

—No me interrumpas.

Silencio.

—Cuando acabe nos vamos a divertir todavía más. —Restallé el látigo contra su espalda, enrojeciéndole la piel al momento por el impacto—. Cuenta conmigo.

Su voz grave sonó firme. Su cuerpo no se balanceó con el impacto del

golpe.

—Uno.

Oír aquella voz masculina me provocó escalofríos por todo el cuerpo. Me había pedido veinte azotes, pero yo no estaba segura de ser capaz de esperar tanto. Mis muslos ansiaban estar enroscados a su cintura, sentir aquella gruesa erección embistiéndome hasta que me llevara al límite. Volví a azotar, esta vez con un poco más de fuerza.

—Dos.

A mí nunca me habían fustigado, pero sabía que dolía. Su falta de respuesta era impresionante. Generalmente escuchaba algún gemido o algún temblor por parte de otros amantes. Nunca me habían recibido con silencio. Le pegué unas cuantas veces más, sumando un total de diez.

Ya estábamos a medio camino, pero él no había sudado ni una gota. No había cambiado de postura a pesar de la presión de las rodillas. Seguía con los brazos a ambos lados del cuerpo y con las manos abiertas en vez de cerradas en puños.

Descargué el látigo contra su espada.

—Once. —Su voz era exactamente la misma que antes. Sospechaba que sería igual hasta que terminásemos.

Cada latigazo era recibido con la misma reacción. Como si el mordisco del cuero no tuviera efecto sobre él, mantenía el cuerpo perfectamente recto, sin inclinarse hacia delante por el calor. En ningún momento se le aceleró la respiración. Puede que incluso se volviera más lenta. Tenía la espalda marcada con líneas rojas, marcas que se difuminarían en unos días.

Yo seguí adelante, llegando por fin a veinte.

Él permaneció inmóvil.

Dejé caer el látigo, excitada y cubierta en sudor por haberle golpeado. Mi cuerpo suspiraba por el suyo del modo más intenso que había conocido nunca. Aquel hombre era inmune al dolor, indiferente a cualquier estímulo por el que no quisiera verse afectado. Tenía un control total sobre su mente y sobre su cuerpo.

—Arriba.

Se puso de pie sin darse la vuelta.

Acerqué una silla de la pared y la coloqué en el centro de la sala.

—Siéntate.

Tomó asiento con gesto impasible.

Con una sola cuerda le ató las piernas a la silla y le unió los brazos a la

espalda. Cuando no pudo moverse ni lo más mínimo, ni siquiera para sacudir las caderas hacia arriba, le bajé los bóxers, me desabroché el cierre de la entrepierna y me monté sobre sus caderas.

Descendí sobre su erección y mis fluidos cálidos lo envolvieron hasta la base.

Él tiró de las cuerdas al momento al tiempo que dejaba escapar un agresivo gruñido. Frunció el ceño y apretó los dientes. Sus ojos oscuros igualaron el color de la silla, llenos de una llama intensa.

Yo me hundí hasta el fondo, tomando su sexo hasta que pude notar cómo me dilataba las paredes. Se le iba enrojeciendo la piel por el grosor agresivo del cuero y a mí me gustó ver su cuerpo marcado. Arrastré la lengua por su hombro y le besé el cuello.

Sus manos volvieron a tironear de la cuerda.

Me agarré al respaldo de la silla y me puse de pie. Su sexo era tan largo que podía sacarlo, ponerme de pie y volver a envainarlo. Cuando lo había conocido había imaginado que tendría una buena herramienta.

Y sin duda así era.

—Dios mío, ya tengo ganas de correrme... —Echó la cara hacia delante y me besó los pechos, atrapando la dura punta con la lengua y pasándola por el valle de mi escote. A veces succionaba la piel, metiéndosela en la boca, frotándola contra la dureza de sus dientes. Respiraba contra mi piel y la excitación se plasmaba claramente en su voz.

—Más te vale no hacerlo. —Reboté arriba y abajo, sujetándome a sus hombros para no perder el equilibrio.

Miró a mi espalda, contemplando el espejo que había en la pared contraria que le brindaba unas vistas maravillosas de mi trasero mientras me movía de arriba abajo. Veía cómo me impulsaba, su respiración profunda y agitada. Echó los hombros hacia delante mientras intentaba deshacerse de las apretadas cuerdas.

—No vas a ir a ningún sitio. —Me senté sobre su sexo y le di un beso lento—. No hasta que yo termine.

Respiró contra mi boca.

—No quiero irme a ningún sitio nunca, jefa.

Le besé la línea de la mandíbula, notando cómo la barba áspera me rozaba los labios suaves. Le hundí una mano en el pelo mientras me seguía moviendo, deslizándome sobre su sexo una y otra vez. Era yo quien estaba arriba, quien llevaba las riendas, pero de algún modo me sentía una igual,

sentía que estábamos juntos en aquello. Yo sólo lo conquistaba porque él me lo permitía, porque quería que lo hiciera, porque era lo bastante hombre como para dejar que ocurriera.

Y yo estaba a punto de hacer lo mismo con él.

Empecé a notar que comenzaba el orgasmo, acumulándose en mis entrañas mientras las sensaciones se extendían por todas partes. Me ardían los nervios y tenía la boca seca. Sentí que el cuerpo se me tensaba, preparándose para lo que estaba a punto de ocurrir. Hunt siempre me provocaba orgasmos deliciosos e intensos, hasta cuando era yo la que hacía todo el trabajo. Me dejaba usar su glorioso cuerpo para satisfacer mis necesidades. Me daba exactamente lo que necesitaba.

—Sí...

Me miró a los ojos y vio cómo daba comienzo el espectáculo.

—Córrete en mi polla, pequeña...

Lo monté con más fuerza, aumentando el ritmo y quedándome sin aliento en el proceso. Cerré los ojos y dejé escapar un grito capaz de perforarle los tímpanos. Tenía la erección empapada de humedad hasta los testículos y goteaba sobre la silla.

—¿Cuándo me toca a mí, jefa? —susurró junto a mi boca.

—Dentro de mucho. —Iba a montarlo hasta que no me quedaran más fuerzas. No iba a apartarme de él hasta que mi entrepierna estuviera dilatada y dolorida. Sólo me quedaban unos días con él en los que yo tuviera todo el poder. Sería una despedida dolorosa, una transición de poder devastadora. Ya no podría atarlo ni fustigarlo hasta dejar marcada aquella hermosa piel. Estaría a su merced.

Así que iba a tenerlo a mi merced un poquito más.

* * *

Estábamos juntos en la ducha mientras el agua caliente aclaraba el jabón. Me mojé el pelo pese a que tenía buen aspecto tras nuestro agitado encuentro. Simplemente me encantaba estar bajo el agua caliente, dejando que me calmara al actuar como una columna de ruido blanco. Como me iba a duchar de nuevo por la mañana, no veía nada de malo en ello. El agua se llevó la máscara de pestañas y el maquillaje. El pintalabios había desaparecido hacía tiempo en algún lugar de la boca de Hunt.

Hunt se metió bajo el agua, apartándose discretamente del chorro de

agua con su tamaño. El agua aclaró el champú de su pelo y me dio la espalda. Tenía marcas rojas en ambos costados. Su piel estaba irritada en las zonas que cubrían casi todos los músculos, con la sangre bombeando hacia la superficie para curar las heridas. La imagen me excitó, pero también me hizo sentir culpable por lo que había hecho.

—Tengo una crema que te puedes poner.

—No la necesito.

—Las marcas desaparecerán antes.

Se pasó las manos por la cara.

—No tengo prisa.

Se negaba a mostrar dolor o malestar delante de mí, bien porque intentaba demostrar algo o bien porque aguantaba realmente bien el dolor.

Lo respetaba por ello, y sabía que él esperaba lo mismo de mí cuando cambiaran las tornas.

—No todo el mundo reacciona con tanta tranquilidad al ver esa habitación. Algunos me preguntan qué problema tengo... otros simplemente se van.

Se pasó las manos por el pelo oscuro mientras me miraba.

—Pero parece que tú no has pensado en nada.

—He oído hablar del estilo de vida sadomasoquista.

—No sólo por eso... sino por ser mujer.

—Sabes exactamente lo que quieres, lo que te gusta. ¿Por qué te iba a juzgar por eso?

¿Acaso no era el mejor hombre sobre la faz de la Tierra? ¿Un regalo de Dios para todas las mujeres?

—Obviamente yo no habría participado si no fuera a recibir algo a cambio.

—¿O sea que no lo has disfrutado? —pregunté en voz baja, intentando ocultar mi desilusión.

—Sí que lo he disfrutado. Sorprendentemente. Pero lo habría disfrutado más si hubiera sido yo el que tenía el látigo.

Estaba de pie en la ducha húmeda, pero de pronto me sentí helada. Un terremoto me agitó por dentro, el pánico se abrió paso hacia la superficie de mi piel. Sentí que la Tierra se sacudía pese a que yo estaba totalmente inmóvil.

No pensé. Sólo me moví.

Salí de la ducha y me puse la toalla alrededor del cuerpo. Los pies

mojados dejaron huellas de humedad sobre las baldosas hasta el dormitorio. Me puse la toalla sobre los hombros y caminé hacia la ventana, desde donde tenía una vista clara de la ciudad.

Contemplé las luces y evité pensar. Medité, mirando el leve reflejo de mi cara en el cristal. Las luces brillaban como estrellas en el cielo. Había millones de personas en aquella ciudad, cada uno viviendo su vida. Pensé en los trenes del metro, en los coches en los atascos, en la gente que todavía estaría pidiendo un café en Starbucks a las diez de la noche.

No pensé en nada importante.

Sonaron unos pasos detrás de mí, cada vez más fuertes a medida que se acercaban a mí, cruzando mi dormitorio hasta donde me encontraba, frente a la ventana. Se puso detrás de mí y apretó la frente contra mi nuca.

Había alcanzado un estado de calma, pero ahora estaba cargada de nuevo. La sangre me bombeaba, todas las venas de mi cuerpo estaban hinchadas. Me excitaba siempre que él estaba cerca, pero ahora sentía algo completamente diferente.

Un sentimiento que no mostré en ningún momento.

—Tatum. —Me cogió los brazos con ambas manos, justo por debajo de los hombros. Presionó su pecho desnudo contra mi espalda y su calidez quedó oculta por la toalla que me envolvía. Podía verlo en el reflejo de pie, sólo con los pantalones puestos, con las caderas estrechas y el torso expandiéndose, formando una V llena de músculos.

Lo miré a los ojos en el reflejo sobre el cristal.

—Dime.

—No hay nada que decir...

Había dejado que me invadiera el miedo, pero cuando conseguí calmarme recuperé un estado de serenidad. No mostraba enfado, miedo o rencor delante de testigos. En alguien tan famoso como yo, alguien que representaba a las mujeres de todo el mundo, la menor señal de debilidad se juzgaba con mayor severidad que si ese mismo pecado lo cometiera un hombre.

—He visto que te has quedado pálida. Y ahora te veo... totalmente húmeda delante de la ventana.

Me apretó los brazos antes de darme la vuelta suavemente, obligándome a mirarlo de frente. Ahora la ciudad estaba a mis espaldas y yo miraba a la cara al hombre con los ojos más seductores del mundo. Hunt era una mañana cálida en un día de otoño con esos ojos color café. Descalzo y con el pecho

descubierto, era puro hombre.

Mirarlo me hizo olvidar de qué estábamos hablando. Me hizo olvidar lo que me aterrorizaba.

Subió la mano por mi brazo y por el hombro hasta el cuello. Puso su enorme mano en mi mejilla y me acarició el labio inferior con el pulgar. Se detuvo en la comisura, apretándome el cuello suavemente con los otros dedos.

—Dime de qué tienes miedo.

—No tengo miedo de nada. —Era prácticamente mi mantra, mostrar fuerza y nunca debilidad. De todas las personas del mundo, era con él con quien debería ser capaz de bajar mis defensas. Pero no pude hacerlo ni siquiera en ese momento. Sólo había una persona que realmente entendía mis miedos, que los había visto en primera persona.

—Todos tenemos miedo de algo. Tú no eres diferente.

—En eso te equivocas...

Él inclinó la cabeza ligeramente para mirarme con más atención.

—Yo tengo miedo de dejar que alguien se acerque demasiado. Tengo miedo de que, si lo hago, será otra persona a la que pierda. Perdí a mi madre cuando era demasiado joven para morir. Perdí a mi padre cuando me dio la espalda. Y perdí a mi hermano pequeño cuando decidió ponerse de parte de un hombre despiadado. Me aburren las mujeres que duermen en mi cama, pero me asusta demasiado tener algo serio. Si alguna vez me enamorara de una mujer y la perdiera... sería un golpe del que no me recuperaría.

Me acarició la mejilla con el pulgar mientras me miraba profundamente a los ojos. Había mostrado cómo era realmente, se había abierto a mí.

Ahora era mi turno.

Pero no se lo podía contar. No podía confesarle mi secreto, un secreto que había escondido durante casi una década. Había hecho todo lo posible por enterrarlo en el pasado, por dejar que el paso del tiempo lo cubriera de polvo. Clavar una pala en el suelo y desenterrarlo... era como abrir la caja de Pandora.

Hunt no mostró su frustración.

—Si me lo cuentas, te entenderé mejor. Y si te entiendo, sabré exactamente qué darte.

Volví a mirar al suelo, incapaz de soportar su mirada. Me negaba a contestarle, me negaba a compartir información sobre esa horrible época. Sólo quería pasar página y olvidarlo, dejar que muriera en el pasado. Si no lo

hacía, me atormentaría para siempre. Tenía que superarlo y tenía que hacerlo ya.

—Gracias por tu preocupación, pero estoy bien. —Me aparté de él y me sequé el pelo con la toalla. No le dirigí la mirada mientras intentaba ignorar la conversación y volver a un ambiente despreocupado—. Creo que debería irme a la cama pronto. Tengo mucho trabajo que hacer por la mañana.

—¿Entonces vamos a fingir que no acabas de salir corriendo de la ducha? —Hunt caminó hacia mí de nuevo y su presencia se cernió sobre mí. No había ni una sombra en el dormitorio a esa hora de la noche, pero yo podía sentir una.

—No ha pasado nada, Hunt. He salido de la ducha.

—Has tenido un ataque de pánico. Te conozco mucho mejor de lo que quieres creer.

—Eso no ha sido un ataque de pánico. —Dejé que la toalla cayera al suelo y cogí una camiseta y unas bragas del cajón—. Si te lo ha parecido, deberías verme cuando estoy alterada de verdad.

—Es lo mismo.

Me puse la camiseta por la cabeza, me subí las bragas por las piernas y me di la vuelta.

—Hunt, creo que deberías irte.

Sonrió a pesar de que la conversación no tenía nada de agradable.

—Y yo creo que acabo de tocar una fibra sensible.

Se me tensó todo el cuerpo ante su ataque.

—¿Perdona?

—Te conozco desde hace tres meses, Titan. Te lo he estado haciendo durante seis semanas. Tenía la impresión de que éramos amigos. Tenía la impresión de que confiabas en mí.

—Sí, pero...

—También tenía la impresión de que éramos totalmente honestos el uno con el otro. Está claro que hay algo que te hace saltar, pero te niegas a compartirlo conmigo, con tu pareja. Eso es deshonesto.

—No es que me haga saltar...

—¿Entonces qué coño es? —espetó—. ¿Qué te hace salir corriendo cada vez que hablo de tener el control?

—Te he dicho que tengo problemas de control. Nada que no tenga arreglo.

Él movía los ojos de un lado a otro mientras me miraba.

—¿Y por qué tienes que arreglarlo, Titan?

Apreté los labios con fuerza.

—Háblame. Te lo he contado todo sobre mí... pero todavía no sé nada de ti.

—Eso no es cierto.

—Entonces demuéstralo —dijo él—. Háblame de tu último novio.

Me quedé perpleja al ver que daba en el clavo. Conocía mi secreto, aunque no los detalles. Y me lo estaba preguntando a la cara. Me estaba poniendo en el punto de mira, haciéndome sentir más expuesta de lo que recordaba haberme sentido nunca. Me había asegurado de que esa información desapareciera de las noticias. Me había asegurado de que todos los detalles quedaran ocultos y escondidos. Me había asegurado de que el juez sellara los documentos. La única forma de que alguien accediera a ellos era por medio de contactos.

Y Hunt tenía contactos.

—Puede que yo te haya buscado en Google una o dos veces para saber más sobre ti, sobre tus relaciones de negocios y tus ambiciones, pero nunca he husmeado en tu vida privada. Nunca le he hecho preguntas a tu hermano sobre tu madre. Me lo contó porque quiso. No tienes derecho...

—Nunca he hecho eso, Titan. Nunca me he metido en tu armario para buscar tus trapos sucios. La única razón por la que sé lo de tu novio es porque el padre de Pine te conocía en esa época. Pine lo mencionó hace unos meses. Eso es todo lo que sé. Lo juro por la tumba de mi madre.

Ahora que sabía que no conocía mi secreto, escondí las garras. Envainé mi enfado como si se tratara de una espada gigante. Controlé mi temperamento y me recordé a mí misma que adoraba de veras al hombre que tenía delante.

—Podría acceder a toda esa información si quisiera. —Su voz se apaciguó, su rabia por fin se calmó de la misma forma que la mía—. Pero no quiero un informe en mi mesa. Quiero escucharlo de ti. Y si no me lo cuentas... nunca lo sabré.

La mayoría de la gente no sabía nada de Jeremy porque había sucedido mucho tiempo antes de que yo me hiciera un nombre. Ni siquiera aparecía en mi página de Wikipedia. Era algo que había escondido en un sótano oscuro porque cambiaría la percepción que el mundo tenía de mí. Por muchas razones. El hecho de que él supiera que había algo más pero se negara a curiosear hacía que mi respeto por él fuera aún mayor.

—Gracias.

Me rodeó la cintura con los brazos y me acercó a su cuerpo.

—¿Me lo contarás algún día?

En el momento en que se lo contara a alguien me arriesgaba a que esa información se volviera contra mí. Me arriesgaba a que se hiciera pública. ¿Y si Hunt y yo teníamos una discusión y él quisiera traicionarme? ¿Y si nuestro acuerdo comercial se complicara y quisiera hacerme daño? Ninguna de esas situaciones parecía probable.

—Quizá...

—Quizá es mejor que no. Me conformo con eso. —Apretó los labios sobre mi frente, dándome un beso suave lleno de calor. Sus brazos musculados se convirtieron en una jaula alrededor de mi cuerpo, protegiéndome del mundo exterior.

Cuando estaba en su jaula me sentía a salvo de verdad.

—Cuatro días más —susurró él, como si hubiera alguna posibilidad de que me olvidara.

—Cuatro días...

* * *

Entré en el ático de Thorn.

—Soy yo. —Le había dicho que iba a ir, pero no quería encontrármelo con una mujer en el sofá.

No sería la primera vez.

—En la cocina.

Dejé el bolso y me reuní con él.

—¿Qué estás cocinando?

—Tacos. ¿Tienes hambre?

—Siempre tengo hambre porque no como.

Sonrió antes de apagar el fuego.

—Buena observación. ¿Tampoco vas a comer ahora?

El pollo a la plancha, el arroz y las alubias tenían un aspecto delicioso.

—No, esto tiene una pinta increíble.

—Bien, porque no puedo comérmelo todo yo solo. Si lo hiciera, las mujeres no se sentirían atraídas por mí.

Preparamos los tacos antes de llevarlos al comedor.

Él cogió una cerveza antes de mezclar un Old Fashioned para mí. Nos

sentamos juntos a la mesa y exprimimos la lima sobre la comida.

—Bueno, sólo quedan unos días, ¿no?

Thorn se debía de haber imaginado que lo tenía en mente.

—Dos días.

—¿Estás preparada?

Le di un buen trago a mi Old Fashioned, sintiendo el *bourbon* viajar por mi garganta hasta mi estómago.

—Lo más preparada que puedo estar... Supongo.

—Estoy seguro de que irá bien, Titan. No lo pienses demasiado. Disfrútalo. —Los ánimos de Thorn eran un poco sospechosos, teniendo en cuenta que él había sido testigo de todo lo que había pasado.

—¿Qué te hace pensar que lo disfrutaré?

—Mucha gente lo hace. Disfrutas sometiéndolo. Y apuesto a que él disfrutó teniendo a una mujer dominándolo así. ¿Te imaginas a un hombre atractivo tomando el control? ¿Quitándote de los hombros todo el peso de tomar decisiones? Entrarías en esa habitación y sólo te preocuparías de todo el placer que recibirías.

Ahora mis sospechas se habían disparado.

—Hunt me dijo que le animaste a que siguiera intentando conquistarme, aun cuando las cosas parecían ir mal.

Él encogió los hombros.

—Eres mi amiga. Quiero que tengas sexo.

—Pero también lo odias.

—Nunca he dicho eso. —Cogió un taco con una mano y se lo comió casi entero.

—Entonces ¿qué pasa, Thorn? ¿Por qué estás insistiendo tanto en esto?

—No estoy insistiendo en nada —dijo él—. Sólo creo que tienes que pasar página.

—¿Pasar página?

—Sí. Han pasado casi diez años desde que pasó aquella mierda con Jeremy. Vamos a dejarlo en el pasado y a olvidarnos de ello. Ser sumisa no se va a parecer en nada a lo que tenías con él. Ni siquiera parece que tu relación se asemeje a eso.

Básicamente yo jugaba con Hunt, lo obligaba a que me follara como me gustaba. No había muchas cadenas ni látigos, como había pasado con mis anteriores parejas. Estaba satisfecha teniéndolo en mi cama, haciéndolo de forma lenta y agradable para poder sentir cada centímetro de su sexo duro.

—La verdad es que no.

—Lo estás pensando demasiado. Hunt es un buen tío. No te va a hacer daño.

—A lo mejor te cae bien de verdad.

—Nunca he dicho que me cayera mal. Simplemente no me hace gracia el hecho de que le gustes tanto. Es el único problema que tengo con él.

—Bueno, le he preguntado y él niega tus acusaciones.

—Entonces no tengo nada por lo que preocuparme. —Cogió el otro taco—. En el peor de los casos te puedes marchar, Titan. No puede obligarte a que te quedes ahí, aunque él haya aguantado todo el tiempo. Siempre tendrás una salida.

—Pero yo no quiero una salida... —No quería alejarme de Hunt, no cuando teníamos aquella conexión especial, no cuando estaba teniendo un sexo increíble a diario. Si se fuera, lo echaría de menos.

Eso no podía negarlo.

—Entonces aguanta —dijo Thorn—. Sé que puedes hacerlo.

Todavía no había dado ni un solo bocado a la comida, así que cogí un taco con la mano. Miré hacia la ventana y vi que el cielo empezaba a oscurecerse.

—¿Qué novedades tienes tú?

—Ninguna, la verdad. Mi madre sigue dándome la lata para que te proponga matrimonio.

—Vaya, sí que le caigo bien.

—Te adora. —Entornó los ojos—. Eres lo único de lo que habla. Cuando me llamó el otro día, la primera pregunta que salió de su boca fue directamente acerca de ti. No dijo hola ni cómo estás. Directa al grano.

Me reí antes de dar un mordisco.

—Qué halagador.

—Y molesto.

—¿Estás celoso? —pregunté.

—Pff, no. —Siguió comiendo—. Pero le dije que todavía falta un tiempo para que pase. Y entonces empezó a preguntar por los nietos y todo eso... Me da dolor de cabeza.

—Nuestros hijos serán maravillosos.

—¿Porque se parecerán a mí? —bromeó él.

—No. Porque serán muy queridos. Nos tendrán a ti, a mí y a dos abuelos que les darán cariño hasta volverlos locos. Nunca sabrán lo que es pasar

hambre o no tener estabilidad económica. Lo tendrán todo... y ni siquiera lo sabrán. —El dinero siempre había sido un problema para mi padre y para mí cuando yo era más joven. Thorn había nacido en una familia rica, así que no tenía ni idea de lo que era no tener un duro.

Puso la mano sobre la mía.

—Y serán maravillosos... porque se parecerán a ti.

Tener hijos era uno de mis deseos inconfesables. Se me consideraba una ejecutiva autoritaria a quien sólo le preocupaba el dinero, pero quería ser madre. Quería tener mi propia familia, ya que no había ni un solo Titan vivo. Era algo que necesitaba.

—Gracias.

Me dio una palmadita en la mano otra vez antes de retirarla.

—Y yo me divertiré mucho haciéndolos contigo.

—Thorn. —Puse los ojos en blanco sin sorprenderme por aquel comentario inapropiado.

—¿Qué? —preguntó inocentemente—. Sabes que el sexo será fantástico.

Me sentía culpable hablando de acostarme con otro hombre en aquel momento, cuando mantenía una relación con Hunt. Hunt sabía que iba a pasar. Le había dicho la verdad hacía tiempo, así que no era un secreto, pero de todas formas, estábamos adelantando acontecimientos.

—Aun así...

—Sabes que nos lo vamos a pasar genial estando casados. Al menos yo sí.

Hunt

Un día más.

Un día más y mi vida nunca volvería a ser la misma.

Titan sería mía.

Completamente. Absolutamente. Eternamente.

La tendría cuando quisiera. La follaría exactamente como deseara. Y la poseería como nunca lo había hecho.

Era mía.

No habíamos vuelto a hacer ninguna visita a su sala de juegos. Cuando había entrado, vi exactamente lo que había imaginado. Había estado antes en clubes de BDSM. No participaba en ese estilo de vida, pero había estado con mujeres que sí lo hacían. Me habían pedido que las penetrara mientras llevaban máscaras de gas, una barra separadora entre las piernas... Si una mujer quería que me la tirase con ciertos fetiches, ni de coña iba a decir que no. Lo quisiera como lo quisiera, se lo daría.

Pero había hecho una excepción enorme por Titan.

Me lo planteaba como una inversión. Yo había cedido mi tiempo, había aceptado cosas que por lo normal no aceptaría, y ahora iba a recibir mi recompensa.

Convirtiendo a Titan en mi mujer.

Eché un vistazo al reloj de la pantalla del ordenador mientras estaba sentado en mi despacho. Acababa de tener dos reuniones, me había saltado la comida y se suponía que ese mismo día tenía que jugar al golf con un cliente potencial. Pero tendría que buscar otra fecha para eso.

Porque, en cuanto llegara la medianoche, tendría planes.

Cuando el reloj diera las doce, darían comienzo mis seis semanas. Habría mucho sexo, mucha obediencia y muchas de las perversiones que me gustaban. Yo había cumplido con mi parte y ahora me tocaba a mí ordenarle que se arrodillara.

Tomar el control.

Tenía una mano sobre la otra mientras miraba por la ventana de mi

despacho y mi mente se sumía en fantasías pervertidas sobre Tatum Titan. Estaba más duro que el acero, pero ya me había acostado con ella suficientes veces como para sentirme satisfecho y apaciguado. No debería desearla todavía más. No debería tener tanta sangre bombeándose por las venas, ni sentir aquel tipo de adrenalina.

No por una mujer con la que ya me había acostado.

Pero así era. Tenía mono de ella como si de una droga se tratase. La deseaba como si no pudiera saciarme nunca.

La voz de Natalie llegó a través del intercomunicador.

—Señor, tengo a Jax Hunt al teléfono. —Su voz sugería que sabía exactamente quién era y que aquella era una llamada insólita.

Me quedé mirando el altavoz por el que había surgido su voz, pero no respondí. Hacía cinco años que no hablaba con mi hermano pequeño. Me había cruzado con él una vez en un bar, pero ambos habíamos fingido no vernos. Éramos dos hombres que se habían puesto de partes opuestas, pero no había ningún conflicto entre nosotros.

Era triste.

—¿Señor? —Natalie atrajo mi atención antes de que mi mente se perdiera demasiado.

Me puse rígido en la silla.

—Está bien.

—Le paso la llamada.

El teléfono sonó. Por lo normal habría activado el altavoz porque el manos libres siempre era más cómodo. De todas formas, sólo prestaba atención a medias a lo que me decían mientras escribía un correo al mismo tiempo. Pero en esta ocasión la conversación acaparaba toda mi atención. Cogí el teléfono y me lo puse en la oreja.

No había intercambiado ni una sola palabra con mi hermano en años. No había ni una frase que pudiera decir para reflejar el abismo de nuestra relación. Aquel hombre era prácticamente un desconocido. El único motivo por el que sabía que seguía soltero y sin hijos era porque habría salido en todas las noticias si hubiera sentado la cabeza. Dije las palabras más seguras que se me pasaron por la mente.

—Jax, ¿en qué puedo ayudarte? —No sabía qué me iba a encontrar. Resentimiento. Ira. Indiferencia. Era imposible saberlo hasta que él dijera algo.

Su voz era tan firme como la mía.

—Nuestro padre está bastante cabreado por lo de Megaland.

No me hacía falta su confirmación para saberlo.

—Está que echa humo ahora mismo.

Eso ya lo había dicho.

—Yo quería esa empresa por encima de cualquier cosa. Me daba igual quién fuera mi rival.

—Pues él no lo ve así.

Jax se centraba en los negocios, lo cual no me sorprendía. Yo hacía lo mismo.

—No deberías haberlo enfadado, Diesel.

—Sólo son negocios, Jax. Él lo sabe mejor que nadie.

—Pues no se lo está tomando de ese modo.

Apoyé los codos en el escritorio mientras escuchaba; me rodeaba una ciudad silenciosa a pesar de la vida que bullía constantemente en ella.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque él lo considera una declaración de guerra. Pensé que deberías saber que la batalla ya ha empezado.

Tamborileé con los dedos sobre la mesa. Mi padre y yo sentíamos una antipatía mutua, pero nunca nos desviábamos de nuestro rumbo para hacer daño al otro. Pero obviamente aquello había sido distinto para él. Sabía que se debía a su orgullo y nada más.

—Sigo sin saber por qué me cuentas esto, Jax. Si esperas que me disculpe, no lo voy a hacer. Si esperas que ceda y le entregue la empresa, tampoco lo voy a hacer.

—No, no esperaba nada de eso —dijo—. Sólo estaba... —Dejó arrastrar la voz y los dos permanecimos en línea en silencio.

Escuché la pausa, esperando sus palabras. Deseando sus palabras.

—Sólo quería advertirte.

* * *

Diez minutos antes de medianoche, mi chófer me llevó por la ciudad hasta llegar a su edificio. El frío otoñal empezaba a colarse sigilosamente en el aire, haciendo que se empañaran las ventanas. Llevaba una sudadera con capucha, aunque normalmente no llevaba nada más que una camisa.

El coche se detuvo y me colgué la mochila del hombro antes de bajarme.

Justo en ese momento se abrió la puerta del recibidor.

Y salió Bruce Carol. Era inconfundible con sus cejas pobladas y los labios hinchados. Tenía los huesos de las cejas prominentes como montañas y llevaba una gruesa chaqueta negra con el cuello subido, bien para ocultar su aspecto, bien para protegerse el cuello del frío.

¿Qué coño hacía allí?

Caminó hacia un coche negro que estaba aparcado en el arcén, al otro lado de la calle. Los faros traseros estaban encendidos en rojo y salía humo del tubo de escape. Había alguien en el asiento del conductor y, en cuanto Bruce se montó en la parte de atrás, el coche se alejó.

No estaba seguro de qué era lo que había visto.

—¿Acaso vivía en aquel edificio?

Era posible. El edificio estaba lleno de miembros ricos de la élite de la ciudad de Nueva York. Probablemente había más personas a las que conocía viviendo en aquel edificio. Sencillamente nunca me cruzaba con ellos porque yo siempre iba al ascensor privado.

Tras apaciguar mi paranoia, entré y me monté en el ascensor. No le había dicho a Titan que iba. Cuando dieran las doce, no necesitaría pedir permiso ni dar explicaciones. Podría hacer lo que me diera la maldita gana cuando me diera la gana.

Subí en el ascensor hasta la planta alta y las puertas se abrieron a su salón a oscuras. La mayoría de las luces estaban apagadas, así que ya debía de estar acostada. Entré y atravesé el pasillo. Todo estaba en silencio y las puertas del ascensor se cerraron con el sonido de un timbre.

Titan debía de saber que estaba allí.

Atravesé el umbral de la puerta abierta de su dormitorio y me la encontré de pie frente a los ventanales. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y no llevaba nada más que un tanga negro. Estaba oscuro, así que sólo podía distinguir su silueta.

Me tomé unos instantes para mirarla, para disfrutar de la imagen de su silenciosa reticencia. Giré la muñeca y miré el reloj.

Un minuto.

Dejé la bolsa en el suelo y me adentré más en la habitación, rodeándome de oscuridad. Me metí las manos en los bolsillos y guardé las distancias, observándola como si fuera un perro perdido que acababa de alejarse de su dueño.

Treinta segundos.

Las luces de la ciudad resplandecían como estrellas en el cielo. Su

silencio era absoluto mientras permanecía allí de pie, completamente inmóvil. No se acobardó como si fuera una presa: su cuerpo erguido se mostraba más fuerte que nunca. Tenía los hombros hacia atrás y se comportaba con una elegancia infinita. El pecho le subía y le bajaba lentamente.

Quince segundos.

Me acerqué más a ella sin que me temblaran las manos. El corazón me latía despacio, como si fuera la calma que precedía la tormenta. Aunque había un huracán arremolinándose a nuestro alrededor, el centro permanecía inmóvil y en calma. Así era como estábamos... por el momento.

Cinco segundos.

Me puse detrás de ella, casi tocándole la parte de atrás de la cabeza con la cara. Dejé las manos en los costados de mi cuerpo y contuve la necesidad de tocarla. Mis nudillos se morían de ganas de cerrarse sobre sus caderas, de atraerla hacia mí y hacerla mía.

Tres.

Dos.

Uno.

El reloj pitó porque había configurado el temporizador.

Ya estaba hecho. Era mía oficialmente.

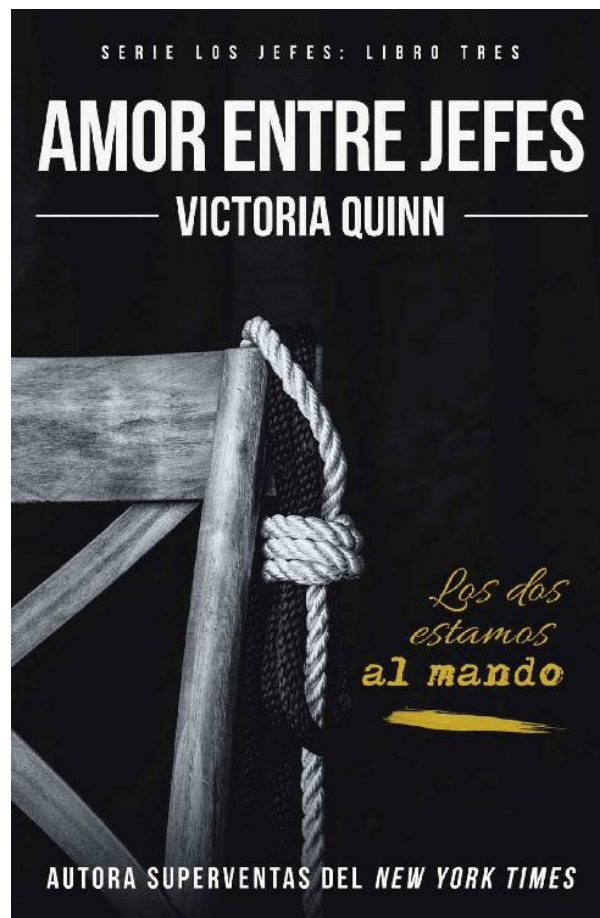
—Sabía que estarías aquí...

Pegué los labios a su oído, llevando las manos a sus caderas. Por fin la tenía a mi alcance, sintiendo su piel suave bajo las yemas de mis dedos. Le pasé la lengua por la oreja antes de hablar.

—De rodillas.

Otras Obras de Victoria Quinn

La historia continúa en *Amor entre jefes*.



Mensaje de Hartwick Publishing

Como los lectores de romántica insaciables que somos, nos encantan las buenas historias. Pero queremos novelas románticas originales que tengan algo especial, algo que recordemos incluso después de pasar la última página. Así es como cobró vida Hartwick Publishing. Prometemos traerte historias preciosas que sean distintas a cualquier otro libro del mercado y que ya tienen millones de seguidores.

Con sus escritoras superventas del New York Times, Hartwick Publishing es inigualable. Nuestro objetivo no son los autores ¡sino tú como lector!

¡Únete a Hartwick Publishing apuntándote a nuestra [newsletter](#)! Como forma de agradecimiento por unirse a nuestra familia, recibirás el primer volumen de la serie Obsidiana (*Obsidiana negra*) totalmente gratis en tu bandeja de entrada.

Por otra parte, asegúrate de seguirnos en [Facebook](#) para no perderte las próximas publicaciones de nuestras maravillosas novelas románticas.

- Hartwick Publishing